



**BERNARDA**

24 de junio de 1914 - 20 de febrero de 1987

*Hernán Martínez P.*

## Prólogo

Al escribir estas remembranzas no quiero presumir de escritor, sólo quiero dejar el recuerdo de una familia que como muchas en el mundo han sufrido el rigor del desplazamiento y el inclemente abrazo de la pobreza.

He confiado en mi memoria todos los acontecidos comentados por mi abuela y vividos al calor de mi amada y sufrida madre.

Sé que esta historia no es sólo mía, miles de familias permanentemente están día a día repitiendo esta clara y amarga verdad.

Soy sincero, después de haber escrito varias páginas y recordar todos estos sucesos lloré y no quise escribir más, guardé lo que había hecho, no quise torturarme más, y cuando ya me olvidaba de todo y estaba casi en el olvido escuché en una entrevista que le hacían a un reconocido escritor, que escribiendo una romántica novela había llorado y suspendido sus escritos por un largo tiempo, pero que reburujando unos papeles por casualidad la había encontrado, la leyó, le pareció importante y nuevamente se animó y le dio termino a su trabajo.

Entonces después de haber escuchado esas palabras me dije: no soy literato, pero sí quien lo es continúa su trabajo porque yo no, entonces animado tomé la decisión de llevar a cabo decididamente esta semblanza que espero sea de su agrado.

Terminaba la Guerra de los Mil Días, los colombianos adoloridos por la entrega de Panamá y el estado de pobreza en que se encontraba el país optada por manifestación de un departamento a otro, buscando bienestar económico, ya que los partidos tradicionales tenían el país en la más profunda miseria.

Es en Antioquia Grande donde hubo más movilización de familias con ambiciones de superación y ambición de un mejor vivir emprenden viaje para diferentes regiones. En Apía ya se encuentra una familia de 7 miembros, padre, madre y cinco hijos, cuatro hombres y una mujer, en su orden (Martín, Alfonso, Bernardo, Pablo y Bernarda) sus padres don Julio Piedrahita y Julia Parra Restrepo viven en un ranchito muy pequeño donde las rosas de maíz lo circundan por los cuatro costados y las aves que rondan el sembrado en muchas ocasiones quedan presas enredadas en los flecos del pajar del ranchito.

Don Julio que es un hombre callado, de esas personas que no hablan mucho pero que cuando lo hacen son radicales en sus decisiones -dijo-:

-“Un día de estos y creo que ya está muy cerca, venderemos este rancho y esta tierra y nos largamos para donde nos alumbre mejor el sol”.

Doña Julia quien era una persona de una claridad y visión más futurista que Don Julio

-Julio mira para donde vamos a ir -le dijo un día-, yendo primero y te das cuenta a qué sitio llegamos y con qué gente nos vamos a encontrar.

Ya no hay tiempo, esto ya está vendido y mañana lo tenemos que entregar así que recojan sus cosas, lo más útil y menos pesado -dijo Don Julio a su familia- porque no sabemos si vamos cerca o lejos, aunque estoy seguro de que será lejos porque si nos quedamos cerca es como si no nos fuéramos. Así que, a dormir bien esta noche y madrugar más, para terminar de ayudar a empacar.

Al siguiente día enjalmaron un caballito que tenían y en un cubo de iraca metieron una gallina que tenían hacia 3 años y que no se la habían comido porque ya era miembro de la familia y siempre que la aproximaban a la guillotina, Bernardita que era la menor y única mujer de los hijos, soltaba un llanto tan lastimero y doloroso que terminaban sus hermanos brindándole coro y tocando los sentimientos de sus padres que trataban de ocultar discretamente, fingiendo algún menester ocasional el dolor que también sentían por la muerte de tan querido animalito.

Listo el equipaje y montada doña Julia con Bernardita y Pablo que eran los menores en el humilde caballito y como haciendo una discreta inspección, miró todo alrededor de lo que dejaban, más con el propósito de ocultar sus lágrimas y el sollozo al separarse de lo que había sido una gran ilusión. Ya que esa tierra se la habían ayudado a adquirir su tío Ñito, que era un destacado político que tenía gran conocimiento de bosques baldíos que cedían a las familias que comenzaban

a poblar toda la comarca y acelerar el progreso de una hermosa, rica y promisoría tierra.

Martín, Alfonso y Bernardo, cada uno con su pequeña bolsa de cabuya a sus frágiles espaldas y bien amarradas sus alpargatas, esperaban con la fortaleza de un adulto campesino que recibe la tortura como un acontecimiento natural, la voz quebrada y engolada de don Julio, que precaviéndose de hacerlo con la mayor rapidez para que al final no se convirtiera en un lamento, les dijo:

-Salgamos hija, vámonos mijitos.

Y después de caminar como unos cincuenta pasos en un colectivo y profundo silencio como si hubiera meditado en algo volvió a escuchar su voz.

-Y que el Señor nos lleve con bien.

Así que caminó a no sé dónde, con la esperanza de no sé qué, partieron dejando recuerdos infantiles los inocentes niños e ilusiones perdidas quizás por no tener suficiente paciencia esperar o tal vez por tener ya la convicción de no esperar más lo que don Julio y doña Julia presagiaban lo que nunca alcanzarían pues muchas veces en momentos de reflexión procurados intencionalmente por doña Julia que soñaba permanentemente con una buena preparación académica para sus hijos, ella misma decía en su interno pensamiento y su larga meditación “¿Por qué si vengo de familia de letrados, como dicen mis tíos, y viven en la ciudad grande, mis hijitos se van a quedar arrancando yuca y cogiendo maíz y frijol. No, esto no puede ser para mí y mucho menos para ellos”.

Después de un largo recorrido y muchas veces repetido, puesto que eran caminos muy poco transitados y las huellas se borraban, constantemente se perdían en los trayectos retrasando la llegada a un posible y próximo paraje. Cuando el sol redujo la sombra del caballito en las patas del animal en un solo punto, sobre el rastrojo que pisaba, Doña Julia que cuidaba con cariño y esmero el equilibrio de Pablo y Bernardita, que columpiaban por el vaivén del animal, ya que caían de sueño y donde más una orden que esperando la voluntad de su esposo.

- ¡Julio!, Julio paremos allí -le gritó-. Y como en los antiguos caminos de herradura se hallaban árboles frondosos, señalando con su mano le enseñó-, en aquel samán.

Así que, ayudada por Don Julio, Doña Julia bajó del caballo y con la piedad de una esposa y madre tierna y cariñosa, descolgó del galápago del animal dos morrales de cabuya, uno con unas arepas de maíz pilao y unos trozos de carne asada del día anterior, y el otro con dos calabazos con agua dulce y tendiendo dos muleras en el pasto descargó a los niños pequeños y empezó a partirlas porción a cada uno. Comían en silencio siendo interrumpidos en buenas ocasiones por leves quejidos, la niña se cansaba por la incomodidad del viaje y el tiempo que llevaba de vigilia. Después de un largo rato, como si hubieran salido de eterna meditación,

Martín que era el mayor y niño de muy poco hablar y como si fuera a cantar algo misterioso.

-Apá, apá hace largo rato estoy viendo algo que nos persigue y a veces hace como si se escondiera -informó Martín

-Sí, mijo -respondió don Julio- yo también lo estoy viendo. Estoy esperando que oscurezca un poco para matarlo a machete, ya que no tenemos escopeta, pero yo sé cómo hacerlo y nos lo comemos. Es un tigre de muy buen tamaño.

-Apá -respondió Martín-, el tigre no se come.

-Él no, pero nosotros sí, porque la comida que traíamos ya se acabó -concluyó don Julio.

Terminaba el día, entre claro y oscuro cuando apareció en el cielo unas motitas blancas como copitos de algodón que ascendían y descendían una tras otra conservando la misma distancia y que procedían de un ranchito que en la oscuridad al fondo no desaparecen.

-Bernardo mirá para allá-dijo Martín dando saltitos de alegría.

-Julio, allá, bendito sea el Señor que ya tenemos donde pasar la noche -dijo Doña Julia- que no quitaba los ojos de sus hijos y señalando con su mano.

Bernardo, como en todo hogar que siempre hay un hijo acomedido y que a su cargo estaba el alimentar la gallina y el caballo, le recomendó a su madre pedir maíz y salvao en la casita donde iban a pernoctar.

Para la próxima jornada, al día siguiente al encuentro con la jauría que es la primera que sale a recibir el visitante, ando aullidos y anunciando en toda la comarca la llegada de forasteros. Don Julio hacía recomendaciones muy especiales a su familia del comportamiento que debían tener con la gente, que seguro les iban a dar posada, porque las humildes familias del campo por naturaleza y humanidad son nobles, sinceras y acogedoras. Entre paso y paso y aullido de los perros, bordearon una pequeña laguna donde se acicalaban unos patos para dormir, se aproximaron a un corredor de madera donde con velas y una lámpara Coleman empezaba a iluminar el patio una familia completa.

-Buenas tardes o noches, si así se puede decir- gritó Don Julio con la voz un poco nostálgica.

-Buenas noches -le respondió un coro disciplinado y con diferentes tesituras y prosiguió una voz grave diciendo-. Sigán hacia adentro que ya hace frío y se está oscureciendo.

Dentro de la sala con piso de madera, sobre una gran mesa rustica descargaron los candeleros de arcilla con unas velas de cebo y acercando unas largas bancas de tabla invitaron a los peregrinos a sentarse. Don José el dueño de casa

retorciéndose un bigote espeso y como haciendo un gesto ritual con su mano abierta y señalando.

Esta es mi señora María Ignacia Salazar -dijo Don José-, mis mocositos: Clementina, Pedrito y María Ignacia última mocosita que está durmiendo. Yo estoy a sus órdenes, soy José Herrera y deseo que se sientan en familia, como en su casa.

Muchas gracias y que el Señor les pague esta bondadosa acogida que nos han hecho -Respondió Don Julio- y como si estuviera contando enumeró a su familia desde Doña Julia hasta la niña en brazos.

-Doña Julia a la niña hay que cambiarla, debe estar quemadita –exclamaron al unísono las señoras con su instinto maternal-

Doña Julia haciendo buchecitos calentaba el agua que tiernamente dejaba escurrir de sus labios y con la delicadeza de una buena madre le bañaba la colita a Bernardita.

Pasado un breve tiempo, cuando Martín, quien era un niño callado pero inquieto, con su mirada detallaba permanentemente las cosas que estaba en su alrededor, gritó:

-Alfonso, Bernardo, mirá se está prendiendo esta casa – dijo señalando hacia un costado del corredor.

-No mijo -respondió doña María-, es Clementina que con ayuda de Pedrito están prendiendo el fogón nuevamente para hacerles algo de comer. Por Dios deben tener mucha hambre.

Pablo ya estaba sentado en un rincón de la casa comiéndose un plátano que le había dado Clementina, mientras don José y don Julio ya habían entablado comunicación sana y ambiciosa, como las que tienen siempre los campesinos que esperan buenas y abundantes cosechas.

Ya tenía conocimiento que ustedes habían sembrado plátano y maíz allá en la casa. -decía Don José-

Sí, Don José, pero de la Julia no me quedó sino mi señora, -respondía Don Julio- pues vendí todo, menos la gallinita y el caballito. Así que voy a emprender una nueva vida, no sé dónde, ni como, pero ya arranqué.

Yo tengo sembrado yuca, plátano, maíz, frijol y caña, -dijo Don José- pero para los conocedores de la agricultura el negocito está con el café. Yo tengo una parcelita sembrada, pero voy a sembrar unas para estar bien preparado.

Proseguía la conversación, porque el encuentro de dos personas que llevaban muchos días sin tener comunicación con nadie y mucho más empleando su mismo idioma, los hacía felices y amos de la comarca ignorando aún la leve intuición de

golpes secos que procedían de la cocina y el sonoro, persistente e interminable concierto de los grillos que ya empezaban a ensayar sus nocturnos cantos nostálgicos.

Entró Clementina con dos bateas y unas hojas de plátano que habían guardado en el fogón y ayudada por su madre María Ignacia, empezaron a tenderlas sobre las bateas recubriéndolas por dentro en forma de mantel, en seguida trajeron unas tapas enmalladas grandes llenas de caldo que haciendo un llamado más obligante que voluntario y gritaron: -Acérquense todos a la mesa-. Reunidas las dos familias importantes y rompiendo éticas de la mesa y dando gusto sorbían caldo silenciosamente.

Ya en un ambiente tranquilo, apacible y reposado, Clementina y Pedro se levantaron de la banca y se dirigieron hacia la cocina, en la sala se escuchaban nuevamente murmullos y voces de conversación. Pasaron unos minutos cuando de repente aparecieron nuevamente los dos ausentes, Clementina traía una olla grande agarrada con sus dos manos, mientras que Pedro en una mano traía un canasto lleno de arepas y en la otra un cuchillo grande, que más bien parecía una peinilla pequeña, descargó en la mesa y sobre las bateas depositaron varias gallinas cocinadas. Doña María Ignacia dando gracias a Dios, comenzó a despresar y a depositar sobre las mismas bateas, cuando hubo terminado hizo señas con sus manos para que los invitados se acercasen a escoger la porción que más le apeteciera, casi todos departían menos Alfonso y Bernardo quienes sin hacer ningún gesto de dolor por silenciosos y transfigurados vestían de sus ojos incontrollables gotas de lágrimas. Doña Julia, quien en sus brazos tenía a su niña Bernarda y Pablo a su lado.

-Que les pasa mijitos- gritó Doña Julia de preocupación.

Ninguno respondía hasta que Doña María Ignacia en gesto maternal y cariñoso los abrazó y con unas palabras tiernas les preguntó por qué no comían y lloraban, dando incontenibles gritos de dolor -respondió Alfonso entre sollozos y tristeza-

- ¿Por qué mataron la gallina? –

En una estruendosa carcajada que llenó el recinto y aún entre risas Doña María Ignacia señalando hacía la cocina dijo:

-Miren, allá está su gallinita amarrada en la pata de la hornilla y el caballito está bien en el corral de al lado, así que a comer.

Terminada la cena, Clementina regresaba de la cocina con una olla llena de agua de panela caliente, y en unas tazas esmaltadas les repartió a las dos familias. Ya las voces de lo más conversadores Don José y Don Julio, se escuchaban más pausadas y los niños más pequeños empezaban a bostezar. Doña María Ignacia

barría un rincón de la sala mientras que Clementina le alcanzaba unas esteras que acomodando una tras otra formaban, una sola cama para la familia Piedrahita.

Doña Julia en un cuchicheo inaudible sacó los niños fuera de la casa a orinar, a su regreso levantó nuevamente a la niña Bernarda y se percató que estaba quemadita, Doña María Ignacia se alarmó mucho pues la niña venía quemada hace mucho tiempo y le recomendó untarle una pomada que usaba para su niña María, ambas fueron conscientes que la niña tenía fiebre y que por tal motivo iba a pasar mala noche. Se fueron callando los sonidos íntimos en la casa, mientras se destacaba más el leve aullido de los perros y el lejano e incomprensible concierto de sonidos en la lejana extensión nocturna de la comarca. La noche se hizo larga como lo habían presagiado las señoras, la niña no durmió bien ni fue posible calmarle la fiebre, al primer canto del gallo, Doña Julia ya tenía en sus brazos a Bernarda y en posición de espera en una banquita del patio con Don Julio, anhelaba con angustia la salvadora presencia de Doña María Ignacia.

Sigilosa Doña María Ignacia salió de su habitación y muy sorprendida preguntó qué pasaba con la niña, Doña Julia ya con lágrimas en los ojos y preocupada, le contó que la niña había pasado mala noche y que la fiebre no le bajaba.

-La fiebre hay que bajarla y ya sé cómo. -respondió atónita Doña María Ignacia-.

Corriendo atravesó el patio detrás del gallinero, delante de un matorral se acurrucó y arrancando mucha cebolla y levantándose deprisa se dirigió a la cocina, con una piedra las machaco hasta formar una masa y ordenándole a Doña Julia acostar la niña hizo un emplasto y empapándolo en alcohol le cubrió las plantas de los piecitos con unos patincitos de lana y arropándola dijo:

-Nuestro trabajo está hecho, que el Señor haga su santa voluntad y esperemos-.

Al momento se despertó la niña dándoles un poco de tranquilidad y esperanza. El sol comenzaba a surgir en la montaña y con sus radiantes destellos empezaba a desnudar el calidoso en la extensión selvática de la verdosa región. Los niños menores jugaban en la entrada del patio, Don José y Don Julio iniciaban temprano un tema de conversación, Doña Ignacia con el afán de acomodar a Doña Julia la invitó a bordear la casa mostrándole una materas hechas de unos palitos de madera trenzados de forma piramidal que se entrelazaban de manera contraria y en ellas descansaban unas florecitas de varias formas y colores que diferenciándolas por sus nombres las reconocía como flor de vara de San José, foritos, calaveras, cucarrones, cuna de mi flor y Florinda. Orgullosa Doña Ignacia de sus flores halagado el jardín colgante le comentaba a Doña Julia -allá en la cañada después del guadual se encuentra una milenaria ceiba que suspendida de su corteza y sus cansadas ramas cuelgan unas florecitas muy hermosas que de lila se tornan a morado o rosado, sin comprender en qué punto se inicia la conexión que matiza la continuidad de diferentes y variados colores-.

Yo creo -decía- que en la noche Dios envía un ángel para que las pinte y así mostrarnos parte del esplendoroso vergel celestial. Doña Julia le dijo, tengo conocimiento por mi familia que estas lindas flores las llaman orquídeas, que todo el mundo las mira, pero no la ven sino los literatos y poetas que plasma en sus escritos las bellezas, el color, la forma de sus pétalos y aún nos transportan al olor en sus jardines, donde que se encuentran cientos de especies en su hábitat natural.

Ya profundizaban las señoras en botánica cuando perturbando la conversación se escuchó un grito, era el de Clementina.

- ¡A desayunar, vengan!-

En el ancho corredor de madera en una larga banca los niños ya se encontraban sentados, con unas floridas tazas esmaltadas llenas de chocolate y cada cual con una envidiable y desproporcionada arepa en sus manos. Sentados ya se encontraban Don José y Don Julio al pie de una pequeña mesa cuadrada, donde muy animados compartían experiencias concernientes a fechas para sembrar y recoger una mejor cosecha. De la alcoba salía Doña Ignacia con María y Doña Julia con Bernarda, declarando que las niñas ya se encontraban bien, Don Julio se puso de pie y tomando la palabra con mucha jerarquía dijo:

-Mi señora, mis hijos y yo, estamos profundamente agradecidos con ustedes. Nunca pensé que Dios hubiera hecho seres como esta familia, solidarios, afectuosos, generosos, acogedores y llenos de amor, que el Señor en su justicia y la abundancia de su poder los...- interrumpiendo las palabras a Don Julio, a quien ya se le quebraba la voz y sus ojos anunciaban lágrimas.

-Ustedes no se van hoy, la niña todavía se encuentra delicada de salud -dijo Doña Ignacia- y yo no voy a permitir que los deje ir, quedando con la preocupación que se agrave en el camino quedando con mi conciencia atormentada, sintiéndome culpable por no hacerlos quedar, aunque sea un día más. Anoche hable con Don José y acordamos no dejarlos partir hoy.

Don Julio agachando la cabeza quedó como meditando, cuando levantó sus ojos ya Doña Julia lo miraba fijamente y sin hacer ningún comentario acordaron que aceptaban quedarse un día más, pero con la condición de que trabajaría toda la familia en lo que hubiese que hacer; en el campo o en la casa.

Don José para hacerlos sentir halagados el, con la agradable compañía los niños a un yucal que necesitaba desyerbar. Con azadón en la mano, Don José, Don Julio, Martín, Alfonso y Bernardo salieron uno tras otro sesgando la yerba que se encontraba cerca de la casa y conducía a una llana donde estaba el labrantío. Mientras caminaban Don José les hacía recomendaciones a los niños que al llegar los dos mayores desyerbaran, los pequeños como tarea arrancar unas yucas para llevar a casa. Después que Pedro los visitará con una ollada de mazamorra y panela, ya en la tarde tomaron nuevamente el camino de regreso. Según su

fortaleza cada uno cargaba en sus hombros el peso a resistir, aunque los niños nacidos en el campo por su naturaleza son seres fuertes que asumen sus responsabilidades con seriedad, responsabilidad y dignidad, de ellos como nuestros abuelos fueron fuertes jóvenes entre 15 y 17 años que sembraron en las trojes de las montañas: amor, el trabajo, la honradez y hombres nobles y sencillos capaces de afrontar la dignidad de un respetable hogar. Silenciosos y cansados regresaban bajo el resplandor débil de un sol que ya empezaba a declinar.

Esa noche ya era silenciosa, solo se escuchaban débiles y ocasionales murmullos. Don José se acercó donde se encontraba Don Julio en un tono aconsejable más que un comentario le dijo:

-Mi señora tiene un pariente muy cercano que está llevando gente para un sitio ubicado en la parte occidental de Tuluá en el Valle del Cauca, dicen que es una tierra muy buena, si le interesa Don Julio su nombre es Leocadio Salazar, es un buen hombre y le puede ayudar.

Gracias Don José, tengo muchas cosas en mi cabeza que en realidad no sé qué orientación tomar -respondió Don Julio-.

Después de la cena se escucharon unas palabras en la cocina, Doña María y Doña Julia hablaban y se aconsejaban en un tono débil y triste, más cargado de amargura que de recomendaciones; se desearon las buenas noches y se dirigieron a sus cuartos a dormir.

La noche no fue tranquila ninguna de las familias conciliaban el sueño, una nostalgia profunda y extraña invadía esos corazones que en tan poco de haberse conocido se sentían como parte de su misma familia. Aclaraba el día cuando ya se escuchaban voces y sonidos que se dan cuando se trata de preparar maletas. A las ocho de esa mañana en el corredor de madera, las niñas Bernardita y María se tomaban de las manitas en señal de juego, sin darse cuenta de que inocentemente se despedían. Las señoras no hablaban, sus expresiones de nostalgia reflejaban un triste dolor de despedida. Así que Doña Julia guardando en una maletica de cuero un paquete que sigilosamente conservaba, niños, caballito y gallina se alejaban de donde había sido su hogar poco tiempo, pero que entrañablemente recordarían por siempre.

Don Julio silencioso encabezaba el grupo, cuando los rayos del sol empezaban a aclarar las sombras de las montañas y reflejase en los meandros de las quebradas y riachuelos, llevando dentro de sí muchas ambiciones que deseaba hacer, eso sí, sin tener una meta fija donde debería empezar. Doña Julia, más calmada y razonable, le preocupaba mucho el estudio de sus hijitos, las escuelitas eran pocas y si las había siempre eran a largas distancias, por eso siempre que hablaba de esto con Don Julio hacía énfasis que le gustaría una ciudad grande donde sus hijos se pudieran preparar bien.

La jornada ese día culminó en la tarde llegando a un pequeño caserío como todos los que circundaban en el departamento, los cuales fueron tomando nombres de pueblitos como Finlandia, Génova, La Tebaida, Montenegro, Pijao, Alcalá y Santuario, que nació bajo la tutela administrativa de Anserma que hacía parte del territorio, Cauca cuya capital era Popayán. En 1892 pasó a depender del recién creado municipio de San Antonio de Apia.

Poco tiempo fue su permanencia en este sitio, la decisión ya se había tomado que el viaje podía ser muy largo, dependía todo de la suerte que tuviera, Don Julio al lograr instalarse en un sitio fructífero. La familia permanecía bien, Bernardita empezaba a ser una niña grande al igual que sus hermanitos, los mayorcitos ya empezaban a aprender en las escuelitas donde ocasionalmente permanecían más tiempo. A hacer las dos operaciones de matemáticas exclusivas para los pobres, que son sumar y restar; porque como ya es sabido desde tiempos remotos que multiplicar y dividir es para los hacendados y de mejor posición económica.

El tiempo iba transcurriendo con los azares de la pobreza que ya Doña Julia y Don Julio manejaban muy bien o mejor las circunstancias les permitían hacer. El dinero de la finquita iba llegando a su fin, el gasto de cinco hijos era mayores a medida que su crecimiento lo exigía. En uno de estos parajes donde ocurrió algo insólito, asombroso que posteriormente contaba a sus nietos, la abuela aun profundamente atónita después de muchos años y que al narrarlo varias veces quedaba siempre silenciosa y pensativa. Decía: “Conocí una familia compuesta de cinco miembros, los esposos y tres hijos; una mujer y dos hombres. El muchacho mayor tenía 17 años, era alto y delgado, tenía unos ojos marrones y hermosos, era de muy buena presencia”... Aconteció que una noche como de costumbre lo hacía se acostó muy temprano, al otro día con su rostro desfigurado, pálido y nostálgico -Contaba- Soñé que llegando a un sitio donde se encontraba un castillo, una hermosa mujer me esperaba como si ya supiera de mi llegada, me abrazó diciéndome “Amor, ¿Por qué tardabas tanto? No sabes las lágrimas que he derramado por ti en tan larga ausencia.” Yo comprendía que me hablaba en otro idioma, el cual yo también entendía. Tomados de la mano caminábamos por un hermoso paisaje donde las flores parecían suspendidas por las manos de ángeles que susurraban extrañas melodías en coro de asonantes armonías, a la vez que de una extensión de vergeles se esparcía unos aromas de un indescifrable perfume que al inhalarlos penetraba a nuestra memoria como un nostálgico recuerdo caminábamos, hablábamos de muchas cosas que yo comprendía y razonaba, un luminoso lago que más bien parecía una lámina inmensa de cristal reflejaba un extraño cielo que nos hacía sentir como suspendido en el universo.”

“Mi adorada amada me dijo que no, que nunca más te alejes de mí,- Yo le respondí.- ¡Así se hará por que tú eres el amor de mi corazón y el de mi alma, En ese instante nos abrazamos y nos besamos profundamente enamorados, el rose de mi cara hizo que el arete callera al pasto, que más bien parecía un tapete de un lindo verdor, suavemente me fue alejando para recogerlo pero yo me opuse y mientras la tomaba de la mano me incline a recogerlo, cuando el arete en la otra mano me incorpore pero ya no la vi más, porque desperté, aún tenía el olor a su

perfume y tibio calor de su abrazo en mi piel: sollozando en la cama y meditando, sobre este extraño sueño, llamo a sus padres y hermanos para contarles, que viéndolo desfigurado no le creyeron. Pero la sorpresa mayor, cuando abriendo su mano derecha dijo: ¡Aquí está aún el arete de mi amada!,. Atónitos quedaron cuando empezaron a mirar una esmeralda inmensa incrustada en una base de oro con diamantes pequeños a su alrededor que daba extraños visos.”

Todos estos recuerdos nos contaban la abuela Julia, pero lo que más la entristecía era que, como al extraño soñador lo visitaba mucha gente, quienes con más insistencia lo hacían era, el inspector de policía y el cura, en una y otra visita no se supo quién ni como, pero se perdió el arete que era el único testigo presente que conservaba este nostálgico enamorado, la tristeza lo embargó profundamente y cayó en la locura.

Bueno retomando las andanzas de Don Julio y su familia, quien ya cansado de pernoctar en diferentes caseríos lo que posteriormente se iban convirtiendo en pequeños poblados en los cuales no había ningún futuro para sus hijos quienes ya se convertían en jóvenes, con aspiraciones de formar una familia, la niña Bernardita ya cantaba con 12 años y para doña Julia era una mayor responsabilidad Bernardita ya leía y razonaba casi como un adulto, cosa que le preocupaba mucho a doña Julia.

¡Mañana nos vamos de aquí -anunció Don Julio un día-, tengo unos parientes en La Unión (Valle) y estoy seguro de que nos acogerá algún tiempo!

Así que prepararon todas sus cosas, que prácticamente eran pocas, incluyendo el caballito y la vieja gallina, y al amanecer ese nuevo día partieron para el Valle sin pensar en la lejanía, ni el tiempo que tomaran en llegar, cruzaron caminos agrestes trillados, por recas de arrieros, las cuales los conducirían al sitio elegido por Don Julio.

Ya en la unión sus familiares y parientes lo recibieron con mucha alegría, más que todo su primo hermano, Don Manuel, que hacía muchos años no se veían, los atendieron con mucha amabilidad y los alojaron en un pequeño cuarto, que por lo general conservan los campesinos, donde guardan aperos y herramientas que utilizan en el campo, pasa unos días, pero por respeto a su familia, Don Julio tomo en alquiler una caseta medio abandonada la que arreglaron un poco y se trasladaron a ella, Pablo, Bernardo y Alonso se dedicaron a trabajos del campo con vecinos propietarios de fincas cafeteras. Martín el mayor y más serio se empleó en una herrería como ayudante, empleo que tomo muy en serio y lo llevo a ser gran ornamentador, posteriormente, se contó que hizo un carro con tablas y hierro, pero se desilusionó diciendo que era para carretera y no servía por que los caminos eran de herradura y para eso estaban las mulas y los caballos.

Una tarde de improviso Don Manuel llegó de visita a saludar a Don Julio y su familia, sentados en una banca y recostado contra la pared de la viejita casa, conversaban muchas cosas de la familia de los climas de fechas propicias para

siembra hasta que llegó el momento que Don Manuel deseando que su primo se superara económicamente y aprovechando la ayuda de sus hijos para superar una tierra, le dijo:

- ¡Julio tengo conocimiento que están loteando una tierra baldía y fuera bueno que adquieras una buena plaza para que hagas una finca! -

¿Por dónde, en que sitio se está produciendo este acontecimiento? -preguntó Don Julio-.

¡Por la parte occidental del Tulia, el señor que está organizando todo se llama Leocadio Salazar, ve y habla con él!

Saliendo de este texto Leocadio Salazar, fundo el caserío en 1924 bautizado Trujillo (Valle).

¡Manuel me excusas -le respondió Don Julio-, pero te quiero contar que mis deseos son llegar a una ciudad grande, quiero que mis hijos se eduquen más y mi niña Bernardita aprenda una profesión acorde a la ciudad, no quiero que se queden en el campo!,

- Bueno Julio, si tus deseos son esos, no quiero disuadirte, cada uno tenemos nuestras ambiciones para superarnos, que Dios te guíe en tu nuevo proyecto-.

En esos días había llegado visita, era una muchacha que llegó al pueblo donde unos familiares a pasar vacaciones y Martin la conoció, de la cual profundamente se enamoró y bien correspondido porque ella también se enamoró, como Don Julio preparaba viaje, Martin le dijo:

- Papá, no lo acompaño, me voy para Quebrada Nueva a casarme con Rosa-

Que así se llamaba la futura esposa, sin escuchar las lágrimas de Doña Julia, ni oír consejos de Don Julio, partió, así lo hizo. Don Julio preocupado y sin la ayuda de su hijo mayor, tomo apresuradamente la decisión de partir a la Unión. Doña Julia le hablo, Don Julio:

- Mañana salimos de aquí-

¿¡Para dónde mijo!?! -le respondió Doña Julia-.

¡Para Buga la grande! -anunció feliz Don Julio-.

Llegada la tarde y esperando los hijos hicieron maletas despidiéndose de sus familiares emprendieron su nuevo viaje. Ya instalados en un pueblo más grande los horizontes comenzaron a tornarse distintos, Doña Julia le pidió a su esposo que le comprara una máquina de coser, así lo hizo, le compro una Singer de manubrio, que estaban de moda y eran la sensación en aquellos días, así que,

Bernardita y su mamá empezaron a recibir clases de una señora que era empírica en la costura, pero de todas maneras les iba a servir de mucho.

Alonso, Pablo y Bernardo guiados por su papá, encontraron trabajo en una hacienda que se encontraban en las márgenes del río Cauca, preocupados por la suerte del caballito optaron por venderlo con tristeza y lágrimas lo entregaron a una familia que tenían una finquita cerca al pueblo y con recomendación que lo trataran bien, y sabiendo que así lo harían, lo entregaron. Hicieron amistad con unos vecinos, y un domingo muy temprano, los tuvieron de visita y con muchos ruegos los invitaron a pasear en una finca que tenían cerca al pueblito, así que se dispusieron a prepararse y a operar los caballos y cuando se creía que ya estaban listos, ayudaron a montar a Doña Julia y con mala suerte cuando partían resbaló, porque la cincha del caballo no la habían apretado, cayó y tubo fractura de fémur izquierdo. Se apresuraron a entablillarla y sin saberlo le hicieron mal y quedo postrada varios meses y cuando se dispuso a caminar, después de una mal hecha terapia, quedó permanentemente caminando incorrecto, en esos días se les agrego un niño de unos diez años, decía que sus padres lo habían abandonado, decía llamarse Hernando Molina y permanentemente estaba cantando y fue una bendición porque tuvo gran ayuda Doña Julia en los quehaceres de su casa.

Bernardita era muy juiciosa, pero en ocasiones estaba callada y como escondida solo atendía al llamado de su mamá, después de un año aproximadamente, el niño que los había acompañado, de la misma manera como apareció desapareció, nunca se supo más de él, Don Julio después de ese percance de su esposa comenzó a sentirse incómodo en este sitio y como era un hombre de sorpresivas y decididas decisiones un día le dijo a su familia reunidos en el comedor:

- ¡Mañana partimos para Buga Real, me han dicho que es acogedora! (Ciudad que fue capital del departamento del Valle del Cauca en 1908), por espacio de 20 meses, pero no sé por qué los bugueños se dejan quitar este privilegio y dejaron que se ubicara en Cali, de todas maneras, es grande y hay un mejor campo de acción.

¡Bendito sea Dios: -dijo la vecina, que se ha hecho muy amiga mía, que si íbamos a Buga, me entregaba una llave y la dirección de una casita que tenía allá! -exclamó Doña Julia.

Así fue que la recogió con la dirección escrita en un papelito: Buga, calle 14 #9-40, con la recomendación que le cuidara su casita, así fue que, ya en Buga hallaron la dirección exacta y sacando una llave de hierro de unos diez centímetros de larga con una argolla en una punta y en la otra una base retorcida servía de palanca para abrir la puerta, la abrieron y encontraron que estaba llena de tierra y pasto, y de inmediato empezaron a limpiarla. Después desarrollaron unos colchones, mientras Doña Julia sacaba un costal, unas ollitas sumidas y unas tasas y platicos esmaltadas, ósea la repetición de todo campesino, los que producen el alimento a todas las clases sociales y carecen de todos los elementos de un ser humano,

viviendo sin tierra, sin luz, sin ropa, sin medicinas y lo más triste sin escuelitas en lo más grande del abandono.

La niñez quienes generación tras generación repiten el mismo cielo, no es una denuncia, es la afirmación de la infinita verdad.

Volviendo a la familia Piedrahita, ya en la ciudad las cosas no salían como imaginó Don Julio, las capacidades de los ellos no eran para la ciudad. Pablo se colocó en una carpintería donde aprendió bastante, Alfonso y Bernardo se emplearon de ayudantes en una galería en la cual también participaba Don Julio. Bernardita día a día se superaba más en la máquina de coser, Doña Julia en las cosas del hogar y así paso un largo tiempo.

A la iglesia Santa Bárbara ubicada a las dos cuadras, estaba el parque que tomaba el mismo nombre a la cual visita Doña Julia permanentemente como buena católica y rezandera. Un domingo después de la misa se detuvo a mirar que en la esquina de la calle 13 A con carrera 9, entraba a una caballeriza un señor con varios hijos, todos en diferentes caballos. De inmediato concibió una idea la cual se transmitió a Don Julio, se trataba de pedirle trabajo, pues veía que este señor era propietario de una gran finca. El domingo siguiente a la misma hora Don Julio estaba ubicado en la esquina esperándolo. Tal como se concibió, el señor llegó y mientras se quitaba los zamarros y desapegaban los caballos se le presentó

¡Muy buenos días, mi nombre es Julio Cesar Piedrahita, no le quiero quitar tiempo, sé que viene cansado y no quiero perturbar su descanso! -se presentó Don Julio

¡No se preocupe! -le dijo y se le presentó-, ¡Mi nombre es Rafael Antonio Martínez y estoy dispuesto a servirle en lo que pueda con mucho gusto!

Vengo a pedirle trabajo y estoy seguro de que no rechaza mi solicitud -pidió Don Julio.

¡Con mucho gusto! -respondió Don Rafael-, pero le pido el favor y me visite el martes a las seis de la tarde, tengo que arreglar algunos asuntos con mi contador y asesora comercial.

Don Rafael tenía a su servicio un contador francés y una señora que le manejaba papeles de escrituras y denuncias de minas, porque además de agricultor era minero y se le presentaba muchos asuntos para resolver. Don Julio se despidió agradeciendo la gentileza de la que había sido objeto, y se preparó para cumplir tan anhelada cita, así que se llegó el día y la hora, como eran personas serias y de palabras se encontraron a la hora previamente convenida,

¿Qué sabe hacer? -le pregunto Don Rafael-

¡De todo lo que sea, referente al campo! -respondió Don Julio-

Tengo unas plazas con madera para aserrar y otra tierra para cultivar: caña, maíz, frijol, yuca y plátano, ¡así que usted decide por dónde empezar! -dijo Don Rafael-

Pero hay un problema, tengo tres hijos y también los quiero colocar -explicó Don Julio

Mucho mejor, porque tengo una mina y estoy llegando a la veta y necesito gente honesta para barequear -dijo Don Fernando con una sonrisa en el rostro-, prepárese con sus hijos esta semana, ¡y el próximo lunes partimos para la montaña!

¡Gloria a Dios, gloria a Dios!, grito Doña Julia, cuando recibió esta noticia en compañía de sus hijos, Bernarda dijo que a ella también le gustaría ir a conocer esas fincas...

No, por ahora no, ¡vamos a conocer primero como son las cosas por allá! -afirmó Don Julio-, entonces esa semana arreglaron cosas en el sitio donde trabajaban y personalmente se prepararon para emprender el futuro de lo que serían sus vidas. Bernarda se dedicó a trabajar en costura, oficio que le dio gran satisfacción, porque en aquella época era difícil encontrar quien cosiera, y mucho más, quien hubiera adquirido una máquina Singer que por esos tiempos eran la sensación.

En la madrugada del lunes como se acordó, Don Rafael y sus hijos, Luis y Jorge y Don Julio con Alfonso, Pablo y Bernardo emprenderían viaje para la parte oriental de Buga, propiamente hacia el corregimiento de La Habana con sus veredas: La María, La Primavera, Los Totumos y Los Cauchos, sitios en los cuales, Rafael tenía varias propiedades.

La llegada de los nuevos visitantes fue grande y sorpresiva para ellos porque encontraron más labriegos al mando de Don Rafael, quien era exigente, pero tenía el privilegio de saber repartir órdenes y delegar tareas a cada uno para sus diferentes propiedades. La familia Piedrahita se adaptó rápido a los trabajos, a las condiciones y aún, a los jornales, motivo por el cual se establecen allí. Cada fin de semana viajan a saludar a Doña Julia y Bernarda, así pasó un largo tiempo y todo marchaba bien. Un domingo después de regresar de la montaña. Don Rafael se dirigía a Don Julio diciéndole:

-Esta tarde, como a las seis deseo hacerles una visita, espero se encuentren en casa-

Como acostumbraba a ser estricto, con paso lento y largo acorde a su estatura piso la casa de la familia Piedrahita, quien se encontraba sorprendida por tan extraña visita,

¡Buenas tardes! -saludó-

¡Buenas tardes!, -contestaron-, sentándose en un taburete de cuero que le acerco Bernarda, comenzó hablando cosas como el tiempo del invierno y fechas para sembrar y mientras se tomaba una taza de café que le sirvió Doña Julia.

Vengo a contarles parte de mi vida -empezó diciendo Don Rafael-, lo que ha sido mi vida.

Se tardó unos momentos en hablar mientras la familia Piedrahita, atónita esperaba.

- ¡Mi familia procede de Antioquia donde nací, aquí me forme y con mi trabajo he logrado lo que tengo, en casa de una familia de apellido Lozano, conocí a una muchacha muy bonita y de buenos modales con la cual contraí matrimonio, fue gran señora, muy trabajadora y de grandes ideas, de esta unión tuvimos dos hijos, Luis y Esther! Grande era la felicidad de Bárbara con sus dos hijitos soñaba cosas importantes para ellos, pero la felicidad fue corta, porque siendo una mujer joven enfermo gravemente y solos nos dejó en este mundo, sufrí inmediatamente porque sentía tristeza por ella y pesar por mis hijitos que todavía estaban pequeños.

Hubo un largo silencio, de pronto intervenidos por los sollozos inconsolables de Doña Julia y Bernarda mientras Don Julio y sus hijos empalidecían y reflejaba sus rostros como si se encontraban meditando, Don Rafael volvió a tomar la palabra y comenzó refiriéndose a su segunda historia en términos más pausados.

-En Popayán vivía con su familia, Rosario Cardona, una elegante joven profesora que por circunstancias conoció al General Cipriano Mosquera, de quien quedó en embarazo y por razones de escándalo social no era conveniente que apareciera con hijos naturales, porque la sociedad era muy celosa dentro de su elitismo y no era conveniente un desprestigio en grandes proporciones que afectaría su posición política, militar y social.

Entonces el general por reunirse en secreto con Rosario y acordaron que ella debía de partir a tener su hijo en otro sitio. Una mañana antes de salir el sol como se tenía acordado el general depositó en las manos de Rosario una bolsa de telas en la que se acostumbraba a guardar las monedas con la cantidad de ciento quince pesos, dinero suficiente para sufragar sus gastos, durante un largo tiempo mientras tuviera su criatura y encontrara un sitio donde pudiera desempeñar como profesora, profesión en la cual se desempeñaba con pleno conocimiento.

Después de pernoctar en varios sitios donde no se pudo adaptar, terminó llegando a Buga, donde la conocí en el Colegio de los Hermanos Maristas, donde estudiaban mis dos hijos y exactamente donde tuvimos nuestro primer encuentro en que me contaría toda esta historia, la cual les estoy narrando a ustedes. -Doña Julia volvió a ofrecerle otro café y prosiguió Don Rafael contándoles-, dos meses, una conocida y experta partera atendió a Rosario dando a luz una niña a la que

bautizo Zoila, y después de seguir comunicándonos a los cinco meses contrajimos matrimonio con quien tuvimos seis hijos en orden de edades Jorge, Rafael Ángel, Carmen, Elena, Antonio y Carlos, quienes están conmigo y son mi mano derecha en todos los trabajos de mis propiedades las cuales alternan con sus estudios en el mismo colegio donde conocí a Rosario.

¿Se toma otro café? -insinuó Doña Julia-

¡No señora, así está bien!, -contestó Don Rafael-, quien a continuación prosiguió, diciéndoles. -No solo he venido a contarles mi historia, sino hacer una invitación, el próximo sábado tengo preparada una reunión familiar en mi casa y quiero que ustedes estén presentes, porque quiero relacionar las dos familias, así que, con todo respeto, espero acepten mi cordial invitación-.

¡Muchas gracias! -contesto Don Julio y su familia-, allí estaremos.

Don Rafael se despidió dando las gracias por haberlo escuchado y por las atenciones de la familia Piedrahita, Doña Julia y Bernarda ya empezaban a meditar sobre que vestido llevar que fuera elegante y apropiado para tal reunión y acto seguido la maquina Singer comenzaba a dar sus frutos. Doña Rosario en casa empezaba a dar órdenes con todo lo relacionado con arreglos de casa, las cosas de la cocina llegarían de la finca al final de la semana.

Al sábado de la reunión, todos los invitados estaban atentos a tan elegante reunión, unos parientes de Don Rafael que vienen en la otra banda, parte occidental de Buga, también se harían presente y Zoila quien vivía con una familia de nombre Lastenia que era profesora, quien había preparado a Zoila en la misma profesión y vivían en el centro de la ciudad, también llegaría a tan difundida reunión. El francés quien llevaba las cuentas y la señora que tramitaba documentos también estaría en primera fila sirviendo de anfitriones.

El tan anhelado día se cumplió, Bernarda preparó un vestido rosado sencillo pero muy bonito y Doña Julia uno de color gris un poco más largo y discreto dada la condición de su edad. Don Julio y sus hijos se presentaron bien dentro de la sencillez de un serio y humilde campesino. Don Rafael y su señora Rosario en la puerta daban la bienvenida a cada uno de los invitados de pronto llego un muchacho familiar de Doña Rosario que hacía tiempo no veía y permanecía donde su familiar Eustorgio como se llamaba, era uno de esos muchos que sin ser afemino era frágil dado a los quehaceres de las señoras, como cortar la leña, traer el agua, prender la hornilla y lavar las ollas, quienes recibieron con gusto y sin ningún protocolo se dirigió a ayudar en la cocina.

Dentro de la casa los invitados con la natural timidez empezaron a presentarse uno con otros y los pequeños grupos los que se dividían para hacer otros, las damas un poco recatadas, sentadas iniciando sus conversaciones. Se pidió un

silencio y a continuación, Don Rafael se dirigió a sus invitados en términos amables diciendo:

-Mi señora Rosario en unión de todos mis hijos queremos darles nuestros agradecimientos por la asistencia a esta, que de ustedes también es nuestra pequeña reunión espero se diviertan haciéndome ese honor.

A continuación se escuchó un masivo aplauso a la vez: entraron tres muchachos, con tiple, guitarra y bandola; los dos primeros campesinos de la región y con su bandola, Serafín Saldarriaga, hijo de un señor dueño de una finca en la Comarca, en un rincón de la sala, Doña Rosario colocó tres asientos y una botella de aguardiente y la fiesta empezó desprendiéndose de los instrumentos las notas de palkas, bambucos y pasillos, los invitados fueron tomando confianza y los grupos se desintegraban para formar otros y hablar diferentes temas.

Los muchachos ya escogían pareja y las muchachas empezaban a sentirse halagadas con su determinado galán, así transcurría la reunión, cuando llegó la hora de la cena y como toda fiesta campesina, abundancia en todo, las mujeres y los hombres ya tenían miradas comprometedoras y tanto los hombres como las mujeres sentían nostalgia porque llegaría el final de la reunión, todo fue ameno y antes de despedirse, Don Rafael y Doña Rosario, con mucho interés y secretas palabras despedían los entusiastas recién conocidos. La reunión fue todo un éxito, pero como un petardo porque inició la desintegración de las familias que de allí daría comienzo a varios noviazgos.

El primero en pedir la mano fue Serafín con Ester, el segundo Julio con Carmen, que viajaran a Palmira con Elena quien posteriormente se trasladaría al corregimiento de Palmira. De Elena no se supo más, después que Luis con Bernarda, Jorge se integró a la policía montada, lo enviaron a una comisión hacia el Cauca a apresar un afrodescendiente que robaba a los ricos para darles a los pobres. A su regreso pidió la baja y se retiró, a los pocos días se casó con Flor, Rafael Ángel conoció a Débora que también contrajo matrimonio y se trasladó a Buga la grande. Antonio se casa con Mercedes, quedan en Buga. Carlos conoce a la familia Cañaverál y con Petronila contrae matrimonio se radican en Guacas cerca de Guacarí.

Luis y Bernarda tienen su primer hijo, lo bautizaron Rafael Antonio. A los pocos días se despiden de Julia y viajan a la montaña donde trabajan con Don Julio y sus hijos. Bernarda tiene su segundo y tercer hijo en la vereda Los Totumos, por razones de olvido no sé supo si fue Isidro Humberto o Luis Hernán, quien escribe estas memorias, quien nace en este sitio. Al poco tiempo la señora Bernarda quien acaba de convertirse en mi mamá se traslada a Buga nuevamente, se sentía aburrida y más que todo no quería que sus hijos se criaran en el campo, en ese mismo año la familia Piedrahita Parra comienza a desintegrarse, mi tío Alfonso se casa con una campesina de Los Cauchos, fincas de la misma comarca de él se supo muy poco, era alejado de su familia, tío Pablo contrajo matrimonio con Elisa

perteneciente a la misma comarca, mi tío Bernardo conoce a la familia Villa procedente de La Buitrera corregimiento de Palmira y se casa con Carmen quien su padre se convertiría en mi padrino de bautizo.

En aquel tiempo ya empezaba a conocerse el paquete chileno: robo que consistía en cambiar los billetes por rollos de papel del cual fue víctima mi abuelo Rafael, se sintió triste y desprotegido toda mi familia lo consolaba y apoyaba, pero nunca conto la cantidad de dinero perdido del cual le era más fácil hacer negocio que con el oro de su mina. La mala suerte para uno, la buena para otros. A Serafín la suerte le llegó, ganó mil pesos en un sorteo de lotería que se efectuaba en Buga, dinero con el cual compró una finca en La María donde nacieron Nubia, Nora, Hernán que falleció pequeño, Maricel, Gladys y Nohemí, sitio en el cual vivieron la mayoría de sus años.

Lo acontecimientos hasta aquí descrito me fueron captados por comentarios y recuerdos de mi mamá Bernarda que hacía gala de su extraordinaria memoria.

Una madrugada me despertó el llanto de unas personas que estaban al borde de mi cama, eran mi abuela Julia, mi mamá y un señor que recuerdo por su sombrero era el tío Martín que había llegado, y de un costal, sacó algo grande metálico que no podía distinguir hasta que recorto contra la pared, era una cruz que empecé a detallar, en las puntas terminadas en hierro en forma de trébol como de la mitad tenía punta de lanza, las dos de sus costados tenían unas láminas cortadas con delicadeza que simulaban una rosa. En la mitad tenía una forma de hebilla soldada horizontalmente con la pestaña de encima doblada hacia abajo y la de abajo doblada hacia arriba dejando un espacio en la mitad para leer dos láminas que atravesaban insertándose en ellas con dos nombres hechos con un punzón en cada lamina el nombre Julia de Piedrahita y la otra Julio Piedrahita, estas lecturas las descifre cuando aprendí a leer y en ese instante comprendí que mi abuelo Julio había fallecido y que por razones de discreción con mis hermanas y conmigo nos los habían ocultado.

Ese mismo al atardecer se despedía silencioso y acongojado el tío Martín de quien tardarían varios años en volver a saber de él, mis hermanos, Rafael y Humberto ya estudiaban en la escuela José María Villegas, cerca de nuestra casa en la esquina sur oriental del marco del parque de Santa Bárbara, con la curiosidad de todo niño, empecé a notar que mi mamá muy rápido iba engordando y muy pronto supe, mientras conversaba con una vecina que pronto llegaría otro hermanito a la familia. Así que un primero de mayo nació una niña, la que bautizaron Julia Mery, niña que fue una bendición para el hogar, porque con su humildad, paciencia y obediencia ayudaría a mi mamá en todos los oficios que producen el mantenimiento de un hogar.

Hago un alto aquí para manifestarle al paciente lector, que, siendo hoy un hombre de edad, se me quebró profundamente el corazón cuando recuerdo verla haciendo oficios de un adulto siendo aún una niña.

En esos días mi abuelo Rafael empezó a enfermar quizás por ausencia de sus hijos únicamente lo acompañaban mi papá Luis y mi Tío Antonio quienes permanecieron siempre en Buga. Ya iba poco a sus fincas y a la mina, frecuentaba más las oficinas en compañía de sus dos colaboradores el francés y la señora erudita en tramitología de documentos, fue agravándose día a día, más su señora Rosario quien lo asistía y le presentaba permanentemente documentos para que firmara, molesto por notar más ambición que amor.

Un día empezó a llamar a sus hijos cosa que fue difícil que todos se hicieran presente, por lo dispersos que se encontraban, se agravo y falleció. Asistieron todos al funeral, el francés y la señora, nunca más se supo de ellos y de las propiedades que tenía a nadie le escrituró nada, todo fue quedando en el olvido, la única persona que trató de recuperar algo fue la tía Carmen quien viajaba a los sitios donde se encontraban sus hermanos pero nunca logro reunirlos, los transportes y las comunicaciones en esos tiempos eran difíciles, por tal motivo no logró que se hiciera una sucesión o al menos reclamar o tomar posesión en las propiedades.

El tiempo transcurría lento, implacable e indetenible. Una mañana mi abuela Julia gritó desde el fondo del solar:

- ¡Bernarda, Bernarda, vení mirá, ¡la gallina amaneció muerta! -las lágrimas de mi mamá no se hicieron esperar entre sollozos nostálgico, dieciséis años nos acompañó, que tristeza, mi papá también se quebrantó, la enterró y consoló a mí mamá y se dirigió a Buga la grande, donde se hacían estudios de agronomía en el cual el desempeñaba.

Mis hermanos Humberto y Rafael asistían a la escuela mientras ya me preparaban para hacer lo mismo. Mi abuela por entre una cerca en una canal de guadua recibía el agua que nos regalaba la señora Julia, día de por medio llenamos dos tinajas grandes con el agravante que tenía un compañero con el cual peleaba mucho y cuando esto sucedía no nos recibía la canal, de todas maneras, con todo y por todo, Dios bendiga a esta mujer que nos fue de mucha ayuda para nuestra familia. Con mis hermanos íbamos a una pileta pública a recoger el agua cuando carecíamos de ella.

En una esquina del marco del porque mientras jugaba con unos hermanos de una familia muy grande de quienes recuerdo sus nombres: Plinio, Arcesio, Ambel, Carlos, Aníbal y Alicia. Vimos acercar a dos hombres con unas vestimentas muy raras que emulaban Don Quijote y Sancho Pansa, uno con unos pantalones apretados como torero con gorro y plumas, el otro también vestía raro, ambos llevaban vestimenta negra como inquisidores, el primero traía un rollo de papel y el otro tenía un tambor con el cual empezó a darle golpes tocando, Marcha y El Gran Pabellón.

El estruendo continuo en una ciudad tan calmada hizo que se aglomerara mucha gente entre las cuales se encontraba mi mamá, cuando el del rollo de papel calculó que la asistencia de las personas era suficiente, haciéndole un acto de silencio el del tambor, con un redoblante de cuatro tiempos, cerro el compás y terminó.

Empezó a desenrollar una hoja larga de papel y haciendo un saludo protocolario empezó a leer “La Alcaldía Mayor y el Acueducto Municipal de la ciudad de Buga haciendo uso de sus facultades que se le otorgan en el código de la ciudad contemplados en la página tal, código tal y del literal tal, pone un conocimiento a la ciudadanía, que a partir del día de mañana se suspenderá el servicio del agua durante quince días, este comunicado lleva el propósito de hacerles saber que durante este tiempo no tendrán el servicio del agua dado el año tal, comuníquese y publíquese!”

¡Hijueputas! -gritó mi mamá-, cuántas veces hemos ido a pedir que nos instalen el servicio y han hecho caso omiso y ahora si vienen a decir que nos la quitan, váyanse para la mierda caterva de desgraciados.

El oyente público empezó a razonar hasta que estalló en ira y gritándoles de todo, los asustados mensajeros sigilosamente empezaron a retirarse hasta que perderse doblando la esquina. Yo nunca había escuchado tales palabras a mi mamá, como tampoco nunca más volví a ver los quijotescos mensajeros. Mi abuela como rezandera que era, todos los domingos asistía a la iglesia a escuchar la misa en compañía de mí mamá, un domingo se sintió con quebrantos de salud y llamando a mi mamá le dijo:

- ¡Bernarda vaya a misa recé por usted y todos nosotros! - arreglándose y pintándose un poco, se puso la mantilla y se dirigió a la iglesia, a su regreso le pregunto-. ¿Mija que dijo el cura?

Nada -lacónicamente respondió-, ¡no vi ni la cara de él, solo entendí que había que recoger la limosna, porque se necesita levantar muros en la parte de atrás, y vi más santos en las paredes, y lo que me extrañó tanto fue que, estaban rezándoles a ellos, no comprendo, porque, si la biblia lo condena. (Salmo 115). También condena a los que de larga sotana se lucen en el nombre de Dios, Marcos capítulo 12, ¡versículo 38!,

¡Bernarda, donde aprendiste todas esas cosas!

-Mamá, usted ha guardado un maletín celosamente durante muchos años y yo descubrí que en él se encuentra dos libros uno, Aura y las Violetas de Vargas Vila y La Santa Biblia-

Después de Pio 12, quien fuera papa desde 1939 al 1958, año en que entra a gobernar la iglesia el papá Juan III, Pap número 261, quien hiciera un cambio trascendental dentro de la iglesia católica. Las misas se oficiaban en latín de

espalda a la congregación, quedo abolido, ordenó que fueran de frente hacia el público y en el idioma según el país. La Santa Biblia que era un libro que solo tenían acceso los curas, porque quien lo leyera era hereje y quedaba excomulgado, ordenó que fuera difundido en el mundo, la misma Biblia mandaba a que este evangelio sea pregonado en el mundo entero, Mateo Capitulo 28.

Mi mamá y mi papá empezaban a preocuparse mucho, sus hijos iban creciendo y demandaban mayores gastos y más responsabilidades, lo que ganaba mi papá en la granja y las costuras que hacia mi mamá no alcanzaban para los gastos que exigía crecientemente el hogar. A mi hermano Rafael le consiguieron un profesor, para que aprendiera a tocar la guitarra, no le gustó, otro para escribir en máquina, porque quien lo hacía era persona de mayor importancia, tampoco le gustó, su vocación era la construcción de viviendas, en ello quedó. Mi hermano Isidro Humberto era muy callado y permanentemente estaba armando carritos con latas de cervezas machacadas. Ya iba yo a la escuela, me gustaba mucho, pero odiaba madrugar.

Mi hermanita Julia Mery, también estudiaba en la escuela para niños con nombre de Santa Rita, ubicada en la casa paterna que fuera de mi papá, ¿coincidencia o gracias que hay en la vida?, Mi mamá nuevamente empezaba a engordar hasta que nos llegó un nuevo miembro de la familia una niña el 30 de marzo, ya le habían colocado el nombre de María Esperanza, nos alegró el hogar, pero era una nueva carga para mis papás, la situación día a día se iba convirtiendo en mayor dificultad. Un día le dijo mi mamá a mi papá:

- ¡Ve donde Zoila la hija de tu madrastra y dile que por favor nos preste un peso! -

Así lo hizo y yo lo acompañe, vivía en el centro de la ciudad y estaba muy relacionada con la alta sociedad a la cual pertenecía.

Llegamos a una casa de arquitectura colonial, con tejas, paredes anchas y un zaguán con dos puertas, la primera estaba abierta, la segunda estaba cerrada y tenía una chapa en forma de una mano y un punto de hierro para golpear, la cual, así lo hizo mi papá, salió Doña Zoila y por entre los dientes nos saludó y nos mandó a seguir hasta su alcoba, tenía un chifonier, lavacara y una cama tallada en madera y muy bien adornada, nos miró en silencio de arriba hacia abajo y le pregunto a mi papá:

- ¡Luis!, ¿Porque te vistes así?, debes de usar corbata, camisa limpia y buenos zapatos, mira este niño como está vestido, debes tener más pulcritud con tu familia y mejor trato personal. ¿Dime, a qué has venido'?

Mi papá ya maltratado y humillado le dijo: ¡Señorita Zoila, he venido a pedirle un favor, que me preste un peso-!

Yo no tengo dinero para prestar -respondió al cabo de un momento tras observarlo detenidamente- y en seguida se acercó a un baúl antiguo con láminas protectoras

por los ocho costados, lo abrió y sacó un talego de papel, con unos panes con olor a perfume antiguo y se los entregó a mi papá. Noté que el rostro de mi papá se tornó demacrado y lloroso, y a continuación nos despidió-.

A nuestro regreso, nos esperaba mi mamá sonriente y muy animada.

¿Cómo les fue, como les fue? -pregunto a mi papá-, moviendo la cabeza en forma negativa, contestó:

- ¡Mal! - y en acto seguido, comenzó a contarle todo lo acontecido. Mi mamá quedó quebrantada y guardo silencio, por un largo rato y en un instante de paz y templanza pronunció estas palabras:

- “El que cierra su oído al clamor del pobre, también el clamará y no será oído”, Proverbios 21, Versículo 13 y prestándole ya a lo acontecido, poca atención, siguió en los menesteres de la casa.

Una vecina muy trabajadora, que vivía tres casas hacia el occidente por la misma acera de nuestra casa, su nombre Narcisa Llanos, tenía varios hijos, unos casados y otros solteros. Todos los fines de semana, hacia rellenas (morcillas), y el agua en que las hervía en una olla, no la regalaba. Mi mamá la complementaba con arroz y sin excepción nos producía diarrea, así que semanalmente tomábamos caldo de rellena. Un domingo en las horas de la mañana mi mamá nos envió a la galería (Plaza de mercado) a comprar café y tocino, caminaba por una cuadra que llamaba El Hoyo, en ese sector había varias carpinterías y mi hermano Isidro Humberto, piso una puntilla con la parte delantera del pie y en el talón se le clavó, terminamos mi hermano y yo, quien escribe estos amargos recuerdos de hacer a brincos y llorando el mandado.

Mi mamá nos recibió muy preocupada y mientras apretaba y lavaba bien la herida, lloraba, le puso una gasa con esparadrapo y continuó llorando ese día y parte del otro. Un instante en que se acordaba. En esos años de mi niñez, no alcanzaba a comprender bien el largo y amargo llanto de mi mamá, hasta que después de un tiempo, razoné y comprendí que era, porque no tenía zapato. El tiempo iba pasando en la pobreza con angustias, a la vez que íbamos creciendo y comprendiendo más la vida. Mi hermano Rafael ya estaba terminando la primaria y no deseaba estudiar más, solo quería trabajar y nos resultaba más conveniente para el hogar, así que no hubo ninguna oposición.

En la carrera 9 con calle 19 y 1 donde atravesaba la ciudad el río Guadalajara era empedrada y la llamábamos el Camino Real, por esa ruta acompañamos a mi mamá todos los sábados que en grupos de varias vecinas iban a lavar la ropa y a bañarnos. Por el mismo sendero pasaban carros que se dirigían hacia Cali y pueblos vecinos.

Un sábado que caminábamos por el empedrado escuchamos una algarabía, era un bus escalera que partía de Manizales hasta Buenaventura, era un gran

acontecimiento, porque la carretera era destapada y era un trayecto de muchas horas y la gente que viajaban en el bus traían y llevaban varias cosas al igual que cambiaba de pasajeros el bus, tenía nombre de Santa Teresita, pero la gente le decía La Zapa, mi mamá comentando con sus amigas, dijo refiriéndose a los pasajeros, que los negros llegaban rucios y los blancos negros motivo de carcajadas y carga risas.

En esos días la política andaba en su apogeo y los partidos preparados para unas elecciones que por lo general ganaba el Partido Conservador, ya lo había dicho. El mandatario que iban a liderar la nación mínimo cincuenta años. Y que los liberales que se opusieran los expulsaban del país por ser ateos y comunistas.

Mi papá con unos vecinos de ambos partidos asistía a las urnas y antes de votar los subían a unos camiones según el color político y los paseaban por la ciudad arengando al pueblo hacia las urnas, terminando esto, recibían una atención, se trataba de aguardiente y sancocho de gallina, se regresaban a sus casas, abrazados en la más grande amistad y concordia llevando al hogar las presas de gallina.

Mi abuela tenía un amigo personaje muy querido por toda la comunidad, que en la iglesia hacía de acólito y monaguillo y ayudaba a officiar las misas, barría y doblaba las campanas a las doce de cada día y ayudaba a los basares y fiestas que organizaba el cura Pinilla para recolectar fondos para la iglesia. Eliecer Serna era el nombre del gran amigo de mi abuela, quien le llevaba los periódicos que diariamente leía el cura, eran: El Tiempo, El Espectador, El Colombiano y El Siglo era el que más frecuente leía, por ser el periódico de gobierno.

Mi abuela repartía su tiempo muy bien en la cocina en su maquinita Singer haciendo costura, leyendo o escuchando las noticias, en un radio pequeño marca Philips, que a veces había que golpearlo para que sonara, los periódicos que llevaba su amigo los leía de punta a punta y cuando la visitaba tomando café hablaban de la situación, los acontecimientos y más que todo de política, tomando conceptos analizando y razonando cada uno con mucho respeto no se pisaban las palabras y se escuchaban con atención cuando alguno la tomaba.

Un día estando sentado en una banquita de la cual se divisaba desde la cocina hacia la puerta, vi la silueta de un hombre delgado, alto y con sombrero. Saludó fuerte, pero más que un saludo, fue un grito del cual mi mamá susurro: “por la patada se conoce el asno” y a continuación dirigiéndose a mi abuela pregunto:

- ¿Busco a la señora Julia Parra Restrepo? -

¡Yo soy! -respondió mi abuela-

-Señora vengo desde Buga La Grande con estas escrituras, las que enseguida presento, soy hijo de Etelvina, murió y como herencia me dejó esta casa y he venido a reclamarla.

Mi abuela sorprendida por tan desagradable e inesperada noticia le respondió:

- ¡Sí se la desocupo!, pero tiene que darme mínimo seis meses para ubicarnos en otro lado-.

Después de una larga y a veces acalorada conversación, se llegó al acuerdo que en seis meses se desocuparía esa vivienda. La mala noticia se propagó entre los vecinos los cuales visitaban insistentemente a mi abuela para aconsejarla. A su amigo Eliecer llegó la noticia, que de inmediato fue hasta la casa a ponérsele a la orden y a ofrecerle que hablaría con el cura y si fuera necesario contratar un abogado para hacer oposición, ya que por derecho de posesión y de tantos años de habitarla, tenía derecho a esa propiedad. Insistentemente mi abuela se oponía alegando que esa casa no le pertenecía y debía entregársela a la fecha convenida.

Mi mamá disgustada le hacía caer en razón, argumentando que el pleito se podía ganar y habiendo tanta gente que les ofrecía su ayuda y que haría si entregaban esa vivienda no les alcanzaría para pagar arriendo y suplir las necesidades del pagar, no les alcanzaba ni para el agua. El tiempo iba transcurriendo y la insistencia en ambas partes continuando, perdurando. Un pariente de mi abuela que tenía un depósito de café en Tuluá de sorpresa llega con su señora a visitarnos, pero el motivo era otro. Tenían dos hijos Carlos José y Eloina que andaba enamorada de un muchacho que no era del agrado de sus papás y como en esa época el castigo que daba a las muchachas era internarlas en un convento así lo hicieron con Eloina, que quedó en custodia de religiosas.

Pero como el amor rompe cadenas, no se supo en qué forma se pusieron de acuerdo y utilizando una escalera la monjita se voló con su novio y como Carlos José estudiaba en Buga. Ese era el motivo de buscarla también en nuestra casa y de ella no se supo más. Este desagradable acontecimiento nos sirvió mucho, porque, este vínculo con Carlos José que usaba pantalón largo por su mejor posición económica nos regalaba lo que no usaba y mi mamá con la ayuda de Dios y su maquinita nos hacía dos cortos, para mi hermano y para mí.

Ya veía crecer a mis dos hermanos mayores al igual que a mis dos hermanas menores, yo entraba en la etapa que cambia de la niñez a la juventud en el que comienza a despertarse el reconocimiento y análisis de todas las cosas como preguntas de: “¿Por qué, quién, cómo, qué extraño?, que muchacha tan bonita”, o sea el reconocimiento del mundo al que entrábamos, en el que sentimos el peso de la desesperación, la pobreza y soñar con los más grandes anhelos por escalar a un medio mejor. En el largo transcurrir del tiempo hay acontecimientos que se nos graban en la memoria y nunca logramos olvidar, el siguiente es uno:

Mi mamá regresaba de la calle asombrada por lo que había visto, reunió a unos vecinos para contarles lo acontecido. Yo inconscientemente mientras jugaba con mis hermanitas escuchaba lo que mi mamá les contaba, empezó narrando:

-El Batallón de Artillería N° 9 Batalla de Palace, más conocido como “El Batallón Palace”, en temporada recluta jóvenes para el servicio militar, en una recogida que se hizo cayó un joven que cada quince días bajaban de la montaña a hacer mercado, como por costumbre, cuando pueden hacen los campesinos en compañía de sus papás fue sorprendido, ni con ruegos y lamentaciones, fue posible su detención!, ya en el batallón empezó la disciplina, rapada de pelo, baño temprano, embetunar las botas, desayuno e ingresar a las aulas.

El capitán con su rango, altivez y voz de mando cogió entre ojos al pobre campesino. Cuando dormía lo levantaba a barrer o hacer flexiones, en el comedor metía su dedo en el café para probarlo, saborearlo y decirle ¡Te gusta dulce!, lo ponía en vigilancia nocturna (noche centinela), en la fila lo pateaba por pararse mal o bien por haber aprendido, lo humillaba verbalmente siempre que se encontraba frente a él. A los reclutas todos los domingos les dan el día libre, hasta una hora exacta en la que tienen que hacerse presente nuevamente. El joven soldado lo visitaban semanalmente sus papás en el cuartel.

Un día al despedirse le dijo a su papá: -Se acuerdan de la peinilla que me regaló cuando cumplí los quince años; sí mijo, pero ya está muy pequeña, no importa es para cortar el pasto en la casa del capitán, que me ha escogido a mí por conocer las cosas del campo y necesito que me la afile muy bien para hacerle un buen trabajo-. El domingo siguiente el papá cumplió los deseos de su hijo, la envolvió muy bien y la guardó secretamente y les dijo a sus papás, el próximo domingo no vengan, porque voy a estar ocupado haciendo el trabajo para el capitán, se despidieron dándole bendiciones a su hijo.

El próximo domingo cumplía los tres meses de prestar el servicio militar y el sábado se encontró frente a frente el capitán y el soldado, como de costumbre recibió maltrato, el soldado quien silencioso y paciente esperó que terminara la humillación. Cuando termino le dijo: ¿Si usted se quita ese uniforme y se viste de civil sostiene que sigue siendo un hombre berraco?, lo invito para que nos encontremos en la orilla del rio, donde está el pedregal y arbusto de ramas, para que no nos vean darnos plan, como tantas veces me lo ha ofrecido. Si es capaz de sostener su hombría, lo espero mañana domingo a las 12 del día.

El arbusto de ramas es una planta que crece a la orilla del rio y tiene unas espinas finas como uñas de gato, por lo cual le dieron el nombre de uñas de gato, porque cuando se prende al cuerpo una, todo el follaje se adhiere y difícil es desprenderse de ellas. El capitán más enfurecido que nunca le aceptó la cita, no sin antes nombrarle la madre.

A la hora exacta el día siguiente cumplidos y enfurecidos se encontraron en el sitio elegido, el capitán llevaba una peinilla y un revolver, el soldado su machete únicamente, para amedrentar al soldado el capitán se dirigió a él diciéndole:

-¡Primero te voy a dar plan- y al final un tiro en la cabeza, y mientras desenfundaba la peinilla, el soldado le acertó un machetazo en la mano la cual cayó al pedregal con la peinilla y al sentirse herido, trata de desenfundar el revolver pero fue imposible, porque una uña de gato se le adhirió llevando consigo todo el follaje que le inmovilizó todo el cuerpo, mientras el soldado incansablemente descargaba machetazos sobre todo su cuerpo, extenuado se acercó al río y se sentó en una piedra y con paciencia lavo el machete y alguna sangre que se le había impregnado en todo su cuerpo.

Una vecina que escuchaba muy atenta todo lo que contaba mi mamá, le pregunto:

-Micia Bernarda, ¿qué pasó con el joven soldado? -

El soldado se dirigió al batallón, llegó hasta el comando, contó lo sucedido incluyendo el maltrato del que había sido objeto desde el inicio en que se había integrado al batallón. Entregó el machete y se le entregó al comándante, no se sabe que más pasara con él.

Yo que atento escuche esta sorprendente historia con la curiosidad de niño, fui en busca de mi hermano Isidro Humberto, lo convencí con muchos ruegos y con temor que mi mamá no fuera a darse cuenta, salimos y emprendimos la carrera al sitio de los acontecimientos sin que mi mamá no lo supiera. Llegamos y vi como si hubiera pasado algo grande trillando los arbustos de uña de gato y en el pedregal se encontraban pedazos de telas y de piel regados en el suelo.

Todavía se encontraban haciendo el lanzamiento, si se le puede llamar así, porque eran particular de un cuerpo humano que recogí. Una señora que vive al otro lado del río se acercó diciendo que ella había escuchado gritos pidiendo socorro, pero que no dio importancia, porque los muchachos que vienen a bañarse al río emiten esos sonidos. Atónitos y silenciosos mis hermanos y yo regresamos a la casa encontrando una inolvidable sorpresa, cuando entramos mi mamá cerró la puerta con la llave y a continuación, nos dio una gran cueriza, claro que me dieron más a mí, por ser el autor de la desobediencia.

Mi abuela que guardaba un amor especial para mí me consolaba tiernamente y me guiaba para que no recibiera tanto castigo, mi papá que era un hombre callado no se inclinaba para ningún lado. Esa tarde cuando la luz se desvanece y la oscuridad se enaltece, vimos que por la acera frente a nuestra casa pasaban con un ataúd, lo llevaron por la misma calle 14, entre 10 y 11, muchos vecinos se aglomeraron en la puerta de la casa donde lo descargaban y preguntaban qué había pasado, mi mamá nos miró con ojos de reprensión como queriendo decir:- Si van repito la dosis-

Una vecina que se encontraba entre los curiosos pasó y contó a mi mamá que el muerto era el capitán Milton, quien pasaba eventualmente por nuestra cuadra, yo

quede preocupado por lo que pasó, nunca creí que por ver lo que no debí mirar tendría siempre que recordar.

Se aproximaba la fecha que teníamos que entregar la casa, Eliecer el amigo de mi abuela nos visitó, deseaba escuchar un discurso de un político de la capital que arrastraba al pueblo con sus intervenciones, en un radio pequeñito de dos bandas que con dificultad captaba la onda corta, mientras escuchaba nuevamente la abuela, recibía el consejo de entregar la vivienda el cual rotundamente dijo que no, dando las gracias a su amigo Eliecer.

El político que escuchaba era Jorge Eliecer Gaitán, que después de haber sido alcalde de Bogotá en 1936, se postuló para la presidencia de la República, mi abuela que era una acérrima conversadora sobre política acertaba las fechas y acontecimientos.

Tengo mucha preocupación -le decía a su amigo-, porque este muchacho se ha lanzado solo a la presidencia y está arrastrando gente de los dos partidos tradicionalmente y esto es peligroso porque no tiene oposición.

¿Por qué micia Julia? -pregunto Eliecer-

-Porque los dos partidos Liberal y Conservador salen del panorama político formando solo uno, el Gaitanismo y los que se han disputado por uno y otro color, ¡quedarían invalidado y esto abre peligrosas heridas! -.

Después de haberse terminado el discurso de Gaitán, que por lo general era en contra de la oligarquía, los conversadores se tomaron un café y a continuación Eliecer se despidió, yo que era muy observador note que mi mamá nuevamente estaba engordando y yo ya entendía de que se trataba.

En esos días ya nos preparábamos para entregar la casa y mi mamá quien llevaba las riendas, comenzaba a preocuparse, en la esquina de la calle 13ª con carrera 4, le arrendaron una casita y enseguida rehicimos el trasteo que como pobres consistía en camitas, colchones y ollitas. En la nueva vivienda mi mamá hizo amistad con un vecino que era panadero en el centro de la ciudad y como yo ya estaba de vago, le pidió que me consiguiera trabajo en el sitio donde él se desempeñaba. Así lo hizo y a los dos días estaba presentándome, se trataba de atender las mesas en la panadería y pastelería.

Mi trabajo consistía en recibir una fase de cincuenta centavos, con los cuales compraba el pedido del cliente me pagaba lo pedido y así mantenía mi base, la cual entregaba en la noche, todo marchaba muy bien, en la noche cuando terminábamos Don Juliano nos despedía con agua de panela con pan, el tercer día llegaba el momento de la agua de panela y nuestro amigo el panadero me hecho dos panes en el bolsillo y cuando Don Juliano me entregaba un pan y agua de panela, vio que ya tenía dos panes en el bolsillo, me trató muy mal y de ladrón,

yo guardé silencio para encubrir la buena intención de nuestro amigo para que conservara su puesto.

Despedido salí, con la indicación que volviera al otro día a las 10 de la mañana, regresé a la casa muy triste y humillado y mientras más caminaba más lloraba por que la ilusión que sentí cuando recibí los dos panes era llevarlo a mis dos hermanitas. Como estaba previsto, a las 10 de la mañana me hice presente y el señor de mala gana me dio \$35 centavos. Me dirigí a la galería y compré dos tazas y dos platos esmaltados, unos huevos, yuca, plátanos y dos centavos de banano que nos daban seis por centavo en una chuspa “Alotero”, que era el único medio de transportar los mercados, también \$3 centavos de calillas, tabaquitos largos y delgados que fumaba mi abuela.

Con mi corazón lleno de alegría y como si volara en el aire, regresé a la casa donde me recibieron con bendiciones mi mamá y mi abuela, transcurrían los días, mi hermano Isidro Humberto ya terminaba la primaria y iba detrás de él y comprendí que era un medio económico que necesitábamos para vivir. Tome la decisión de no volver a estudiar, muy triste mi mamá lo aceptó, comprendió que estudiar y aguantar hambre no eran compatibles.

Yo seguí haciendo cualquier cosa para ganarme algunos centavos, descubrí que los domingos las señoras después de hacer los mercados se les dificultaban transportarlos hasta sus casas, yo me ofrecía para llevarlos, un medio que me dio muchas satisfacciones económicas porque después de colaborar con mi papá y mi hermano Rafael me quedaban unos centavos para ir al matiné a ver las series de películas de moda como lo era Tarzán, Invasión a Marte, El Círculo Rojo, La Calavera, La Garra de Hierro, El Veneno de la Cobra, Los Tres Mosqueteros, El Escorpión, El Capitán Maravilla, Cantinflas y las películas de Pedro Infante, el que nos hacía mover el sentimiento y soñar situaciones amorosas, el gran Carlitos Gardel.

Mi abuela ya empezaba a sentir cansancio y quebrantos de salud. Un día me llamó y llevó a la pieza, se sentó en la cama y me sentó al pie de ella, me dijo:

- ¡Le voy a dar un regalo como herencia, usted sabe que no tengo nada, pero el regalo que le voy a dar le va a servir mucho en su vida! -

Yo sentí mucha alegría porque creí que me entregaría algo, empezó destacando grandes hombres que han hecho historia, en los cuales me nombró a Marco Fidel Suarez, diciéndome que había sido hijo de una lavandera y llegó a la presidencia, documentándose únicamente, mi herencia es la siguiente: “Lea todo lo que más pueda!

En ese momento yo me sentí mal desheredado y sin nada, cuando empecé a adquirir madurez, recordé sabias palabras y comencé a obedecer su herencia,

comprendí el maravilloso consejo, como dice el refrán: “Quien lee, nunca esta solo”.

En Bogotá por esos días se iba a celebrar la IX Conferencia Panamericana de Derechos Humanos a la cual asistiría el doctor José Eliecer Gaitán, había expectativa en el mundo político, cultural y social, y se presagiaba una fuerte denuncia contra el abandono al campesino, a la población infantil y a un pueblo sometido a la impiedad gubernamental y todo esto pertenece a los verdaderos derechos humanos por los cuales se iba a tratar.

Pero un hilo de oro se rompe en un segundo y al medio día cuando se retiraba de la oficina en la carrera 7 entre 14 y 15, quizás por unos cerebros y una mano perversa fue asesinado el doctor Gaitán. La hecatombe fue general y allí partía el famoso Bogotazo y un grupo que llamaban Chulavitas se dedicó a asesinar liberales, auspiciado por un gobierno que había jurado prorrogar su mandato durante 50 años más, convirtiendo el país Liberal con ateos y comunistas, las palabras de mi abuela fueron premonitorias, ese día lloró mi venerada anciana en compañía de su gran amigo Eliecer, quien afanado en la casa se hizo presente y mientras mi mamá la consolaba, le dijo:

- ¡Mija uno de mi deseo antes de morir, es que si la criatura que esperas es un hombrecito me lo bautices Jorge Eliecer-

Mis hermanitas por lo general, como todas las niñas, estudiaban muy juiciosas, ya leían y escribían bien y muy obedientes en sus ratos libres ayudaban a mi mamá y a la abuela, un día almorzando con mis hermanitos, en una meseta cuadrada que se encontraba en el patio, mi mamá nos puso cuatro tajadas de plátano maduro, con la condición de que eran uno para cada uno, mientras mi mamá volteó para dirigirse para la cocina, yo tome una tajada y me la puse sobre la lengua y simulando con mis manos que me estaba ahorcando, hice que mis hermanitos rieran desesperadamente. Motivo por el cual derramaron la sopita y entonces como el rejo estaba colgando en una puntilla en un pilar de la cocina, muy merecedor de otra cueriza.

Mi mamá no se sentía a gusto en la casita que en la actualidad vivíamos, tomó la decisión de alquilar una en la calle 15 entre 9 y 10, con una piecita más, donde íbamos a estar con mayor amplitud, allí nos sentíamos muy a gusto, porque nuestros amigos de las primeras andanzas estarían más cerca. Caminando por la calle encontré un tubo metálico, el cual usaba para pitar. Mi hermano Isidro Humberto, que era muy ingenioso, me rogo varias veces que se la regalara, yo que estaba cansado de pitar y de pitar, se lo regalé.

En la mañana de un lunes mi mamá salió con mi hermano hacia el centro de la ciudad y le había conseguido un trabajo en el almacén La Gran Señora, en el cual se desempeñaba limpiando del polvo rallas de tela. En los ratos libres entraba al baño a sacarle tierrita plateada que tenía dentro el tubito que yo le había regalado,

el alambre con el que extraía su contenido se calentó, después de haberle sacado una buena cantidad y le estalló en la mano, perdiendo la falange del pulgar y afectando el índice de su mano izquierda. Se trataba del casquillo de una bala que no tenía el plomo y no había sido disparado. Yo aún conservo la tristeza por haber sido quien le proporcionó permanentemente desgracia.

Una amiga de mi mamá quien nos visitaba frecuentemente, hija única de una señora, dueña de una bonita casa, estaba enamorada de mi hermano Rafael, a mi mamá no le disgustaba, pero a mi hermano sí, era solterona y no tenía buena presencia o quizás por su nombre, se llamaba Rafaela. Un día que yo regresaba de mis andanzas con mis amigos y al entrar a la casa quedé inmensamente sorprendido de ver a mi mamá, mi abuela y dos vecinas llorando al pie del radio, no sabía el motivo por el cual o que les acontecía, después de un largo rato secaron sus lágrimas, apagaron el radio y comenzaron los comentarios, comprendí que escuchaban una radio novela de inmensa sintonía en esos días, se trataba de “El Derecho de Nacer” del escritor y compositor cubano: Albertico Limonta, movía los corazones de todas las señoras.

Como yo los últimos días que había frecuentado a la escuela ya cambiaba de la pizarra al cuaderno y de la tiza a la pluma, recordé que las últimas clases eran escribir con letra pegada, la letra palmer que me agradaba mucho, forré el cuaderno y la pluma, destapé el frasquito de tinta Norma y empecé a escribir, se me dificultaba mucho porque apoyaba muy fuerte en el papel y rasgaba partículas de la hoja y al escribir quedaba la letra regada como si le hiciera con un pincel. Estaba en esa cuando mi mamá miro el reguero de tinta y lo ilegible que escribía, me regañó fuerte y me dijo que repitiera con más cuidado, Me disguste mucho y con rabia comencé a escribir todas las groserías que había escuchado, más otras que inventé, después de un largo rato volvió a acercarse mi mamá, miró lo escrito y me dio otra reverenda cueriza.

Después de sollozar y secarme las lágrimas, pregunté a mi mamá, ¿por qué había leído si lo que yo escribía no se entendía?, noté que, hacia un gran esfuerzo para no reír delante de mí, volteó y se dirigió a otro sitio de la casa. Yo me sentí más desagraviado, me acerqué a la cocina que estaba en el patio, un poco retirada de la casa y le prendí fuego, entonces como las mamás comprenden a sus hijos ya había cerrado la puerta con llave, entonces para evitar otra cueriza, me dirigí al solar donde había un árbol pomarozo y me subí, allí se encontraba mi papá, mis hermanos y mi abuela y como es lógico la dueña del rejo.

Después de un buen rato mandaron a mi hermano Rafael, para que me bajara, pero con el pie lo impulsaba y podía tumbarlo, entonces optaron por que se bajara y no fuera a correr peligro al caerse. La noche iba llegando y más se oscurecía, entonces pensé, si me duermo aquí me caeré, me acerqué a una rama, me ceñí a ella y con la correa de mis pantalones me amarré a él jurándome que si me dormía no me caería, quedaría colgando.

Mi mamá, mi abuela y mi papá también estarían meditando en lo mismo, entonces como a las diez de la noche, salió mi abuela y prometiéndome que no me dejaría castigar que ya había hablado con mi mamá que estaba perdonado y que ella me prometía que nada me pasaría, le creí porque mi abuela me quería y me toleraba mucho. Entonces me desamarré la correa y a tiempo porque ya estaba cansándome, bajé del árbol, me llevó a la cocinita que ya mi papá y mi hermano Rafael habían armado nuevamente, me dio la comida y una taza de agua de panela con un plátano machacado, me acosté nervioso, pero no pasó nada.

La mañana siguiente me levanto muy temprano, me acerqué a la cocina, mi abuela me dio un poquito de chocolate con una arepita, terminó el desayuno y me quedé sentado en la banquita como meditando. De pronto sentí que en un abrazo me agarraron por detrás, era mi mamá me dijo al instante -“este hijueputa me va a matar”-, yo cerré los ojos, mi mamá se apoyó en mi espalda y quedó en silencio, pensando para mis adentros que ya estaba muriendo, que la muerte no dolía, que si moría en brazos de mi mamá, sentí que por mi espalda bajaba un líquido caliente, me dije es sangre, voy a morir, repetí la muerte no duele, ya sé que aquí voy a quedar. Todo esto pensaba y al soltarme comprendí que estaba bañado por las lágrimas de mi mamá.

Me tomó de mis manos, me miró a los ojos y sentí que no era mirada si no dos reflectores que me iluminaban me dijeron:

- ¿Por qué eres así? -, ¡Si tú eres indispensable, todos te queremos las cosas buenas que tú haces, no las hacen ellos, como tampoco las malas, ya casi eres un hombrecito, que ya admiras las muchachas bonitas y ¿qué será de tu vida, con ese mal proceder?, comprendo que no te gusta el castigo, pero tú lo procuras, ya es tiempo que pienses como un grande, no es cosa de niño-.

Mi mamá tuvo un cambio conmigo, no volvió a regañarme, las cosas las hacíamos razonando, me halagaba y me engrandecía. Se aproximaba diciembre y como tenían por costumbre, las vecinas acordaban cada una hacer un dulce diferente, desamargado de limones, naranjas, preparaban brevas, papayuelas, arroz con leche, manjar blanco, natilla y buñuelos, colaciones, empanadas, pan de yuca y pandebono, Cada una repartía de lo que hacían y de todo disfrutaban las familias. Épocas que no volverían y los que la vivimos imposibles olvidar.

En la calle 14 con carrera 9, se encontraba la fábrica de pólvora, mi mamá fue a pedir trabajo para mí, porque en esos días se incrementaba su demanda y necesitarían más mano de obra, aceptaron el ofrecimiento, y me llevó, me presento y me dejó ahí.

- ¡Soy Pedro José Graneo, mi hermano Evelio y mi compañero Jacobo Vidales tenemos mucho que entregar, así que llegue temprano y Pedronel -me dijo- ¡Aquí hay pastillas, velas romanas, cohetes, siete niguas, papeletas y volcanes que

emiten diferentes luces al prenderse, su trabajo consiste en moler el carbón de palo y encerar los rayos de cabuya con lo que amarramos todo lo que amerite!

Pasaron quince días, y me adapté muy fácil, porque me gustaba el olor a pólvora y mi trabajo no era complicado, un día después de moler una buena cantidad de carbón, Jacobo se sentó en una banquita ubicada en el patio de la casa donde se encontraba un ranchito de cuatro partes y techo únicamente para hacer más fresco el lugar, Pedronel, siempre me recibía el carbón y entraba a un cuartico donde muy celoso y en privado revolvería con azufre y sal de nitro y otros ingredientes que convertirían el carbón en pólvora. Se acercó donde Jacobo le entrego la pólvora, este había encendido un cigarrillo, Pedronel le recombinó, pero el pobre era de muy mal carácter, le contestó:

- ¡No jodás llevo veinte años haciendo esto y nunca me ha pasado nada, porque ahora! -

Yo cosí una madeja de cabuya y un trozo de cera de guadua y comencé a hacer mi trabajo, Jacobo empezó a hacer lo que consistió en hacer un poco el corrijo de pólvora y con un mazo y un punzón retacaba el carrizo hasta llenarlo y después incrustaba la mecha. Comencé amarrando la cabuya de la punta en un árbol de hicaco, que por cierto estaba en cosecha. Encerraba y enredaba como tela de araña y mientras no me miraba la señora Carlina de estatura baja, quien era la hermana de Pedronel, yo casi con rapidez los hicacos que estaban maduritos y como enredaba a propósito la cabuya le obstaculicé el paso para que no me descubriera las pepas que lanzaba con impulso hacia la acequia que atravesaba el inmenso patio, estando en el fondo del solar, sentí que tembló la tierra y al instante un estallido grave y seco boom, me asuste y me lance al suelo. Esperé un largo rato mientras escuchaba caer escombros de lo que antes fuera el ranchito donde trabajaba.

Rápido me levanté del piso y empecé a deshacer los pasos que había dado envolviendo la cabuya nuevamente, cuando regresé al punto de partida, noté que Pedronel y la señora Carlina, estaban un poco afectados, más que todo Pedronel, porque la señora Carlina por estar vigilándome no se encontraba en el sitio del acontecimiento. Evelio que cortaba las varillas para los cohetes en el fondo del patio estaba ileso igual que yo, Jacobo salía de la humareda tosiendo y respirando profundamente con su ropa hecha andrajos, chamuscado y blanco únicamente tenía sus ojos.

Cuando salimos a la calle la aglomeración ya estaba presente y como las noticias se difunden rápidamente y la calma ya era eminente, Jacobo se convirtió en motivo de risa para los presentes.

Mi mamá apareció muy asustada, me tomó de un brazo y me miró todo el cuerpo y me dijo:

- ¡Nos vamos, para la casa, prefiero muerto de hambre y no quemado! –

Después del escandaloso acontecimiento de la explosión de la polvorería, vivíamos en una vieja casita de paredes gruesas, tejas de barro y tres piezas pequeñas, con una cocinita al final de un corredor que hacía juego con la casa que parecía fuera sacada de un pesebre. Por esos días era la época de los Chulavitas que la guerrilla sacaba de sus fincas. Llegó una familia que provenía del campo y se instalaron en la esquina de la calle 15 con carrera novena. A continuación de nuestra vivienda una pared de ladrillo dividía las dos casas, coloqué una escalera para mirar el patio de las vecinas, y la gran sorpresa, justo la muchacha que quería ver me miró y nos saludamos con las manos.

Al siguiente día a la misma hora repetí la discreta visita con la sorpresa que esta niña también había colocado una escalera. Qué alegría, todos los días nos veíamos y hablábamos, recuerdo que su papá se llamaba José Salazar, un hombre que amaba a sus hijas y las cuidaba muchísimo. Con mi encantadora amiguita que yo amaba y ella también a mí, concretamos un silencioso y romántico noviazgo. Por razones de los mayores, mi mamá consiguió otra vivienda y nuestro amor con Carlina se dispersó. Nunca más volví a verla: - ¡Oh hermosa Carlina, amores infantiles que en el transcurso de los años siempre recordamos! -

Pasó el tiempo y llegó diciembre, mi mamá ya que se encontraba delicada por su embarazo, la Navidad ya se aproximaba y la alegría y el afán de la gente se hacía evidente, al igual que los niños, ya se sentían con ilusiones y hacían los encargos al Niño Dios, nosotros los pequeños no lo hacíamos porque el Niño Dios muchas veces nos quedaba mal.

Llegó el 24 de diciembre y teníamos que acostarnos temprano y dormirnos porque el Niño Dios llegaba con afán, ya que tenía que repartir muchos regalos, estas recomendaciones no las hacía mi papá y así que llegó el 25 y afanosos buscamos debajo de nuestras almohadas y el Niño Dios nos había dejado a mi hermano Rafael y a mí un par de medias, a mi hermano Isidro Humberto un canario de plástico que echándole agua al pitar gorgoteaba, a mis hermanitas les dejó una muñeca de tela a cada una, que se notaba que eran fábrica casera, yo encontré bajo mi almohada un palo que imagine que era signo de tortura. Se trataba de una vara de guadua que en una punta tenía clavada con una puntilla una tapa de cerveza que al friccionarla por el piso rueda.

Con nuestra ingenuidad y humildad infantil todos quedamos contentos, el día 26 agravó mi mamá y el 27 nació un niño que entró a participar de las dificultades y azares que produce la pobreza, la alegría fue para todos, pero mucho más para mi abuela, porque al día siguiente se denunció como: Jorge Eliecer Martínez Piedrahita en memoria al recordado y tristemente asesinado caudillo Jorge Eliecer Gaitán, con este hecho se le dio a mi abuela la alegría de cumplirse sus anhelados deseos, ya que siendo una anciana era una acérrima Liberal y conservadora de

los movimientos y estrategias políticas, y defensora de los principios políticos marginado por el partido opositor.

En los siguientes días con la autorización de mi mamá, mi abuela se acercó a un baúl que se encontraba en un rincón, que se encontraban de nuestra oscura y pequeña pieza, sacó un cubrecama hecho con recortes y colores de diferentes telas y la tendió en la cama, mi papá, mis hermanos y yo quedamos sorprendidos de ver tan hermosa y radiante belleza, simulaba una acuarela, iluminó con sus radiantes colores nuestro pequeño recinto.

Con mucha delicadeza y entusiasmo acostaron al niño, encima del cubrecama, mi mamá lo miro y dijo:

- ¡Así lo imaginé verlo acostadito sobre un jardín florido con diferentes tonos de colores y aromados por distintos perfumes de exquisitas y hermosas flores! - mi abuela continuó diciendo- ¡Y que el señor lo conservé con buena salud y que sea un buen hombre!

Para mis hermanitas y yo que éramos los más pequeños, nos servía la distracción porque todos sus gestos y gracias se las celebrábamos con mucho amor y admiración.

En esos días nos visitó un amigo de la familia Piedrahita, conocido desde los años de la juventud que con sorpresa y alegría se abrazaban y comentaban viejas anécdotas, empezó contando a mi mamá que a Martín le fue muy bien en Quebrada Nueva, con la herrería que tenía, pero tuvo problemas grandes con Rosa su mujer. Un día que regresó de improvisó a su casa a recoger las notas de unas medidas relacionadas con su trabajo, encontró sorprendentemente a Rosa su mujer con un hombre dentro de su alcoba, con mucha ira, pero más lleno de calma los amonestó diciéndole,

- ¡Ahí les perdono esta traición, pero si se repite, por cuenta de ustedes correrá lo que suceda! -

Así pasaron unos meses y Martín se comportaba como si nada hubiera pasado, cariñoso y amoroso con sus tres hijitos, dos niñas y un niño, a la vez que conservaba la calma y su temperamento que era de poco hablar que lo caracterizaba desde su niñez. Cuando se creyó que todo había pasado y quedado en el olvido, Martín con su paciencia y sigilo siempre permanecía vigilando, un día presintió que algo iba a pasar por el comportamiento de Rosa, sucedido meses antes de aquel fatal encuentro, se preparó y a la hora indicada los sorprendió en el acto, les recordó que lo que iba a suceder era responsabilidad de ellos, con el hombre hizo diabluras, Rosa con la ropa en la mano por entre un cafetal se le voló. Dejando hijos, casa y todo lo del hogar, nunca más se supo de ella.

Martín se entregó, fue preso, pero un abogado de oficio lo liberó, empleando una figura jurídica existente en la cual aparece que este hecho fue consumado por "Ira

he intenso dolor”, pero no le dieron su libertad porque le orquestaron un agravio que no existía y que después se supo que era por la participación política. Lo condenaron a varios años de cárcel, por ser Liberal, ateo y comunista, y parece que las cárceles en esos días eran únicamente para estas personas.

En ese instante con lágrimas en los ojos, mi mamá preguntó:

- ¿Cómo se llega a esa cárcel? -

Su amigo le interrumpió diciéndole: - ¡Bernarda, las cosas no terminan aquí, Martín se amotinó con otros presos que se encontraban allí, rompieron candados, ¡prendieron fuegos y por sorpresa pasaron por encima de los guardianes! -

Todos se escaparon y no pudieron recuperar ninguno, unos meses después recibí una nota que me envió Martín por intermedio de otro apreciado amigo en la cual me decía que lo visitara en un determinado sitio. Así lo hice y conversamos mucho tiempo, me habló del inmenso amor que guardaba por su mamá y sus recordados hermanos, todo esto me lo decía mientras le miraba sus nostálgicos ojos llorosos.

Me recomendó entregarte un recuerdo, mi mamá continuaba llorando, entre tanto su amigo proseguía contándole que a los dos meses supe de Martín que en su desesperación había querido hacer pacto con satanás, pero que no había sido posible, porque mientras su mamá, refiriéndose a Micia Julia, permanentemente rezaba por él, era imposible hacer el acuerdo. Después supe que Martín había muerto, no se supo en que circunstancia, pero era veraz la mala noticia, lo sentí mucho porque era noble y buen amigo.

Metiendo su mano en un pequeño maletín de cuero que cargaba, sacó envuelto en un papel un paquete que a continuación desenvolvió era un revolver muy bonito que había construido Martín. Le dijo a mi mamá:

-Este es el recuerdo que te envió tu hermano - contestó mi mamá - ¡Llévatelo! a mí no me sirve para nada, de pronto me levanto de mal genio y hago Juan ciego, y te pido un favor: mi mamá está en la iglesia y pronto va a regresar no le digas nada de lo que me has contado!

Ya quien escribe estas notas, escuché todo quedé atónito con esa historia y mientras mi mamá le daba un café mi abuela regreso, se saludaron cariñosamente, le comento que Martín le mandaba muchos saludos que los quería y los recordaba siempre, se despidieron con gestos nostálgicos y el entrañable querido amigo nunca se volvió a ver.

Mi papá y mi hermano Rafael que trabajaban en construcción lo hacían, pero en cortas temporadas, era una profesión muy incierta, por lo cual las entradas económicas se agravaban y la situación se ponía muy difícil.

A mi hermano Isidro Humberto lo recomendó un vecino para trabajar en un taller de latonería de propiedad de Hernando Zapata, lo que ganaba era poco, pero era

un alivio para los diarios gastos del hogar. Mis hermanitas Julia Mery y María Esperanza con su amor y su instinto de mujer, cuidaban, vigilaban y jugaban con nuestro hermanito Jorge Eliecer. Las visitas de nuestro vecino Eliecer se convertían en largas y razonables conversaciones.

Mi abuela le decía que iba a ser muy difícil la unidad de cada partido, puesto que se había formado un tercero, el Gaitanismo y que iba a ser muy difícil integrar cada grupo, que los políticos tendrían que trabajar mucho para lograr nuevamente la unión. Eliecer razonaba y comentaba que iba a acontecer una gran descomposición nacional que tenía conocimiento que ya en el campo, las familias que habían vivido en sana cordialidad y familiaridad, que hasta los compadres y vecinos habían cegado la cizaña y la inquina por pertenecer a otra filiación política. Estos sanos comentarios y razonamientos irían a hacer una sabia premonición que ha perdurado durante muchos años.

En casa de Eliecer, el amigo de mi abuela vivía un cuñado de la Policía a la cual una turba de gente solicitando la presencia del señor Pascual Ararat, Director de la Colonia Penal de Alaska, parte oriental de la montaña de Buga, casado con una de sus hermanas, deseoso de llevarlo a un sitio cerca de una loma ubicada dentro de la ciudad, para poner orden y respeto a un hombrecito de baja estatura de un árbol hacia y sobre el mismo, volvía a saltar haciendo gestos de enamorado a unas muchachas que residían en el sector.

Diligente tomo el revolver se puso el sombrero y a zancadas largas partió hacia el sitio del acontecimiento, era un moreno alto, robusto con una voz grave y fuerte, al cabo de un largo rato regreso fuertemente estropeado haciendo gesto de persona muy asustada.

¿Qué paso Don Pascual? -pregunto mi mamá-

¡Llegué al sitio -muy nervioso empezó a contar-, y efectivamente allí estaba el hombrecito jodiendo las muchachas, con autoridad lo llamé al orden varias veces, pero no me hacía caso, opté por agarrarlo personalmente, pero me respondió golpeándome muy fuerte, entonces saqué el revolver para defenderme, me golpeó nuevamente, saltó y desapareció, para mí era el duende, pero yo no lo creía!

Ve usted Don Pascual -le dijo mi mamá un poco risueña-, dicen que no hay brujas, pero de que las hay, las hay.

Un atardecer nos encontrábamos reunidos en la cocina comiendo uno frijoles con pata de res, que desechaban en el matadero y regalaban a mi papá, escuchamos un fuerte golpe en la puerta de la calle y sentíamos que descargan cosas al pie de nuestra casa, era el tío Pablo con su señora Elisa y su hijo Arturo, que hasta entonces tenían. Abrazos con mi mamá y frases con sentimientos de alegría, entraron sus pertenencias y las ubicaron en un rincón de la salita, dos colchones y dos costales con herramientas, el sabido trasteo de los pobres.

Esa noche nos acostamos tarde escuchando las historias y acontecimientos del tío Pablo, contaba que había fundado un pueblito con unos campesinos que estaban muy mal y se encontraban sin donde vivir, que habían hecho sus casitas con madera que habían sacado de un aserrío de un sitio que era baldío y que él había hecho la suya y había instalado un expendio de carne, pero que su temperamento no era para enraizarse en ningún sitio. Al siguiente día noté que mi mamá lo había llevado hasta el fondo del solar con el propósito de hablar a solas sin que la abuela escuchara, vi que sus ojos estaban llorosos, entonces comprendí que le contaba lo que había sucedido con el tío Martín.

El tío Pablo le dijo a mi papá que traía uno centavitos de la venta o regalo de todo lo que había adquirido, que no se preocupara, que no iba a ser una carga para nosotros, fueron pasando los días y como los gastos no paran, se fue agotando el dinero que con mucho esfuerzo había conseguido mi mamá, sabía que en todo lo que hacía el tío Pablo tenía vocación de carpintero fue entonces cuando recordó, que un señor solicitaba quien le vendía una carreta. Mi mamá muy diligente lo puso en contacto con el tío Pablo, fue así como llegaron a un acuerdo para que se elaborara este medio de transporte de frutas y mercados de la galería.

Aprovechando la amistad y confianza que depositaban como buena vecina y excelentes cumplidoras mi mamá consiguió en préstamo, un dinero para que el tío Pablo diera comienzo a la construcción de la carreta, era razonable que tardaría un tiempo para la entrega de dicho encargo, fue entonces que faltando poco tiempo para darle terminación, el señor que debía recibir el trabajo se hizo presente y le manifestó al tío que ya no necesitaba la carreta. Que como un baldado de agua fría le cayó encima, pensando como iría a responderle a mi mamá con los compromisos que había adquirido.

Muy callado y sobrio le fue dando término a su trabajo, terminó y a continuación se dedicó a ordenar su herramienta y afilar un cuchillo, a continuación, me dijo:

- Mija acompáñeme a llevar la carreta, Ssssssstifueputa me la tiene que pagar -

Mis hermanitos y yo soltamos a carcajadas no por la mala expresión, solo porque hacía unos días se le había partido un diente incisivo de la parte inferior y al pronunciar palabra se le escapaba el aire. Cogió la carreta y nos dirigimos a casa del tal señor, llegamos golpeando y abrieron la puerta y por suerte era él. El tío lo saludó amablemente, se le acercó y lo cogió del cuello de la camisa le dijo:

- ¡Me pagas la carreta o te clavo este cuchillo en este instante! -

El señor vio era veras la decisión del tío, llamó a su señora, le ordenó que lo sacara de un sitio especial, lo trajo y el tío hizo que a mí me lo entregaran, lo soltó y nos regresamos a la casa.

Mi mamá nos recibió como triunfantes y todo quedó en orden. Mi abuela que permanentemente nos contaba anécdotas del pasado, como el sueño de aquel

joven que despertó con un hermoso arete después de haber estado con una hermosa mujer en un sitio maravilloso, en esta ocasión nos contó: “Un viernes santo el cura de un pueblo pasaba con una procesión por el caserío de dicha región y en una casa se encontraban en un segundo piso tomando y bailando varias personas...”

El cura los amonestó diciéndoles que ese día no era para fiestas que era para oración y regocijo en el Señor, pero fue de burla para los que estaban en la reunión, y cuando terminó de pasar la procesión, se derrumbó la casa y cayeron todos muertos.”

Al narrarnos esta historia, mitos y acontecimientos y prometernos que en una próxima ocasión nos hablaría del mohán, el duende y la pata sola, noté que la abuela hacia esfuerzo para respirar nos decía que sentía dolor en el pecho, que el aire se le acababa y mucho esfuerzo para hablar. Quedamos pendientes y expectativos para una próxima reunión, mientras tomaban café muy animados, mi papá y el tío Pablo haciendo referencia a diferentes acontecimientos relacionados con cosas del campo el tío manifestó, que se encontraba mal en la ciudad, que él era un hombre de campo en el cual sabía desempeñar.

Mi papá le aconsejó que los domingos eran día de mercado, que a la galería llegaban de las veredas cercanas muchos campesinos y dueños de fincas, que era importante que ese próximo domingo se hiciera presente. Se llegó el domingo y desde muy temprano salió hacia la galería sonriente y alegre regresó en la tarde contando a la familia que un señor muy formal le había ofrecido el cuidado de su finca donde tenía gallinas, cerdos y vacas, y que lo hacía porque había encontrado en el seriedad, responsabilidad y seguridad.

El domingo siguiente como había acordado con el patrón, ya estaba listo con Elisa y el silencioso Arturito y su equipaje, colchones amarrados con cobijas adentro y costales con herramientas. Despedidas lágrimas de la abuela, de mi mamá, tristeza de mi papá y nostalgia de nosotros, que ya estábamos acostumbrados a su presencia y los chistes del tío. Las cosas para nosotros seguirán igual exceptuando la salud de la abuela, que día a día progresaba más y más sus quebrantos, la despedida de su hijo la deprimió mucho y recordaba cada momento la ausencia de los tíos Alfonso que siempre muy alejado de su mamá y Bernardo que al menos periódicamente la visitaba, todo esto se le sumaba a su diario proceder.

Mi papá y mi hermano Rafael casi siempre y ocasionalmente se ocupaba en lo que sabían hacer que era la construcción, mi hermano Isidro Humberto reflejaba mucha satisfacción y entusiasmo en el que se desempeñaba en el taller de latonería, mis hermanitas Julia Mery y María Esperanza humildes y silenciosas como dos angelitos que al recordarlas se me acelera el corazón y hacen que salgan lágrimas de mis ojos. Jorgito, como todo niño haciendo gracias que nos

conmovía de alegría diariamente y hacía que nuestra situación económica fuera para toda la familia menos rigurosa.

Los teteros que le hacia mi mamá consistía en unos plátanos guineos que a lo largo cortaba en cruz, sacaba las cuatro partes en cada plátano, tendía una tela en el piso y los colocaba separados al resisterio del sol, se secaban hasta casi quedar tostados, los molía y los convertía en una fécula con la cual preparaba los biberones, mis hermanitas se turnaban para alimentar el niño. En esos días teníamos mayormente acentuada la pobreza, mi mamá conversando con mi papá, decía Luis -como es la vida. Los pobres tenemos dificultades para subsistir y los ricos tienen problemas para vivir, ósea la paz para los pobres con hambre y la desesperación e inquietud para los ricos, con todo lo necesario, ese es nuestro incompresible mundo-.

En muchas ocasiones veía que mi mamá se frotaba en las piernas sobre la pantorrilla y el peroné una crema humectante en unas cicatrices que tenía, que yo había visto, pero nunca había preguntado el motivo o el por qué, como las había adquirido.

¡Mamá! -pregunté-, ¿Cómo se hizo o como aparecieron esas cicatrices?

La historia es larga -me dijo-, pero quiero resumirla lo más que pueda, ya que usted ha sido el único hijo que me ha preguntado por ellas. En nuestra juventud cuando éramos novios, su papá y yo, una vez en la casa de mi suegro donde hacia frecuentemente reuniones y visitas diferentes personas, me encontraba allí por una invitación que me había hecho su papá, hice amistad con unas muchachas que permanentemente frecuentaban la casa, tomamos el tema sobre zapatos , sandalias y nos intercambiamos las unas con las otras, y comparábamos las medidas de cada una, en el momento que volví a ponerme mis zapatos note que había tierra dentro de ellos, no supe como apareció y no le di importancia ya que al ponérmelos caminábamos un poco dentro de la sala.

Después de regresar a la casa sentí fastidio en la planta del pie y a continuación una intolerable rasquiña, así fueron pasando los días hasta que el ardor y las rasquiñas pasaron a las piernas allí se fueron convirtiendo en heridas, trate de hacerme unos remedios pero ninguno sirvió, me vio un médico pero tampoco acertó, llegó el día de la boda, pasaron los días y el mal continuó, un vecino me recomendó visitar a un hombre que decía ser indio y se hacía llamar el Indio Tunebare, lo visité, me mandó unos remedios que tampoco sirvieron, ya me sentía desesperada y muy triste, mi mamá a todos los santos le pedía, pero nada pasaba.

Llegó una familia a vivir cerca a la casa, hicimos muy buena amistad y por alguna circunstancia tocamos el tema sobre medicinas y médicos, ellos venían de Palmira y allí había un curandero que ellos conocieron que era entre brujo y médico, que

todo lo que trataba lo curaba, ya era conocido y le tenían mucha fe, El Lego lo llamaban y había que pedir cita con anticipación ya que permanecía muy ocupado.

Preparé viaje hacia Palmira, lo conocí y me pareció un hombre muy serio, pedí la cita, me la dio y regresé el día acordado, llegué con mucha confianza y seguridad. Espere un tiempo y de pronto me pidieron que pasara, estaba muy nerviosa, pero a la vez me sentía con mucha fe y esperanza, era una sala grande iluminada con velas y tardé un tiempo en adaptarme y aclarar mi mirada, comencé a distinguir que colgaban cachos y cuernos de diferentes animales, sobre una mesa tenía una serie de secas cáscaras de palo y en un estante varios frascos y tamaños con diferentes pócmias de distintos colores, para mí esto no parecía un consultorio sino un depósito de tétricos objetos, a la vez se sentía un fuerte olor a tabaco.

Con una voz grave me dijo, -sigue mujer, ¿Qué te aqueja? -, le conté lo que tenía y desde cuando había aparecido. Me acostó en una camilla me miraba y me miraba y de pronto hizo un gesto negativo y de asombro me dijo, -“¡Lo que tienes no se cura con ningún remedio!”-, yo casi me desmayo, de pensar que iba hacer con mi vida, con mis hijos, con mi hogar y al instante me brotaron las lágrimas, El Lego comprendió mi tristeza y a continuación me dijo: -¡Pero yo te voy a curar, no te deprimas, tu enfermedad no se cura con medicinas conocidas, puesto que tiene otro principio!-, a continuación me puso sus manos en cada rodilla y su mirada hacia arriba, en esa posición permaneció un largo rato, bajo su mirada y empezó a pronunciar varias palabras que yo no entendí, volvió a tomar la misma posición, pero ya con sus manos en la planta del pie, después soltó una ramas de un balde, me daba golpes en las heridas, como cuando se castiga un niño.

Tomó un tabaco, lo prendió y varias bocaradas de humo soplaba hacia mis heridas, en esa posición me hizo permanecer un largo rato. Me dijo: -Levántate ya-así lo hice y como deseaba saber que enfermedad tenía, ansiosa le pregunté, me respondió: ¡Tú no tienes ninguna enfermedad, te han hecho un maleficio y afortunadamente lo hemos tratado a tiempo, porque ese mal fue hecho para que te afectara hasta arriba, ambas piernas, ahora llévate este frasco y mañana al mediodía le dices a tu esposo que cocine unas espinas de naranjo y después que te hayas echado este líquido te acuestas boca arriba y vas a sentir mucha rasquiña, no te rasques, tu esposo va a ver que asomara por tus heridas unas cabecitas negras, que las inserte con las espinas, son unos gusanos, que son los que te atormentan y son varios. Como mandó que hiciera El Lego así lo hice y su papá extrajo de mis piernas siete gusanos, cuatro de una y tres de la otra, los quemamos como El Pego mando que se hiciera.

Como quedé muy preocupada por saber quién me había hecho este mal, hice averiguaciones y preguntas, hasta que me contaron la verdad.

- ¿Quién fue mamá? -pregunté yo- estaba inquieto y deseoso por saber quién había sido.

-¡Fue una mujer que estaba enamorada de su papá, enamorada y celosa porque se casaba conmigo, me preparé para ir donde ella, dije para mí, le voy hacer algo a esta hijueputa, pero caí en cuenta que la Biblia dice que: “El Señor es quien cobra y paga todas las cuentas y que de todo lo que digas y hagas darás cuentas”, yo digo muchas groserías, pero sé que me perdona por todos mis sufrimientos, entonces todo quedo, así excepto mis cicatrices que llevare por siempre!.

Después de haberle escuchado a mi mamá toda esta historia, sentí como cuando se sale de un teatro, después de haber visto una película de tragedia y terror, me embargó una inmensa tristeza y pesar por sus sufrimientos agregados a la amarga pobreza. Entre todas las vecinas y amigos que tenía, mi mamá como buena amiga y solidaria que era, sin predicción, una amiga que había tenido casi en la misma fecha, casi en la misma fecha que yo nací, una niña con la que siempre jugábamos cuando se visitaban, fuimos creciendo y permanentemente nos veíamos, de pronto comprendí que me hacía falta estar al lado de ella, ya casi era una señorita y yo empecé a admirarla y comprendí que también yo le interesaba, nos miramos y nos mirábamos, entonces me di cuenta que en las cualidades del amor también existe el silencio.

Saliéndome un poco del tema, pienso cuantas personas hay que se enamoran profundamente en silencio y por no perder una gran amistad, no expresan sus sentimientos. Entonces loco enamorado no dormía y de momento cuando la recordaba, fuerte me palpitaba el corazón, siempre buscaba pretextos casi infantiles para visitarla, un día quise hacerle unos versos o entregarle unas palabras amorosas, pero me aterraba saber que alguna de las dos familias descubriera este secreto.

Entonces dije -voy a declarar mi amor-, presumiéndolo en cuatro palabras, pero no sabía por dónde empezar, meditaba y meditaba hasta que descubrí una manera cómo hacerlo escribí: ¿Tu niño desde Adil? este escrito lo mostré a toda mi familia, me preguntaban: ¿Qué quería decir?, yo le respondí, que una señora se encontraba en la ciudad y tenía un niño en un pueblito que se llamaba Adil, pero era un pueblo imaginario y que el niño había regresado solito y su madre aterrorizada lo había recibido con estas palabras: “Tu niño desde Adil”, toda la familia uno a uno quedaron sorprendidos por esta historia en tan pocas palabras, yo me sentí orgulloso y triunfante por haber logrado mi cometido. Entonces ahora tenía que buscar el momento para entregarle esta nota a mi adorada Carlina, pero escrita al derecho: “Lida desde niño tú.

Después de haber convencido a la familia, eso creo, aunque mi mamá y mi abuela desde ese día notaban en ellas una mirada distinta a su mirada original, pero nunca me insinaron nada, ahora tenía que encontrar el momento oportuno para entregar mi declaración de amor en cuatro palabras, iba y venía, iba y venía, y no hallaba la oportunidad de entregar mi nota, y cuando era oportuno sentía terror y

cobardemente me temblaban las piernas al pensar que hacía algo malo y me fuera a rechazar.

Un domingo Lida pasó por nuestra casa caminando que iba para misa y yo entendí que era una discreta invitación que me hacía para que la acompañara, yo gritaba con emoción: ¡Lida yo te acompaño!, entonces vi claramente la oportunidad que tanto había deseado para declarar mi amor. Salimos e íbamos caminando a la iglesia conversando, yo me sentía profundamente halagado, sintiendo lo que nunca había sentido, llegando a la iglesia, nos alcanzó su hermano diciendo: “Que quiero acompañarlos, que misa tan amarga”, se me perdió otra oportunidad.

Por semanas hacía que no la veía y desesperado fui a visitarle, quería estar a su lado, sorpresa grande la que encontré, estaban recogiendo las cosas, iban a cambiarse de casa, yo me ofrecía a ayudar en lo que fuera con el propósito de conocer la nueva dirección, y así fue que supe donde se ubicaron nuevamente, iban a quedar más retirados de mi casa, pero no me importaba, el amor no tiene distancia, ni barreras.

Seguía visitándola permanentemente con mi papel en el bolsillo, pasaron unos días y un domingo sentí inmensos deseos de verla, me dirigí a la nueva vivienda, la casa estaba desocupada, sentí un rocío de agua helada no en mi cuerpo, sino en el corazón, quedé como una piedra en la puerta de la desocupada casa, una vecina notó mi presencia, salió y nos saludamos, yo no podía casi hablar, me dijo:

- ¿Usted es el amigo de Lida? -

¡Sí señora! -le contesté-, me entregó un papelito, que le recomendaron entregarme, lo recibí con mi mano temblorosa, lo guardé sin leerlo y me regresé a mi casa, y en el parque de Santa Bárbara me senté a leerlo, decía: “¡Hernán te recuerdo mucho!” quedé atónito, que coincidencia, en cuatro palabras como las que yo había hecho para declarar mi amor, ella también había empleado cuatro palabras para expresarme sus sentimientos.

Me sentí incapaz y torpe, porque ella sí tuvo el valor de hacérmelo llegar, mientras yo me sentí tonto y cobarde por no haber tenido la decisión de entregárselo en sus manos y mirar sus ojos. Mientras me reponía del impacto, de todo lo sucedido, caí en cuenta que no había preguntado, para que sitio se habían trasladado. Entonces afanoso me dirigí nuevamente donde la vecina que me había entregado la nota, pedí por favor que me informara.

- ¿Para qué pueblo o ciudad se había establecido? -, porque abrigaba la esperanza de visitarla donde se encontrará.

En poco tiempo, que los conocí -dijo con un gesto de tristeza- les tomé un inmenso aprecio y cariño y por esas cosas de sentimiento, no tuve el valor de preguntarle para que sitio iban a instalarse, Pero si tengo conocimiento que era

para otra ciudad, porque al señor en la empresa donde trabajaba, había hecho unos cambios de personal, con urgencia le había trasladado a otra ciudad, así que lo siento mucho.

Yo me sentí más frío de lo que estaba y tembloroso regresé a la casa, pasado un largo tiempo se iban desvaneciendo un poco mis sentimientos del amor. Un día estando solos con la abuela, me llamo y dijo:

- ¡Siéntese aquí mijo! - me senté al borde de la cama y empezó diciéndome- ¡Yo lo quiero mucho, porque tiene un buen corazón y todos sus sufrimientos también a mí me afectan, ahora que lo veo un poco más tranquilo, quiero decirle que amar nos da alegrías, inmensas y profundas amarguras, tiene que aprender a disfrutar lo bueno y olvidar y desechar lo malo, que es lo que más en nosotros se arraiga!

Yo quedé muy sorprendido. ¿Por qué mi abuela me habla de todo esto?, si para mí era íntimo y creía que era mi mundo y mi intimidad y lo que yo vivía, entonces le pregunté:

- ¿Cómo supo todo esto Abuela?-

El amor es raro, se siente y se ve, y aunque no se palpa, todos lo poseemos y somos esclavos de él. Estas palabras me llegaron tan profundo que lloré y estas lagrimas fueron para mí, el mayor consuelo y esta amarga y primera experiencia se esfumó en la neblina del recuerdo y la impiedad de los años.

Conservé largo tiempo las dos notas: ¡Hernán te recuerdo mucho! Y ¡Lida desde niño tú!, las letras se fueron borrando y los papeles se desintegraron, jamás volví a verla ni saber nada de ella.

Mi papá era hombre calmado, jamás le escuché una mala expresión todo era calma y cordialidad, era mi mamá quien daba órdenes, organizaba y daba la voz de mando. Un día recibió mi mamá un paquete de papeles dirigidos a ella, contempló una cantidad de textos relativos y pedagógicos a la buena crianza de sus hijos.

¿Por qué me llegó esto? -exclamó-, y cayó en cuenta que en la iglesia figuraba los nombres y fechas de los niños que habían denunciado y por tal motivo querían enseñarle como criarlos, con ira los rompió y los metió al fuego, diciendo que no necesitaba que le dieran instrucciones como criarlos, si no con que criarlo, no es con palabras si no con alimento que primordialmente se educan a los hijos.

Ese día supe que mi mamá había tenido veinte hijos, incluyendo los seis que quedamos, mis hermanitas, Julia Mery empezaba salir de la adolescencia y María Esperanza iba siguiendo sus pasos, ya necesitaban una manera diferente de vestir, la que mi mamá haciendo uso de sus facultades de modistería y conocimiento de telas apropiadas para las niñas que ya exigían un cambio en su presentación, con su máquina Singer llenaba este requisito social.

Mi papá, Luis María y Rafael Antonio, como siempre en su trajinar, unas semanas trabajaban otras no. Mi hermano Isidro Humberto se encontraba muy satisfecho en el taller de latonería, donde había aprendido mucho, su desempeño era satisfactorio, ya hacía e instalaba canales hacia bajantes, codos, tarros de basura, regaderas y todo lo relacionado con soldaduras de estaño, su trabajo le agradaba mucho y con el dinero que ganaba colaboraba con los gastos diarios de la casa.

Carlos Ocampo era un conocido enfermero que aplicaba inyecciones y acertaba con medicinas, que el mismo formulaba, lo llamaban el doctor, apelativo que satisfactoriamente con agrado y un poco de orgullo aceptaba, las visitas las hacía en una bicicleta, Monark, transporte que lo trasladaba rápido, mucho para dar cumplimiento con rapidez a sus pacientes. Estaba mi mamá en la tienda de la esquina, ubicada cerca de nuestra casa, comprando algo que pudiera convertir en almuerzo.

En un momento en el andén, colocó el doctor su bicicleta, bajo su maletín y se dispuso a aplicar una inyección a unos de los miembros dueños de la tienda, que se encontraba delicado de salud. Aristóbulo, un panadero muy amigo de mi mamá se hizo presente para entregar una determinada cantidad de pan como permanentemente lo hacía, muy cordial se saludaron, intercambiaron palabras después de un prolongado saludo.

Aristóbulo te considero llevas mucho tiempo caminando siempre para entregar el pan. Necesitas una bicicleta con parrilla para ahorrar tiempo, zapatos y salud, y a la vez abrir mayor clientela en menor tiempo -le dijo el doctor-. Estas palabras lo motivaron mucho y fueron convincentes, al estado que preguntó a mi mamá: -¿Qué me aconseja micia Bernarda? -esperaba mi mamá esa pregunta con la intención que ya tenía prevista la respuesta.

¿Ves esa bicicleta?, acabo de comprarla sin tener en cuenta que el dinero que di era para cumplir un compromiso que tenía, te la vendo. -Aristóbulo ya estaba muy entusiasmado por las palabras de mi mamá, que a la vez que era convincentes llevaban lógica.

¿Cuánto vale? -preguntó-.

La compré por nueve pesos -respondió mi mamá-, pero sos mi amigo y la necesitas, te la dejo en ocho pesos.

Sin dudarle un momento los sacó, contó y se los entregó a mi mamá, a continuación, le recomendó que se fuera pronto porque había perdido tiempo conversando y así lo hizo. Mi mamá entró a la tienda en gesto de comprar algo, pero en si esperaba que saliera el doctor, un momento después salió, era buen conversador con sus pacientes y hacía recomendaciones referente a la salud.

Alarmado preguntó si alguien sabía sobre su bicicleta, pero ninguno supo darle razón de ella y muy triste se lamentaba por su perdida, ya que era su medio de

transporte para agilizar el cumplimiento de sus pacientes, sigilosa mi mamá se acercó a él y en un gesto casi de intimidad lo invitó a la casa a tomarse un café, con el propósito de consolarlo. Ya en la casa comentaba que apreciaba mucho su bicicleta, que era parte de su vida, que a ella le debía muchas cosas en su profesión y que por eso la mantenía en perfectas condiciones, que por ella daría nuevamente el mundo, valor que había dado para adquirirla.

- ¿Qué valor dio por ella? -pregunto mi mamá-.

Nueve pesos -respondió el doctor-.

Doctor yo vi quien se la llevó -dijo mi mamá a continuación- no quise hacer ningún comentario, porque usted bien lo sabe, que esto es muy delicado, yo conozco al ladrón y se dónde vive, somos un poco conocidos, pero es obvio que no se su dirección, pero si puedo interceder personal y discretamente por su bicicleta.

-Por favor hágalo, micia Bernarda, se lo agradecería inmensamente si me ayuda a recuperar mi medio de transporte- cambiado y motivado se despidieron y emprendió camino hacia su casa, llevando esperanza de volverla a adquirir al otro día. En la tarde mi mamá fue a visitar a su amigo el panadero que ya se encontraba en casa. Sin saludarlo y en secreto le dijo:

- ¡Aristóbulo, nos metimos en la berraca! -

¿Por qué micia Bernarda?, -le respondió-.

Como te parece que esta bicicleta es robada y la compré sin papeles de propiedad, de la misma manera que yo te vendí. A mi casa fue la policía, que ya sabía que a mí me la habían vendido, me preguntaron que a quien la había vendido, respondí, que yo la recuperaría en el menor tiempo, con el propósito que no te vieran en ella y fueran a ponerte preso.

¿Cómo podemos solucionar este problema? -preguntó Aristóbulo a mí mamá- muy nervioso y preocupado.

La única solución que veo en este momento es que después de la nueve de la noche, cuando estén las calles desocupadas y nadie te vea, me llevas la bicicleta para entregarla mañana a la policía, allá hablaremos de negocio.

La mañana siguiente se acicaló y muy diligente se dirigió a la casa del doctor.

Buenos días Dr. Ocampo, me encomendaron darle una complaciente y maravillosa noticia y casi en el oído le dijo -No vaya a hacer negocio alguno, que en mi casa tengo su encomienda-, lleve los ocho pesos y en el camino le cuento lo que paso.

Muchas gracias micia Bernarda, me llenó de alegría y me volvió el alma al cuerpo -respondió el doctor-, ya en el camino le contaba que había visitado al ladrón y como ella era reservada con su comportamiento y como al ladrón le interesa el dinero más no los objetos, me entregó la bicicleta con el compromiso que a

cualquier momento los recogía y usted sabe que esa gente es peligrosa, hay que cumplirle lo que exigen.

El doctor le entregó el dinero y muy paciente empezó a revisar la bicicleta y con un gesto de alegría aprobó el estado en que se encontraba su anhelado y necesario y medio de transporte, dando las gracias y ofreciendo posteriormente una propina en gratitud por haber recuperado su principal elemento de trabajo muy sonriente y alegre se despidió de mi mamá.

Ella era empecinada como era, cuando tenía un objetivo por alcanzar, se dedicaba plenamente, en esta ocasión a cumplir a Aristóbulo lo prometido, yo era su compañía en todas sus actividades, y a la vez mi mamá era mi profesora en muchas ocasiones.

Mijo cuando tenga una deuda nunca se esconda, al contrario de la cara y amistosamente explique porque no ha cumplido y seleccione amigos, que ellos le ayudan a darle cumplimiento a otros y siempre que deba, pague, le aseguro que es el mejor negocio que los pobres buenos debemos hacer para subsistir un poco mejor en nuestra reducida y dificultosa relación en la cual Dios quiso que saliéramos elegidos.

Mi mamá a quien veía en bicicleta le proponía negocio y a sus vecinos, preguntaba permanentemente quien deseaba negociar una, en la siguiente cuadra una amiga muy gentil nos saludó, comento a mi mamá:

-Micia Bernarda, parece que el viento fuera el mensajero de todas las noticias, me contaron que necesitaba una bicicleta y yo le puedo dar una información que pueda serle útil, a dos casas siguientes de aquella vive una familia afrocolombiana y un hijo de la ama de casa trabajaba en una droguería de mensajero y para adquirir el puesto, tenía que comprar una bicicleta y así lo hizo, pero al entregar los domicilios se quedaba haciendo alarde montando en la bicicleta a las muchachas, amigos, tardaba en regresar y lo despidieron, creo que tiene problemas para cancelar las cuota y con él puede hacer negocio-.

¿Cómo se llama? -preguntó mi mamá-.

¡Olver Balanta!, y creo que en este momento allí se encuentra!

Mi mamá quedó un largo tiempo pensativa y pidió a la vecina que por favor la relacionara con Olver, muy diligente así lo hizo, comenzaron a conversar de diferentes temas hasta que tocaron el punto esencial.

¿Dónde y en que sitio, estás trabajando Olver? -preguntó mi mamá-.

Trabajaba en la droguería Mariñan, pero me despidieron, no sé por qué.

La bicicleta en que andas, ¿pertenece a ellos o es tuya?

Es mía, yo la saqué, pero la estoy pagando en cuota,

¿Cuánto estas debiendo?

¡Cuatro pesos!, pero no sé, ¿cómo voy a hacer para pagar?, sin estar trabajando

Te propongo un negocio Olver

¿Cuál y de que se trata?

¡Te doy 5 pesos, vamos a la bicicletería, pagas los cuatro que debes y te queda un peso, no te atrasás y perdés todo, salís del problema y quedas tranquilo, con una condición, que los papeles de propiedad los hagan a mi nombre, para no hacer traspaso y todo sea más ágil!

Piénselo bien, que los negocios son pensando, no te vayas a atrasar y te quitan la bicicleta y perdés todo, te pido el favor que tomes una decisión pronto, la que veas que te conviene para que yo esté segura, para no hacer negocio con otra persona, te deseo una feliz tarde y ojalá consigás trabajo pronto. Nos despedimos de la vecina no sin antes darle los agradecimientos por su compañía y la gestión que hizo con Olver. Regresando a la casa en el camino me dijo mi mamá:

-Estoy segura de que voy a hacer negocio con ese muchacho-

Estando ya en la casa y como de costumbre reunidos viendo llegar el anochecer escuchamos que golpeaban la puerta, mi papá salió a mirar quien era, escuchamos el murmullo de unas palabras, entró de nuevo mi papá trayendo una razón:

- ¡Bernarda hija la solicita un muchacho! - casi ya segura ya sabiendo de quien se trataba, se dirigió a la puerta

Buenas noches Olver, ¿Cómo te va?

¡Bien micia Bernarda -le dijo entusiasmado Olver-, vengo a comunicarle que acepto la propuesta del negocio!

Olver, has tomado una buena decisión, te espero mañana con la bicicleta a las 9, la dejamos aquí y vamos a hacer los trámites, llegó el siguiente día y como todo estaba acordado, se dirigieron a la bicicletería y sin ningún obstáculo todo salió bien.

Regresando a la casa mi mamá le entregó un peso a Olver, que más que agradecido, demostraba satisfacción por haber salido de una deuda, que quizás no hubiera podido cumplir. Mi abuela se encontraba muy preocupada e inquieta por ver a mi mamá entrar y sacar bicicletas.

- ¡Bernarda hija, cuénteme, ¿Qué está haciendo con esos aparatos, que está trayendo a la casa? -preguntó mi abuela-

Mamá, estoy tratando de hacer unos negocios sin afectar a nadie y estoy segura de que al final, al contrario, todos me van a agradecer, porque les he ayudado a

suplir sus necesidades, a continuación, me dijo en la tarde -vamos a continuar y finalizar con Aristóbulo estos negocios-.

Así fue, llegó la tarde y muy diligentes nos encaminamos a la casa del panadero. Nos atendieron muy bien, mientras llegaba, no había regresado y nos informaron que en ocasiones se retardaba un poco, comentó mi mamá que no teníamos afán y que lo esperaríamos el tiempo necesario. Pasada más de una hora llegó muy sorprendido, nos saludó y un poco nervioso preguntó el motivo de nuestra presencia, mi mamá notó en el estado en que se encontraba y lo calmó diciéndole:

-Te tengo ya una buena bicicleta dando cumplimiento a lo prometido.

Le agradezco inmensamente micia Bernarda, le cuento que después de lo que me dijo, me ha hecho caer en cuenta y siento cansancio repartiendo el pan, en mis largas caminadas.

Descansa un poco, sacas el dinero y nos vamos por tu necesario encargo: -comentó mi mamá-.

Llegamos a la casa y con sus ojos más abiertos y diferente mirada empezó a detallar su futuro transporte.

Mírala bien, tiene guardacadena, ambos frenos, bomba para inflar, las llantas y manguera, está en perfectas condiciones y lo más importante los papeles de propiedad están a mi nombre, te hago el traspaso y tranquilo podrás circular por todas partes, pero quiero hacerte una buena recomendación: vas donde Arnulfo Cobo, gran señor y buen creativo cerrajero, que está ubicado entre el Parque Cabal y la Basílica, más exactamente en la calle quinta entre carreras catorce y quince, dile que te instalé una parrilla más grande, para sostener mejor el canasto y agregue en la parte delantera una amplia canastilla, para que transportes más cantidad de pan y la venta que vas a tener va a ser mucho mayor.

Después de haberle dado estos consejos. Aristóbulo pregunto:

- ¿Cuál era el valor? -

- Mira los papeles -mi mamá le respondió- y te darás cuenta de que esa bicicleta me salió por nueve pesos, pero tú eres un hombre trabajador y honesto y como prometí que te ayudaría y como ambos hemos perdido y afortunadamente salimos de ese otro encarte, te la dejo en siete pesos.

Sin reparar nada contestó Arnulfo:

-Le doy los seis, que he guardado y en ocho días, le entrego el resto más cincuenta en gratitud, por sus buenos consejos y la importante ayuda que ha hecho con mi persona-. Se despidió, montó en su bicicleta y como paloma mensajera al salir de la jaula se orientó, buscó su objetivo y se alejó.

En nuestra casa, las cosas y la situación, como siempre todo, con altos y bajos seguía siendo igual, excepto que mis hermanitas, Julia Mery y María Esperanza al igual que mi hermanito Jorge Eliecer, ya se les notaba su crecimiento. Una mañana me despertó el ruido de un lamento incontenible sollozo, me acerqué al bastidor que separaba la cama de la abuela con la nuestra, vi a mi mamá al borde de la cama de la abuela, había fallecido esa madrugada.

Un gran frío sentí en mi cuerpo y mi juvenil corazón palpitaba incesantemente y cuando me calmé un poco empezó mi llanto, lloré inconteniblemente y cuando aclaré mi pensamiento, comprendí con claridad de que había perdido mi amiga, mi apoyo moral y mi consejera, quien me defendía y comprendía mis locuras de muchacho. La noticia muy rápido se propagó hasta que llegó a oídos de su amigo Eliecer Serna, que de inmediato se hizo presente, abrazó el cadáver de mi abuela, llorando y con su voz quebrada dijo a mi mamá:

-Voy a ayudarle con los tramites de hacer para esta ocasión-

Mientras lloraba, mis hermanas y mi papá silencioso reflejaban una inconfundible palidez, comprendí por primera vez que existen amigos sinceros, que pueden sacrificar hasta su vida, por la lealtad a una profunda amistad. Eliecer llegó con un ataúd y a continuación dejó a mi mamá hablando con el Párroco y todo está listo incluyendo el certificado de defunción, mi mamá acrecentó el llanto agradeciendo la inmensa ayuda que hacía con nosotros todo corría por cuenta de este bendito hombre.

Como era costumbre las velaciones se hacían en casa y ya los vecinos y amigos empezaban a desfilar a consolar y dar el sentido pésame. Mi papá salió de la casa y al cabo de un largo tiempo regresó con la cruz que se encontraba en la tumba del abuelo Julio, con un alicate extrajo la lámina inferior y la coloco en la parte superior ya con el nombre de Julia Parra Restrepo y con un martillo remachó las dos laminas que quedaron adherida a la cruz, definitivamente siguiendo lo recomendado por el tío Martín.

Esa noche la pasamos en vela y a la madrugada llegó el tío Bernardo con la razón que no había podido comunicarse con Pablo y mucho menos con Alfonso. Hacia las nueve de la mañana mi mamá nos recomendó que al cementerio solo irían mis hermanos mayores y que yo quedaría cuidando a mis hermanitos menores, salieron hacia la iglesia y después rumbo al cementerio.

Regresaron silenciosos, reflejaban nostalgia y tristeza, el tío Bernardo sentado en la cama de la abuela lloró inconsolable largo rato y añoraba cosas que en vida hubiera podido darle a su quizás olvidada mamá. En la tarde de ese mismo día afanoso se despidió hacia la finca donde había quedado sola Elisa y sus hijos. Pasaban los indetenibles días y mi mamá mostraba fortaleza, con el propósito que en la familia no perdurara un permanente sentimiento colectivo, pero cuando

pasaba hacia la cocina miraba el bastidor y la cama de la abuela, cuando regresaba veía sus ojos llenos de lágrimas.

Eliecer nos visitaba permanentemente, tomaba café como siempre lo hacía, hablaba largo rato con mis papás quizás para llenar el vacío profundo de quien ya nos faltaba. Un señor Garcés, amigo de mi mamá, dueño de la principal cigarrería que había en la ciudad, por esos días había vendido un negocio a un americano que pretendía echar raíces en Buga. Mi mamá tuvo conocimiento y no sé por que motivo que el nuevo dueño necesitaba un mensajero, con la habilidad especial que la caracterizaba, hizo que yo fuera el elegido, para desempeñar dicho trabajo, mi labor era repartir pedidos que hacían de diferentes cigarrerías minoristas, que consistía más que todo de cigarrillos.

Quiero dejar anotado como testimonio, la invasión de diferentes marcas extranjeras que nos llegaban a parte de las nacionales: Viceroi, Mapleton, Kool, Chester Fil, Looky Strik, Marlboro, Kamel, Parliament, Nevado, Palmal y Philips Morris. Ahora enumero las nacionales: Tabaco Villamisar, Domino, Calillas, Pierrot, Piel roja, Kadete y Sol. Estos elementos nocivos, era lo que usaba nuestro pueblo en todas las diferentes clases sociales.

Me habían asignado una bicicleta, que entró a participar en la compra de dicho establecimiento, no le hacían mantenimiento y se encontraba un poco deteriorada, pero yo me sentía confiado en ella, pero al cuarto día de estar trabajando hicieron unos pedidos de la carrera octava, que era donde más se encontraban las cigarrerías, bares y tiendas. Haciendo el recorrido por la acera que me correspondía, vi un camión que se me acercaba por la misma ruta que llevaba no quiso desviarse ni parar, quise frenar, pero los frenos fallaron y seguí hacia el camión, había un poste de la luz que fue mi ángel de la guarda, cuando me acerque a él, solté la bicicleta y me aferré con todas mis fuerzas y pasó el camión, partió la bicicleta, la caja y los cigarrillos que llevaba quedaron pulverizados en el piso.

La aglomeración de la gente en estos casos era inevitable, unos preguntaban ¿Le duele algo?, otros, ¿Se siente bien?, otros, ¿Qué le pasó?, al darse cuenta de que me encontraba ileso, me ayudaron a recoger los escombros de lo que llevaba, en una chuspa deposité las cajetillas destrozadas y las dos partes de la bicicleta, las cargué y me dirigí a la cigarrería. Al llegar el gringo se sorprendió al ver la extraña manera en que había regresado, muy asustado me pregunto:

- ¿Qué haber pasado? yo que también me sentía preocupado -le respondí- todo lo acontecido, me respondió con un - ¡Ohh!, yo haber perdido mucho dinero y tú no tener con que pagar, vete a tu casa, tu quedar despedido- sentí una inmensa alegría al quitarme ese pesado yunque de encima.

Ahora mi preocupación era como responderé a mi mamá que con tanto empeño había logrado que me dieran este trabajo, al enterarse que ya no trabajaba y todo

lo que hacía era por corto tiempo, no sé si por buena o por mala suerte, claro que ya no había regaños, ni correazos, porque nos entendíamos con mi mamá muy bien conversando y eso para mí en cierto modo era muy satisfactorio.

Llegué a la casa y como era natural, al verme se sorprendió mucho, la saludé pidiéndole la bendición como era nuestra costumbre, la invité a que nos sentáramos y detalladamente punto por punto le conté todo, tomo una posición extraña y quedó en silencio como meditando un largo rato y haciendo un gesto de alegría me dijo:

-Mijo hace dos noches soñé que me lo atropellaba un carro y siempre he estado muy preocupada, Dios nuestro señor y ese gringo con su proceder nos han hecho un inmenso favor, con todo mi corazón prefiero verlo aquí y no muerto en la calle. -

Me sentí bien, porque todo lo acontecido transcurrió sin ningún obstáculo, solo que me preocupaba no poder ayudar a mi papá y mis dos hermanos mayores, por ser un adolescente y no poder desempeñar trabajos de adultos. Mis juegos ya no eran infantiles, tenía ambiciones como todo niño de hacer cosas grandes, como las palabras de mi abuela que me decía para hacerme soñar. Estando en el parque Santa Bárbara, vi que atravesaban tres jóvenes con unos instrumentos musicales y se dirigían a una casa ubicada en la parte occidental, tuve gran curiosidad y muy discreto los seguí, porque tenía entendido que solo los mayores podían ejecutar dichos instrumentos, sobre una butaca se sentaron en la sala de dicha casa, sonaban cuerda por cuerda, afinaban, de pronto y guardaron silencio y a manera de venia que uno de ellos hizo, empezaron a ejecutar ordenadamente una maravillosa melodía que hizo que sintiera un frío desde la cabeza hasta los pies, mientras mi corazón palpitaba inclementemente y sintiera deseos de reír o llorar por una profunda admiración.

Tocaban y tocaban y yo seguía de pie en la puerta, uno de ellos le dijo al otro cierra la puerta, pero el tercero dijo:

-No, ese muchacho va a ser músico déjenmelo que siga escuchando-.

Ya estaba anocheciendo, guardaron los instrumentos y se despidieron yo permanecí hasta el último momento, regresé a mi casa, le conté a mi mamá porque había tardado. Me respondió de inmediato un poco sorprendida:

-Mijo no se preocupe, que el corazón de una madre presiente y comprende muchos secretos-.

Por esos días, se encontraba muy deprimida, le parecía ver a la abuela en todos los sitios, estando la familia reunida nos dijo:

-Voy a Palmira donde mi hermano Bernardo, que se encuentra en una casa grande y es posible, que nos deje alojar unos días mientras encontramos donde vivir-.

A los ocho días, traslado hacia Palmira. Llegamos y como es lógico extrañamos todo en compañía de la permanente pobreza, mis hermanos mayores llevaban la ilusión de colocarse en una empresa que en esos días se iniciaba, IMP “Industrias Metálicas de Palmira”, pero no los aceptaron por ser menores de edad y mi papá sobrepasaba la edad para dicho desempeño.

Por intermedio de un amigo del tío Bernardo, mi papá y mi hermano Rafael lograron colocarse en el Ingenio Papayal, haciendo un desempeño de corta temporada. Mi hermano Isidro Humberto no encontraba donde colocarse y por lo que a mi tocaba mi mamá me matriculó en la “Escuela Primera”, sufrí mucho porque para mí era una escuela distinta, profesores distintos, enseñanza distinta, distintos alumnos y diferente ciudad, no pude adaptarme y me retiré.

Con mi hermano Isidro Humberto teníamos una tarea para hacer, se trataba de lo siguiente, en la casa vecina tenían un frondoso palo de mango que por esos días estaba en cosecha y nos quedaba difícil subir a él, porque dividía las dos casas una alta pared. Optamos por esperar que llegara la noche para recoger los mangos que una bandada de murciélagos mordía y que al costado nuestro dejaban caer, los lavábamos y comíamos para complementar lo que mi mamá lograba preparar.

Así iban pasando los días con sus ya conocidos altibajos con lo que ya estábamos acostumbrados a padecer, hasta que una mañana nos reunió mi mamá y nos dijo:

-Aquí es más difícil vivir que en Buga, allá nos conocen, me prestan plata y me fían, pasamos menos dificultades que aquí, voy a regresar, para ver donde podemos tomar en arriendo una vivienda, donde podamos estar más amplios y sentirnos mejor-. Se despidió no sin antes recomendarle a mi papá el cuidado de nosotros, sobre todo de los más pequeños, pero que también fuéramos recogiendo parte de nuestros enseres para que, si había trasteo, no fuera dificultoso.

Paso ese día, no llegó, la esperábamos en la noche tampoco regresó, al día siguiente ya estábamos desocupado y como a las once de la mañana llegó en un camión pequeño del cual desmonto mi mamá y como toda una mujer berraca nos dijo:

-Nos vamos de este barrio, que llaman “Las delicias”, ¡donde hemos pasado las amargas!, regresamos a la casa de Serafín y la tía Esther, que habían comprado con el poco dinero de la finca que la guerrilla les había hecho vender, porque amenazas de muerte que habían recibido por ser de filiación liberal. -

Tuvieron la fortuna de haber recibido dos buenos consejos las familias: Cubides, Noreña y Giraldo, solidarios vecinos de la comarca que tenían conocimiento que el objetivo de la guerrilla era violación a las hermosas hijas y después dar muerte a la familia entera. Nos alojamos en dicha casa que tenía ocho inmensas alcobas,

en una quedaron mi papá y mi mamá y mis hermanitos pequeños en otra, mi hermano Rafael Antonio, en otra nos instalaron a mi hermano Isidro Humberto y yo haciéndole compañía a Eustorgio, familiar que siempre estuvo con la familia Saldarriaga Martínez.

Yo sentí en mi corazón una inmensa gratitud por el noble gesto que nos hacían al permitir instalarnos en dicha casa, sentía que mi respiración era más amplia, no me pude adaptar a Palmira. Después de recibir las buenas noches de mis papás, antes de acostarme, quedé sorprendido al escuchar las notas de una bandola con el acompañamiento de un triple y guitarra, afanoso me vestí y me dirigí a la alcoba de los músicos.

Era Serafín y sus hijas, que ensayaban en las noches, cuando todo estaba en calma, pero no pude entrar tenían ya cerrada su puerta y no pude presenciar el ensayo. Al siguiente día después de haber pasado toda la noche meditando sobre la coordinación musical de los tres instrumentos, muy temprano me levante a averiguar ese gran acontecimiento que despertaba en mi gran curiosidad, salía de su alcoba Noemi, la menor de las cuatro hermanas, le pregunté que si ella también tocaba algún instrumento, me respondió que: sí, un poco la guitarra, le dije que si me enseñaba, que yo quería aprender, dijo que no sabía mucho pero que en las tarde podíamos practicar los dos.

Ansioso anhelaba la llegada de la tarde, hasta que llegó ese momento, me entregó el triple guía, empezó enseñándome una tonalidad, sonaban y sonaban los dos instrumentos, después intercambiamos, ella tomó el triple y yo la guitarra. Cuando deslicé mis dedos por el tendido del instrumento sentí en mi ser una inmensa satisfacción que llenó mi cuerpo de grande alegría, empezamos a tocar y me parecía que ya había aprendido, mi prima Noemi quedo sorprendida, me dijo que yo ya sabía, le dije que solo unas tonalidades que había memorizado de unos músicos que vi en un ensayo que hacían, tocamos toda esa tarde y acordamos reunirnos el siguiente día, así hicimos por varias semanas que para mí eran cortas por el entusiasmo que tenía.

Mientras más avanzábamos en los ensayos nos sorprendía que nuestra familia se acercara a escucharnos más que todo “Esperanza” un pasillo instrumental de Ibarra y Medina que era popular en esos días. Al transcurso de los años ha perdurado en la memoria de muchas personas que aún desean escucharlo, una tarde antes de recibir los instrumentos, me llamo Serafín.

A vos que te queda tanto tiempo, te tengo un trabajo -me dijo-, le contesté de que se trataba, dijo: -Tengo una gabela para hacer adobe, para tres en cada tallada, en este solar -lo señaló-, La tierra es muy buena y sé que van a quedar muy bien. Le voy a dar un centavo por cada uno y necesito cien, yo me animé mucho y mi papá me ayudó a hacer el hueco y pisar el barro, mojaba la gabela la untaba de arena y depositaba el barro, lo acuñaba, tallaba los arillos y los levantaba quedando los adobes ordenadamente.

A los quince días mis manos quedaban con cayos y adolorido mis dedos le entregué el trabajo, me felicitó y nunca me dio el valor de dicho compromiso, como prometió, estando sentado en una banquita llamé a mi mamá, le mostré mis manos, me miraba cada uno de mis dedos más que mirarlo sentía que me acariciaba en silencio un largo rato, comprendió lo que mucho tiempo después iría yo a entender. En esos días a la casa llegó otro inquilino, se trataba de Leónidas Cañaverál un hombre muy trabajador que había tenido Serafín en su finca con que tenía una gran amistad.

Hacía poco tiempo se había casado con Otilia y traían un niño que recién habían bautizado con el nombre de Ramiro, se ubicaron en uno de los cuartos que tenía la inmensa casa. Un carro negro de servicio público llegó a la puerta de la casa, de él bajo Serafín y con el conductor sacaron cargando a una señora, la entraron y en la sala le tenían preparada una cama, tenían las puertas un poco cerradas para que la luz no mortificara a la enferma, la tía Esther contó a mis papás que se trataba de Zoila que se encontraba muy mal y que los únicos parientes que tenían era mi papá y ella.

Siguieron transcurriendo los días y la enferma padecía mucho, porque sus modales eran refinados y en la mesa tomaba sus alimentos con mucha finura y extremada etiqueta, hábitos que no se tenían ni eran de conocimiento, porque en las familias del campo estas costumbres son sencillas y muy diferentes. Sus clásicos alimentos se tornaron en papas como sancocho con plátano y yuca que al tratar de masticarlo con delicadeza se derramaban por su barbilla, mucho más su pena al mal estado de salud, el agua de panela que le daban como postre por simple o muy dulce y solo tomaba un sorbo rechazando el resto.

Así fueron pasando los días hasta que una triste mañana Serafín contó a toda la familia que esa madrugada Zoila había dejado de existir, la noticia fue divulgada en la sociedad de Buga. Pues como profesora había formado muchos profesionales y había recibido el aprecio de la sociedad dentro de la cual ella había pertenecido.

Al medio día llegó el carro funerario y con él varios automóviles portando una corona, cada uno en caravana se dirigieron hacia la iglesia y después al cementerio, notándose entre los acompañantes un duelo general, en la casa se sintió un vacío y tristeza, fue un largo tiempo que permaneció con nosotros y ya era una costumbre tener su presencia. A Serafín se le veía muy diligente, salía temprano regresaba al mediodía otras veces en la tarde, con el transcurso de los años, había dejado Zoila un dinero, que su familia tenía derecho a reclamar, nunca se supo cuánto.

Mi mamá empezaba a sentirse incómoda, ya había muchas personas y deseaba independencia y privacidad, tributos por los cuales siempre luché por disfrutar, simultáneamente. En esos días unos jóvenes entre veinte y veinticinco años, se agregaron a la casa atraídas por mis primas, jóvenes, bonitas y bien presentadas

de la cuales se enamoraron, motivo por el cual Serafín aprovechó para delegar diferentes trabajos relacionados con desempeño del campo, oficios que no perduraron porque pronto se declararon en matrimonio.

Nohora contrajo matrimonio con Jaime Serrato, Maricel con Apolinar Perafán, Gladys con Víctor Sánchez y Noemi con Gerardo Abad, todos se quedaron en la casa excepto Gladys que con su esposo se residenciaron en Bogotá. Mi mamá con su pensamiento visionario ya había tomado en alquiler una casa en la carrera cuarta entre calle catorce y quince, nos trasladamos y nos sentimos muy bien, tenía sala, dos cuartos y la cocina en un patio grande donde tenían espacio mis hermanitos pequeños para jugar libremente.

Mi mamá comprendió que yo sentía nostalgia por no ver ni tocar la guitarra, como toda madre que desde su vientre presentía un hijo músico, sus cálculos habían tenido un error creyendo que su primer hijo era quien llevaría en sus venas esta admirada profesión. En sus meditaciones parece que definitivamente ya hubiera tomado una decisión, un lunes como era costumbre, cuando había medios económicos se dirigía hasta la plaza de mercado a comprar lo que se necesitaba para el sustento de la casa.

A su regreso traía una chuspa con varias libras de arroz y en la otra mano un talego largo que a simple vista era difícil adivinar de qué se trataba. Estando todos reunidos nos dijo: -prepárense para aguantar hambre toda la semana, he sufrido mucho estos días y no voy a permitir que a mi muchacho se le vaya a truncar por egoísmo inescrupuloso su vocación-, desenfundó del talego una guitarra, me la entregó y me dijo:

- ¡Tómela mijo, esta va a ser su profesión! -

Mientras escuchaba estas palabras veía el guitarra profundamente sorprendido, sentía que me temblaban las piernas y caía en un instante de profundo sentimiento, lloré, recibí el instrumento, besé en la frente a mi mamá, en un inmenso acto de gratitud y como aún lloraba me consoló.

Nunca olvidaría este grato pasado de mi vida, como ya tenía conocimiento afine con mi guitarra ahí se inició mi carrera musical, mi hermano Isidro Humberto deseoso que yo colaborara más con la casa, me recomendó para que trabajara en la latonería donde él se desempeñaba, mi trabajo consistía en aplomar unas corrugadas láminas de zinc con una varilla plana de hierro.

A los ocho días tenía mis manos llenas de ampollas, que se reventaban y era intolerable el dolor, no volví, tenía mis dedos entorpecidos y no podía ejecutar bien mi guitarra. Decidido me dediqué exclusivamente a la música en las mañanas, en las tardes y en las noches con cortos intervalos de descanso estaba dedicado a practicar mi instrumento. Como era novedoso escuchar música de cuerda, se fue propagando casi como chisme, que en nuestra casa residía un músico.

No tardaron muchos días, cuando una fresca y tranquila tarde llegó a la puerta de nuestra vivienda un hombre de tez blanca, mediana estatura con sombrero se presentó a mi mamá.

- ¡Me llamo Jesús Sarria y soy vecino, resido en la cuadra de más arriba y he escuchado al joven tocar la guitarra, yo toco el acordeón y con mi hermano y mi hijo tenemos un conjunto, nos falta una guitarra, para complementar bien el grupo, deseo hacer unos ensayos con él, sin ningún compromiso y si usted no los permite! -

Si mi hijo lo desea así, yo no seré ningún obstáculo, porque la música es lo que quiere, ¡lo que le gusta a él! -contestó mi mamá-

-Yo soy serio, cuidaré de él, como lo hago con mi familia-

Me indicó donde quedaba su residencia y me dijo:

-A la seis de la tarde lo esperamos mañana! -

Muy cortés se despidió de nosotros. Mi mamá haciendo un comentario dijo:

-Me parece un señor serio, cumpla la cita mañana y me cuenta-

Mi papá y mis hermanos estaban sorprendidos, porque con el solo hecho de tocar una guitarra ya tenía admiradores e invitación a participar en grupos musicales.

En cuanto a mi mamá no le era sorprendente porque con su pensamiento de visionaria ya sabía cuál era la ruta que yo había decidido tomar. Esa noche estuve muy preocupado, pensaba por cuales tonalidades interpretaban sus canciones y de qué manera lo hacían, yo sentía un poco de confianza porque viendo otros músicos ya sabía todas las tonalidades y eso me llenaba de seguridad, apareció el día y llegó la tan anhelada tarde.

Antes de las seis, me acerqué a dar cumplimiento a la tan anhelada cita, cuando iba llegando escuché el acordeón y personas que conversaban y sentí nervios, pero me fortalecí pensando que era un ensayo y que si no me gusta, me regresaba a mi casa.

¡Buenas tardes! -saludé-. Don Jesús me saludo muy amable me dijo:

-Le presento a mi hijo Germán, solista y toca la guacharaca y mi hermano Senón toca los bongós y hace los coros.

Conversamos unos minutos, me dieron un café, nos familiarizamos y dimos comienzo a lo nuestro, afinemos me dijo Don Jesús, tocó la nota central que tenía que quedar unísono con la guitarra, ese día supe que se trataba el transportador universal con el que se afinan todos los instrumentos.

Su acordeón era de teclado, me dijo que con él se interpreta en tonalidades mayores y menores, no sentí temor, porque las dos formas conocía, tenía una lista

de varios poemas, que puso sobre una mesita con títulos de diferentes canciones con sus tonalidades y ritmos al igual que otras con nombres y tonalidades, pero está ya era de obras instrumentales que estaban de moda en esos días.

Iniciamos con “Tristezas del alma”, “Flor sin retoño”, “Busco tu recuerdo” y el “Aguacero”, interpretado por el grupo, Los Alegres Vallenatos, jóvenes bogotanos quienes incorporaron por primera vez el acordeón a la música tropical y que con los años fueron mis mejores amigos, estos temas se adaptaban mucho al grupo por su modalidad, solo interrumpíamos algunas veces para rectificar determinados compases.

Nuestro primer ensayo fue un éxito, Don Jesús y su familia quedaron muy satisfechos por lo que se hizo esta primera vez. Se concertaron los ensayos para hacerlos semanalmente los martes y jueves, días apropiados por tener otras actividades que desempeñar. Regresé donde mi amiga del alma, mi mamá, le conté en detalle todo, desde la llegada, el ensayo y el trato respetuoso que me dieron.

Esperemos que va aconteciendo en los próximos días -Satisfecha me dijo-.

Seguimos los ensayos muy complacidos por la rapidez con que montábamos y variado repertorio, la semana siguiente me habló Don Jesús.

-Joven el sábado tenemos una presentación, donde una familia de unos amigos que les gusta mucho la música y espero que se prepare a las siete de la noche, lo espero para que salgamos a dar cumplimiento-.

Así lo hice, llegamos y me presentó como un nuevo integrante y a continuación empezamos a tocar por unos momentos nos escuchaban y en otros bailaban, llegando las doce de la noche se terminó la reunión, nos despedimos y nos retiramos, llegando a mi casa donde muy amables me acompañaban, Don Jesús me llamó a parte y me dijo:

A las diez de la mañana en la galería, donde están los expendios de carne en el tercer puesto, me encuentra allí, lo espero para que arreglemos lo del trabajo que hemos hecho-, Golpeé la puerta, muy pronto abrió mi mamá que ya se encontraba preocupada.

Nos despedimos no sin antes darles las gracias por la compañía que formalmente me habían hecho, entré a mi casa y brevemente conté a mi mamá todo lo que había sucedido, me levanté y me dirigí a la galería como me había indicado Don Jesús, fácil di con el puesto, me saludó muy formal, me preguntó cómo me había sentido, le respondí que bien, me dijo:

-Le voy a prestar un morral para que lleve lo que le quiero dar-.

Debajo del puesto lo sacó y empezó a cortar trozos de hígado, chunchullo de bofe, de carne que llaman raíz de lengua que tiene poca carne y mucho cartílago, soltó

el cuchillo y saco una pata de res, la puso en el mesón y con una pequeña hacha la cortó en trozos y dobló facilitando depositarla en el morral. Con un trapo limpio sus manos y de su bolsillo saco cincuenta centavos, me los entrego y me dijo:

-No olvide que lo espero en el ensayo-.

Don Jesús era un personaje muy conocido por su carnicería y por tocar muy bien el acordeón, motivos que lo llevaron a relacionarse con la sociedad y tener buenas amistades que lo contrataban semanalmente para amenizar sus reuniones. Me despedí, alcé mi morral y me dirigí a un puesto de plátanos, compré dos gajos grandes, con bastante plátanos y dos yucas grandes, que hice partir en cuatro partes.

Caminando hacia mi casa, sentía inmensas ganas de volar, no por lo pesado de la carga sino por la alegría inmensa de entregarle a mi mamá el fruto de mi primera presentación. Le entregué lo que lo llevaba, quedó sorprendida y pronunció una frase que siempre repetiría. “La mejor inversión que he hecho en mi vida fue comprarle su guitarra”, palabra que pronunciaría por siempre para orgullo de ella, y profunda gratitud que mi ser toda la vida recordaría.

Ese día por insinuación mía supe que el valor de la guitarra fue de un peso con sesenta centavos, cantidad de dinero que sería el inicio para mi carrera musical, las semanas siguientes, seguirían repitiéndose las presentaciones, en ocasiones hasta tres veces, trabajo que se hacía con mayor seguridad y mejor aceptación por quienes nos escuchaban. Pasaría tres meses aproximadamente, cuando me hablo Don Jesús,

-Joven voy a suspender los ensayos, tenemos un repertorio suficiente, para nuestras presentaciones, así que puede emplear su tiempo en lo que desee-.

No sentí ninguna preocupación, por lo contrario, pensé que me quedaba más espacio para practicar mi instrumento.

Por el día martes estaba en el patio de mi casa, escuché unas voces y guitarras que tocaban, me emocioné mucho y traté de ver quiénes eran, pero unos arbustos que dividían los solares no me permitió ver, comprendí que ensayaban los mismos días, que lo hacía con Don Jesús, entonces me propuse imitar la primera guitarra y fácilmente lo lograba, porque ese era mi deseo de hacer, se trataba de bambucos y boleros del trío, “Los Panchos” y “La Rosa”, que en esos días se iniciaba su universal éxito, muy pronto los emulé pero tenía deseos de relacionarme con ellos, un martes noté que sonaba una sola guitarra y las maracas, no hubo ensayo porque faltó uno, por el día jueves aconteció lo mismo, entonces me surgió una idea, desafine la sexta cuerda y pasé a la esquina donde ellos estaban y golpeé la puerta, salió uno de los que ensayaban, creyendo quizás que era quien faltaba, no se sorprendió, si al verme con una guitarra, nos saludamos y a continuación me dijo que deseaba, le manifesté que había

aprendido las tonalidades del triple y que no tenía conocimiento como se afinaba dicha cuerda. Me invitó a que siguiera al corredor del patio donde ellos ensayaban, afinó la cuerda y me explicó cómo lo hacía, cosa que ya yo sabía, le agradecí y quedé un corto tiempo rectificando la afinación y pronto toqué los temas que ellos practicaban y en un gesto vallecaucano gritó: - ¡No jodás, este berraco toca! -.

Entonces se animaron mucho y preguntaron mi nombre a continuación se presentaron, Ramón Rojas, Jesús María Domínguez, que hacía me dijeron y donde vivía, les manifesté que era vecino y que en ocasiones acompañaba a Don Jesús Sarria quien tocaba acordeón y también era vecino nuestro. Ramón me preguntó si sabía las canciones que ellos ensayaban, les dije que un poco, me ubicaron frente a ellos y empezamos a tocar, Jesús Domínguez, le decían Chucho, hacía la primera voz y Ramón la segunda voz, me encomendaron hacer la tercera para complementar el trío, con orientación de Ramón que ya tenía más conocimiento.

Nos entusiasmos mucho porque a pesar de ser la primera vez, las canciones se escuchaban bonito, motivo por el cual nos movía a practicar mucho más. Ese día ensayamos hasta tarde de la noche, antes de despedirnos concertamos cita para el próximo encuentro, motivo que me halagó profundamente.

Conté a mi mamá todo lo sucedido, me felicitó y dijo, que si esa era mi mayor satisfacción tratara de hacer las cosas bien hechas. Apresurado me hice presente al segundo ensayo, con la sorpresa que al llegar se encontraba el compañero con quien ellos tenían el trío, en mi presencia Ramón le manifestó que ya no era parte del grupo por su incumplimiento y que el nuevo integrante era yo, razón que me dio sentido de pertenencia. Lleno de ira montó en su bicicleta y se fue. Después de retirarse me contó Ramón que lo llamaban el ñato y que una vez le preguntaron, ¿De dónde sos ñato?, con ironía contesto: -No están viendo que de la nariz-, y con ese nombre quedó.

Mientras los ensayos los hacíamos casi todos los días, mi papá y mi hermano Rafael trabajaban más frecuente por la amistad de un vecino que con su hijo se desempeñaban en la misma profesión y por tal motivo mi hermano Rafael frecuentaba la casa de Don Porfirio, quien a su vez tenía unas hijas muy bonitas y mi hermano ya tenía mucho interés por una de ellas.

Mis hermanitas crecían rápidamente y mi hermanito Jorge Eliecer ya se preparaba para iniciar sus estudios en el colegio “Las Marianas”, sitio donde ya lo había determinado mi mamá. Con el trío ya teníamos suficiente repertorio para hacer una presentación, pero no habíamos bautizado el trío, y después de un largo cambio de opinión le dimos el nombre de Trío Palmeras, para hacer elogio a nuestro valle tropical.

Ahora nos quedaba el trabajo de encontrar la manera de en cuál de las dos emisoras que existían encontraríamos la suerte de poder actuar, visitamos la radio

Guadalajara, emisora que tenía mucha sintonía y nos informaron que su dueño se encontraba en la esquina del marco oriental del Parque Cabal, revisando detalles de un café que compró iba reinaugurar el próximo sábado, que allí lo encontrábamos y que su nombre era Marino Corrales.

Nos dirigimos al sitio y efectivamente allí estaba, lo saludamos y a continuación le expresábamos nuestros deseos de presentarnos en su emisora, quedó en silencio meditando unos segundos y en tono familiar nos dijo:

- Este sábado inauguro este establecimiento y voy a transmitir una hora por la radio, si lo desean les saco unas dos o tres canciones al aire y me acompañan un rato más amenizando la asistencia de mis invitados, no les digo cuanto les pago, pero si les daré algún dinero-.

Aceptamos su propuesta, nos despedimos y llenos de alegría nos retiramos, dando júbilo, porque este acontecimiento para nosotros ya era un gran éxito alcanzado, el sábado a la hora indicada nos hicimos presente, ya tenían instalado micrófonos, parlantes y todo lo relacionado con la transmisión que iba llevarse a cabo. Sentimos nervios porque iba a ser la primera vez que cantaríamos en público y mucho más por radio.

Empezamos a cantar, pero como habíamos ensayado muy bien, pronto sentimos confianza y mucho más porque notamos buena aceptación dentro del público, cantamos tres canciones simultáneamente con chistes y anécdotas y promoción que el animador hacia sobre dicho establecimiento. Terminada la transmisión radial, Don Marino nos invitó que nos sentáramos y tomáramos algo, nos permitió que nos retiráramos del establecimiento.

Pasaron algunos minutos y pidió que le cantáramos nuevamente el tema que habíamos interpretado y transmitido por la radio, nosotros nos sentimos muy complacidos, porque este acontecimiento ya era un triunfo para el trío, repetimos una y muchas veces la canción por petición de Don Marino, quien al calor de los tragos secaba permanentemente sus lágrimas y tomaba una posición profundamente sentimental.

Se trataba del bolero “Mil besos”, de la autora Elena Valdemar, canción que en esos días era de un gran éxito. Se aproximaban las nueve la noche y ya empezaban a cerrar el establecimiento, Don Marino se acercó hacia nosotros y nos dijo:

-Estoy muy contento con ustedes, su presentación vale mucho más y me disculpan, este dinero, nos entregó tres pesos, y a continuación nos dijo, los espero el lunes a las cinco de la tarde para que hablemos de negocio-.

Así se lo prometimos, nos despedimos con un sentimiento de éxito y triunfo nos retiramos a nuestras casas, meditando y dialogando sobre que se trataría y que deseaba, motivo por el cual nos sentíamos con responsabilidades.

Como siempre al llegar a la casa conté a mi mamá todo lo sucedido, acontecimiento que la enorgullecía y expresaba que tenía un hijo artista y deseaba de todo corazón que triunfara. El lunes como se había acordado, a las cinco de la tarde, nos hicimos presente en la radio Guadalajara, donde Don Marino muy cordial nos esperaba.

Conversamos sobre la inauguración del café, como nos había parecido, la ubicación muy apropiada y hechos acontecidos en el recinto. Pronto se tocó el punto por el que nos habíamos reunidos y ansioso escuchamos a Don Marino:

Muchachos -nos dijo-, tengo el proyecto de hacer un programa musical en vivo los sábados de siete a ocho de la noche y quiero contar con la colaboración del Trío Palmeras, de ustedes depende que lo llevemos a cabo.

- ¿Cómo lo hacíamos y en qué condiciones? -le preguntamos-.

Grabamos una canción, la promocionamos toda la semana, hacemos el programa para despertar interés dentro del comercio y hacemos que pauten semanalmente para promocionar sus negocios, del dinero que resulta depende el pago para ustedes, si lo aprueban tomen una decisión ahora mismo, para grabar mañana y no perder más tiempo esta semana.

No dudamos en aceptar porque para nosotros era importante que nos escucharan y hacer conocer el Trío Palmeras, en ese instante llamó a un joven locutor que también estaba dando sus primeros pasos periodísticos y radiales, se nos presentó:

-Soy Álvaro Salazar- y muy objetivo y optimista nos dijo -Estoy seguro que vamos a hacer una gran labor radial y musical-.

Coordinamos todo, grabamos una canción y el sábado nos hicimos presente, todos reflejábamos nervios, empezamos y en la primera media hora empezaron las llamadas para pedir canciones, esto ya era un triunfo que nos llenaba de satisfacción y seguridad.

Terminada la audición, nos sugirió Álvaro, grabar un tema característico que identificara el Trío y la programación, esa semana con orientación de Ramón y sugerencia de Chucho y yo, hicimos un verso que musicalizamos de inmediato, "Como el verde palmar, que hay a la orilla del mar, escuchen al Trío Palmeras, Ramón Roja, Jesús Domínguez, Hernán Martínez que ahora los van arrullar", este verso lo cantamos muchas veces, hasta que un día nos sugirió mi hermano Isidro Humberto, quien ya había recibido clases de canto y vocalización en un proyecto que por correspondencia había pedido de México y que siempre sus sueños era cantar y por ese motivo se hacía presente en nuestros ensayos.

El tema característico que están cantando -nos dijo-, no dice nada, tienen que modificarlo.

Nos sorprendimos mucho y empezamos a analizarlo y descubrimos que tenía mucha razón, entonces pusimos manos a la obra y quedo así: “Como el viento del mar, sobre el verdor del palmar, poemas y versos cantamos, Ramón Rojas, Jesús Domínguez, Hernán Martínez, para el corazón deleitar”, después de esta revisión quedamos contentos, le agradecemos a mi hermano y así lo seguiríamos interpretando.

En la segunda semana de audición el comercio correspondió con las cuñas y produjo veinticinco pesos de los cuales nos entregaron doce pesos, cantidad que nunca habíamos recibido y que nos estimuló mucho e hizo que comprendiéramos, que lo que hacíamos era un arte, que hacíamos con dignidad y del cual recibíamos respeto y admiración.

Orgullosos continuamos nuestros ensayos y las presentaciones que día a día nos daba más confianza y superación, un sábado después de la presentación nos esperaba en la puerta de la emisora una muchacha elegante de baja estatura que después consideraría grande de corazón, que nos invitaba en su camioneta hasta su casa, que nos admiraba y deseaba hacernos una atención. Complacidos aceptamos la invitación y por casualidad vivía en el sector de nuestras casas carrera 5 entre 9 y 10.

De ese día en adelante nació una inmensa amistad, que ha perdurado para siempre en todos nuestros días, mientras nos dirigíamos a su residencia entre conversaciones, chistes y risas, notamos que nos trataba empleando el nombre de cada uno, mientras nosotros no sabíamos el de ella, entonces le preguntamos, cuál era su nombre.

-Que olvido no me he presentado -nos respondió un poco apenada-, Mi nombre es Noemi Vivas y estaré siempre para servirles.

Llegamos a su casa y quedamos sorprendidos, tenía un piano, una bandola, un tiple y una guitarra encordada con cuerdas de nylon, que para mí era una novedad, porque no sabía que existían y mucho menos las conocía, porque las que tenía mi guitarra eran de acero y se tornaban más difícil para ejecutar. Nos invitó al rincón de una acogedora sala, donde se encontraba una radiola (Un equipo de sonido), nos mostró un disco larga duración que recién había comprado y que en esos días era una novedad, tenía la caratula del Trío Álvaro Dalmar, gran músico y compositor, que en futuros años fuera mi amigo y consejero.

Escuchamos fascinados todos sus temas y nos ofreció Noemi que montáramos en nuestros Trío algunas de estas canciones, cosa que no supe, porque motivo nunca lo hicimos, por mi parte desde ese día en adelante tuve la costumbre de visitarla todos los días, porque me sentía muy bien con ella y el ambiente musical que allí se respiraba, tanto así que todas las personas que nos conocían murmuraban que éramos novios por mi permanente visita. No era así, pero ella me celaba y yo a ella, quizás por la afinidad que llevábamos por la música arraigada profundamente

en nuestras venas y para complementar, la señora Elvira su mamá me apreciaba mucho al igual que su abuelo, Don Lisímaco, quien era propietario de varias haciendas a las cuales en compañía de Noemi nos invitaban permanentemente a cantar y tocar. Todo esto para completar nuestro imaginario, admirado y envidiado romance.

Mientras mis actividades que acompañaba con la música, en mí ya empezaba acontecer varios cambios, mi hermano Rafael ya enamorado de Locelbeth, hija de Don Porfirio y la señora Adela, familia con quien trabajaba en construcción, pidió su mano en matrimonio del cual tuvieron cinco hijos: Orlando, Aidaluz, Nancy, Albeiro y Armanda.

Mi mamá se hizo muy buena amiga de la señora María y Don Gregorio, papás de Ramón, con quien yo tenía el Trio y como buenas paisas y excelentes conversadoras Doña María contó a mi mamá que venían de Trujillo (Valle) y que por motivos de la política habían llegado a Buga, dejando su finca que les había ayudado a adquirir un pariente que había fundado el pueblo de Trujillo y que su nombre era Leocadio Salazar, al decir estas palabras, muy sorprendida quedo mi mamá y a continuación le preguntó:

- ¿Usted es hija de María Ignacia Salazar y José Herrera? - con un rotundo sí, atónita quedó mi mamá con esta respuesta y a continuación contó que su mamá siempre le había hablado de la inmensa gratitud que siempre llevaba de esta honorable y acogedora familia y que su mamá Doña Julia llevó en su corazón, el recuerdo y el aprecio que en tan poco tiempo que estuvieron juntas, ese recuerdo de amistad no se borraría nunca.

Después de decirle estas palabras, se abrazaron como dos hermanas que llevaban muchos años sin verse y lloraron, cuando pasó este sentimiento y la calma había llegado, secaron sus lágrimas y empezaron a contarse cosas y relacionadas con sus familias primero Doña María contaba que sus hijos eran una familia grande y empezó a numerarlos diciendo:

-Con mi esposo Gregorio tuvimos once, los hombres son: Carlos, Rubén, Tista, Mellizo, Ramón y Jorge, y las mujeres son: Nina, Rosa, Herminia, Margarita y Blanca-.

A continuación, mi mamá le respondió diciéndole:

-Con mi esposo Luis tuvimos varios- los enumeró todos y la conversación continuó en detalle y cosas que por lo general comentan todas las señoras. Esos días transcurrían para mí, muy animado y dedicado a las cosas del Trio, con lo cual empezaban a producir en mí los grandes sueños. Al paso del silencioso e indetenible transcurrido del tiempo, mis hermanitas menores empezaban a tomar forma de señoritas muy bonitas despertando el interés por jovencitos de su misma

edad, mi hermanito Jorge Eliecer dedicado a sus estudios silencioso ya se hacía un obediente y juicioso hombrecito.

Después de varios meses de presentaciones en la Radio Guadalajara, nos llamaron de Voces de Occidente emisora que competía en audiencia permanente con la otra, nos ofrecieron un dinero mejor, motivo que no entusiasmó mucho y porque recién le habían instalado una nueva frecuencia con mayor cobertura, porque las anteriores eran onda corta y onda larga, esta última se escucharía en sitios lejanos y para el Trío era de mayor importancia.

Para esta época los términos de comunicaciones cambiaron AM: amplitud moderada y FM: frecuencia modulada, este nuevo sistema nos fue de mayor provecho musical, porque nos escuchaban desde Cartagena y Cali, motivo por el cual obtuvimos un contrato para presentarnos en Trujillo, para un homenaje que le hacían a Diego Garcés Giraldo, destacado dirigente social fundador de la Biblioteca Departamental, Jorge Garcés Barrero, y para esos días años 1955 era el gobernador del departamento del Valle del Cauca. Esta presentación hizo que nos sintiéramos ya consagrados como músicos artistas.

Porque a nivel personal eso deseaba y por lo cual ese sería el inicio que tomaría como mi carrera profesional. Las emisoras pequeñas competían con su programación hasta que apareció un nacional cambio radial, se trataba de encadenar por unas horas especiales las emisoras grandes de Bogotá con todas las emisoras del país. Eran la Nueva Granada hoy RCN, Radio Cadena Nacional y la Nueva Mundo Caracol, Cadena Radial Colombiana.

Sus programaciones en vivo en su radio, teatros con artistas día a día iban tomando mayor sintonía, esto para nuestras presentaciones nos hacía sentir como si actuáramos en la capital de la República. Estimulados por los optimismos y buenos consejos dados por mí mamá y el apoyo silencioso de mi papá, no sentía temor alguno con los desplazamientos que hacíamos, y más ambicionaba con el Trío.

De Tuluá nos llamaron para hacer una presentación en un sitio, que lo llamaban La Media Torta, esto era una pared en forma de media luna, muy bien repellada y pintada de blanco, que a su vez tenía forma como cuchilla para protección del sol o la lluvia, alternamos nuestra presentación con un grupo que cantaban muy agradable y que a su vez hice buena amistad con Jaumer Moran, primera voz, como en ese viaje nos acompañaba mi hermano Isidro Humberto, le propuso a quien dirigía el elenco que él deseaba cantar y que si se lo permitía. Encantado tomó datos de mi hermano y el mismo hizo la presentación con el acompañamiento de nosotros, muchos aplausos y éxito rotundo.

Nos regresamos muy entusiasmados y mi hermano con ideas futuristas ya nos proponía cosas grandes como hacer una gira y grabar un disco, todo esto nos llenaba de ilusión y nos hacía soñar mucho más. Regresamos a Buga y como las

emisoras pequeñas las encadenaban las de la capital. Los artistas que se escuchaban por la radio se hacían presentes en los teatros del país, en grandes elencos que aceptaba el público en general.

En una de esas presentaciones fue espectador en el Teatro Montufar, ubicado en el marco del Parque Cabal, donde ese día actuaba el dueto “Los Tolimenses”, personajes que posteriormente serían mis amigos de gran aprecio, Lizardo Díaz y Jorge Ramírez, quienes me darían la satisfacción de grabarme la primera canción que haría en Bogotá, el bambuco “Como un Rayo de Sol”, canción que daría grandes éxitos tanto a ellos como a mí.

Caminando a nuestras casas con mis compañeros del Trío, con quienes habíamos visto el espectáculo, andábamos muy silenciosos, imaginaba que como yo también ellos soñaban grandes cosas en nuestra vida artística, que impulsados por el deseo llegaríamos a alcanzar. En esos días, orgullosos por escucharnos cantar, Rubén hermano de mi compañero Ramón, organizó un paseo a Trujillo a la finca de unos familiares, esta parte la escribo como testimonio de una anécdota, que mi hija Diana Catalina hizo que escribiera por verla como un memorable recuerdo.

Encantados aceptamos y hacia allá nos dirigimos, al pueblo llegamos donde nos esperaban dos jóvenes alegres campesinos que muy familiares nos saludaron. Tomamos camino aproximadamente dos kilómetros, llegamos a una casa grande, con materas, flores de diferentes colores colgadas alrededor, tenía una caballeriza, un huerto con árboles frutales y un consabido gallinero. Abrazos y preguntas por la familia que no viajó, mandaron que entráramos a una sala grande y después a conocer la casa, tenía siete alcobas y con la conocida bondad del campesino nos invitaron al comedor.

Esa noche a las seis y media aproximadamente ya oscurecía y en los dos costados de un largo corredor encendieron dos lámparas Kolemán, que iluminaban a presión de gasolina y a su vez colocaron varios taburetes. Llegaron unos vecinos de la región, saludos y se prendió la fiesta. Empezamos a tocar y cantar, bailaban, reían y tomaban un aguardiente amarillo que fabricaba un vecino, que era muy conocido por su apetitoso producto.

Llegada la media noche las encargadas de la cocina empezaron a servir unos rebosantes y grandes platos con gallina, para mí fue sorprendente ver tanta cantidad de comida y comprendí que el campesino vive muy bien y que su única perturbación es la influencia de los mal llamados colores políticos que influyen en la paz y tranquilidad de seres que solo comprenden la amistad y el trabajo. Aproximadamente a las dos de la mañana, empezaron a retirarse los vecinos que con linternas tomaban diferentes caminos.

A Chucho y a mí, nos tenían preparada una pieza con dos esterillas tendidas en el piso, una almohada que más bien parecía una cantidad de trapos amarrados y un

trozo de cobija que se asemejaba más a un toldillo. A Ramón lo instalaron en otro sitio, me imagino que más privilegiado porque no lo conocían, estando acostado y a pesar de estar cansado no podía dormir, daba y daba vueltas espantaba zancudos y pensaba.

Fue entonces que llegó a mi memoria una frase que me pareció muy bonita, pero no tenía papel ni con que escribir, me llegó la otra como la continuidad de la primera y así seguí enlazando frases, repetía y repetía para no olvidarlas hasta las cinco y media aproximadamente, escuché la presencia de personas en la cocina, entonces me dirigí allá para pedirle lápiz y papel, me dijeron que no tenían pero que iban a mirar después de un largo rato, me consiguieron un lápiz sin punta, que a continuación taje con un cuchillo de cocina, ahora penaba por papel, entonces de una chuspa que contenía arroz, lo vaciaron y me lo entregaron, el talego vacío el cual rompí formando como una hoja de papel, donde me cupieran los versos que no quería olvidar. Entonces haciendo uso de mi mala ortografía escribí:

“Por tu ausencia me siento triste, me hace falta tu sonrisa y tu mirada, tus cabellos me hace falta acariciar, para alegrar mi vida atormentada. Yo quisiera tenerte junto a mí, para decirte lo mucho que te quiero, abrazarte y estrecharte entre mis brazos y suspirar cuando suspiras tú, tenerte entre mis brazos y besarte, besarte con hondo frenesí, mirar tus ojos y decirte lo mucho que sufro por ti”, después de haber escrito estos versos empecé a leerlos y cuando termine sentí terror y alegría, ¿Yo escribí esto?, me pareció que alguien me hubiera convertido en receptor para plasmar estas palabras y ser yo quien tendría que musicalizar.

Mientras meditaba en este acontecimiento de la cocina llegó una señora, trayéndome una tasa de abundante café negro, con una arepa recién hecha muy caliente, mientras comía ya meditaba en la musicalización de los versos que convertiría en una canción. Tan pronto termine cogí mi guitarra y antes de las siete ya tenía terminada mi obra, me dirigí a despertar a Ramón y con Chucho a su vez empezaba a levantarse. Les monté los versos y como haciendo gestos de duda, Ramón me dijo:

-Esa canción no es tuya- mientras me decía Chucho- ¿De quién es?, que nos querés impresionar.

Pero como la canción fue de su agrado empezamos a ensayarla con el Trío y mientras más la repasábamos más bonita se escuchaba, pero para mis compañeros, muchos años la tuvieron en duda, hasta que, al correr de los tiempos, cuando seguían creando canciones, dieron crédito a mi inspiración creativa como compositor.

-Descansen un poco - nos insinuó la señora de la casa, pasen al comedor, sitio que estaba situado en un costado del mismo marco del corredor, sobre la mesa ya estaba servido el desayuno, se trataba de un calentado de frijoles hechos del día anterior como tenían por costumbre, un trozo de carne asada, arepas y chocolate,

yo me sorprendí porque creía que había desayunado, porque las costumbres del campo son diferentes a las de la ciudad, desayunamos y nos retiramos a caminar a mirar las plantas y admirar las bellezas de las flores, el suave y delicado aire del campo.

Eran la una y treinta aproximadamente, cuando ya estábamos de regreso a la casa, nos invitaron al comedor nos tenían una abundante sopa de arroz con gallina y arepas, nos ubicamos en nuestros puestos y mientras almorzábamos empezó a caer un fuerte aguacero, en ese momento me conmoví profundamente porque me pareció poéticamente una escena hermosa por el golpe que daba la lluvia sobre los diferentes follajes de los árboles y la frescura y el olor del plantío que percibíamos. Reposamos el almuerzo y nos dirigimos a una alcoba a ensayar, ya estábamos enamorado de “Hondo Frenesi”, título que me sugirió Ramón para darle a mi canción.

Cuando se aproximaba la noche, pasamos nuevamente al comedor, comí poco porque a pesar de mi juventud no resistía tanta comida, ya como a las siete de la noche salimos al corredor y empezamos a cantar, lo hacíamos en gesto de gratitud y a la vez como despedida, silenciosamente se iban congregando los miembros de la numerosa familia para escucharnos.

Mientras cantábamos me llegaba la sensación de escuchar en el aire un eco armonioso ligado a un sutil olor de perfumadas flores que emanaban del vergel, esto me llevaba a pensar tantas cosas maravillosas que nos rodean que por nuestra torpeza y descuido no logramos disfrutar.

Después de la velada musical nos retiramos a nuestros cuartos, a dormir, ya me sentía cansado por el desvelo de la noche anterior, caí profundamente dormido, tanto que no sentí la fiesta que hicieron los zancudos en mí. Al amanecer me despertaron unos fuertes golpes en la cocina, ya las señoras preparaban el desayuno. Con mi compañero Chucho salimos del cuarto en busca de Ramón, quien ya se alistaba para salir, hicieron que pasáramos nuevamente al comedor, desayunamos y alistamos lo poco que habíamos llevado.

Despedida con lágrimas, sobre todo de Rubén y Ramón que eran sus más allegados familiares, abrazos, saludos, recomendaciones y vuelvan pronto, ojalá, toda la familia los recibiéramos con alegría y los atendiéramos con todo el corazón. Los dos jóvenes que nos esperaban al llegar, también lo hacían para llevarnos al pueblo y despedirnos.

Después tuve conocimiento que estos muchachos eran nuestra carta de presentación o mejor de salvación, porque toda esa área la comandaba la chusma que dirigía el Cóndor Peligroso, comandante que tenía a su poder toda esa área y no permitía la presencia de extraños en su sector, en toda la zona rural le tenían a León María Lozano nombre real y conocido con el alias del “Cóndor”. En la plaza

de Trujillo, abordamos nuevamente el bus escalera que nos llevaría a hacer el recorrido esta vez a Tuluá.

Llegamos silenciosos, deseábamos sorprender a Noemi, cantando la nueva canción en una serenata. Así lo hicimos, nos recibió con una inmensa alegría porque nos apreciaba mucho y según sus palabras, le parecía que llevaba mucho tiempo sin vernos, nos preguntó por la nueva canción, porque conocía nuestro repertorio y para ella era una novedad este desconocido tema, le ocultamos por momento de quien era su autoría, hizo que la cantáramos varias veces, hasta que mis compañeros me dieron crédito, ella si creyó y profundamente sorprendida me abrazó, me sentí altamente elogiado, porque era una mujer preparada con un inmenso conocimiento en música, esto hizo que nuestra amistad se aferrara mucho más.

En casa mí mamá nos tenía una nueva sorpresa, como siempre acostumbraban a darnos, se trataba de cambiar de vivienda nuevamente, esta vez donde la señora Carlina, justo donde anteriormente funcionaba la polvorería, solo se esperaba que los anteriores inquilinos, cumplieran su tiempo y desocuparan, para nosotros era más provechoso porque el arriendo sería más económico y según mi mamá estaríamos más central.

Así pasaron unos días y cumplido el tiempo allá llegamos a vivir, para ensayos y reuniones del Trío no era problema, seguía quedando cerca. Para el próximo programa en la emisora, nos delegaron un nuevo presentador, se trataba de un señor Alfonso, persona muy agradable, que nos daba mucha confianza y seguridad.

Después de un programa nos hizo gentilmente una invitación a su casa, poco más o menos, calle tercera entre carrera 12 y 13. Allí cantamos una canción en la ventana de una vieja casona colonial, la señora muy gentil hizo que pasáramos terminada la serenata, descorchó una botella de aguardiente anisado, que un amigo le había llevado de Bogotá junto con un disco de 78 RP que recién salía al mercado y ya se le auguraba un éxito, se trataba del bambuco Fiestero Pasito de la autoría de Rafael Godoy y al respaldo La Sombrera de Patrocinio Ortiz.

Nos sirvió un aguardiente, copa que tomé en varios sorbos, porque quise captar un delicioso sabor a anís, mientras escuchábamos al dueto Garzón y Collazos interpretar dichas canciones al terminar nos propuso que las interpretáramos en el Trío a la vez nos invitó a una alcoba grande donde dormían varios niños.

-Estos son mis hijos y quiero que sean artista-. En ese instante no comprendimos que sus palabras eran premonitorias, se trataba de la familia Arellano, destacados artistas de los cuales a nivel nacional e internacional surgieron Beatriz y Gerardo gran tenor y magnífica interprete, también surgió Eugenio, buen compositor.

En estos días pasaba por la ciudad un mago que se hacía llamar Mahoma y por referencia en la emisora nos contrató para hacer una gira de Buga hasta Cartago, un vecino que le gustaba cantar, se nos agregó, Mario El Gitanillo como nombre artístico se bautizó, venía de Cali con un Barítono, Armando Mejía, un payaso que actuaba con su señora, entonces el elenco quedo conformado así: Mago, payaso, canto español, barítono, boquerista, mi hermano Isidro Humberto y el Trío Palmeras.

En Tuluá iniciamos el desfile artístico poca concurrencia, el mago quien dirigía el desfile artístico, tenía poca experiencia, porque programaba justo el día de la presentación y la poca propaganda se perdía, por hacerse en tan reducido tiempo, así continuamos en El Zarzal, Buga la Grande, La Victoria y Ovando donde nuestro mánager no resistió más y disolvió el elenco.

Mario El Gitanillo nos contó que en Cartago tenía un tío dueño de un hotel y como estábamos cerca pidió que lo acompañáramos, quería saludarlo, porque hacía tiempo que no lo veía. Así lo hicimos dándole una serenata sorpresa. Sorprendido y encantado nos recibió elogiando nuestras cualidades artísticas a la vez que nos ofreció alojamiento en un cuarto que poco usaba, pero cabíamos los cinco huéspedes, nos dijo:

-Les voy a colaborar unos tres días, mientras logran hacer posibles presentaciones aquí-.

Mi hermano Isidro Humberto se acicaló y tomó unas fotos del grupo que llevamos para esta ocasión, regresó en la tarde con buenas noticias, consiguió una presentación para el otro día en el radio teatro de una emisora con público presente y transmitido por la radio.

Se llegó el día, buena concurrencia y excelente presentación, cuando terminamos, entró una llamada telefónica de un señor que solicitaba entrevistas con nosotros, al poco tiempo llegó con un hermano que deseaba que le diéramos una serenata, nos dirigimos al sitio indicado y lo complacimos, se entusiasmaron tanto, que les dimos cuatro serenatas esa noche.

Nos agradecieron, muy educados y nos citaron para el día siguiente a recibir el dinero del costo de las serenatas, nos hicimos presentes. Se trataba de dos hermanos dueños de una funeraria que envidiosos y locamente enamorados declararon sus sentimientos en una nocturna, poética y romántica serenata. Con este acontecimiento, mi hermano lleno de optimismo nos reunió en el hotel para proponernos que pagáramos un día más al hotel, entre tanto que el viajaría a Pereira, para hacer conexiones y presentaciones del grupo en la ciudad.

Se entorpecieron las ilusiones, Ramón negativamente nos dijo que no podía seguir puesto que su hermano mayor ofreció costearle la universidad, que estaba próximo a iniciarse, Chucho nos informó que el tampoco seguiría, porque el

esposo de su tía iba a comprar un camión y el trabajaría de ayudante. Al paso del tiempo a continuación, ninguno de estos dos ofrecimientos se llevaría a cabo.

Mario El Gitanillo era un muchacho con temperamento artístico y vocación luchadora nos dijo:

-Si ustedes siguen, yo sigo, si regresan no lo hago, me quedaré un tiempo acompañando a mi tío-

Así que en esas condiciones la única decisión a tomar era regresar, mi hermano propuso grabar un disco en la emisora donde actuamos, no quería que llegáramos con las manos vacías, grabamos y nos dirigimos al hotel, empacamos y nos acercamos a las oficinas de la Flota Magdalena y de regreso a casa.

Mientras tanto que hacíamos el recorrido y admiraba la hermosura de la llanura, sus verdes y aspiraba el dulce olor que emanaban los extensos plantíos de cañaduzales, meditaba cómo y con quien organizaría el Trío nuevamente para llevar a cabo mis sueños de llegar hasta la capital.

Cuando llegamos a nuestra casa mi hermano y yo quedamos asombrados al ver un joven policía que conversaba muy familiar con mi papá, mi mamá y mi hermana Julia Mery, que hacía unos meses había cumplido sus quince años, mientras tomaba café y sobre la mesa reposaba su quepis, muy cordial se presentó Alberto Orozco para servirles con todo gusto.

La conversación se prolongó un rato más y se despidió. Afanoso por saber a qué se debía tan extraña visita, mi mamá antes de preguntarle de que se trataba, nos dijo:

-Este muchacho ha venido varias veces a conversar con nosotros y con Meryta y justo hoy ha venido a pedirla en matrimonio. Parece ser un buen hombre muy caballero y respetuoso con serias sus intenciones y desea casarse pronto, porque lo trasladaran a Cali a prestar servicio en orden público-.

Meryta y nosotros ya nos pusimos de acuerdo y va a pedir a Medellín los papeles que le exigieron en la iglesia, así que tan pronto se recibieron dicho encargo, se llevó a cabo el sorpresivo matrimonio, recibieron varias recomendaciones, sobre el tío Jorge que estaba en la reunión y tenía experiencia ya que había trabajado como policía rural. Se trasladaron a Cali, donde nació su primer hijo y al poco tiempo pidió la baja y se radicaron en Medellín, donde tomó como profesión el arte de la marroquinería.

Yo aún estoy sorprendido de haber presenciado noviazgo tan breve y eterno matrimonio para que Dios hubiera enviado a estas dos almas a reunirse en la tierra, qué respeto, qué comprensión, qué paz, qué entendimiento, qué ejemplo para sus nueve hijos: William Alberto, Yadira de la Cruz, John Jairo, Carlos Mario, Oscar Hernán, Adriana María, Luis Fernando, Beatriz Elena y Francisco Javier.

Hay que escribo estos recuerdos, expreso mi admiración, porque hace diez años, que, con sus hijos y extensa familia, celebraron las bodas de oro.

Después de haber plasmado lo que, hasta hoy, es el ejemplo recorrido de esta excelente familia. Paso nuevamente a lo que en esos días era mis soñadas ambiciones artísticas y deseos de formar nuevamente el Trío, Ernesto un familiar de Ramón, me ofreció que organizáramos nuevamente el conjunto, yo le agradecí y me halagó mucho por tener un nuevo respaldo, de un amigo y compañero musical.

Ahora nos faltaba la primera voz, me acorde de Jaumer Morán quien tenía el conjunto en Tuluá y con quien había hecho muy buena amistad, viajé, hablé con él y encantado aceptó mi iniciativa. Ernesto tenía una hermana que con su esposo cuidaba una finca ganadera, que justo estaba ubicada a un lado de la carretera entre Buga y Tuluá, allí establecimos los ensayos, que dos veces hacíamos semanalmente, que por el apacible ambiente y aparte cooperativo, nos enriquecía musicalmente.

En aquellos días en el Teatro Principal tenían programado un desfile musical, con destacados artistas de gran trayectoria se trataba de Olimpo Cárdenas quien se escuchaba en todo momento, Garzón y Collazos y el grupo Marco Rayo y su Trío Canval. Con mi hermano Isidro Humberto, fuimos a mirar la cartelera únicamente ya que las entradas eran costosas y no teníamos suficiente dinero para pagarlas.

Mirábamos y mirábamos las fotos de los artistas, cuando de repente abrieron las puertas del teatro, como era costumbre para que se refrescara el público, entre tanto Marco Rayo y su Trio Canval, cantaban el último tema, el bambuco, “El Marco de tu Ventana” de Víctor Romero y Luis Uribe Bueno, en ese momento me sentí capaz de hacer lo mismo que ellos y dije:

-Dios mío ayúdame a hacer lo mismo que ellos, yo siento que tú me diste la música como profesión-.

Nos regresamos a la casa silenciosos y pensativos, y entre tanto noté que mi hermano quedó sorprendido por haberme escuchado esas palabras de petición hacia Dios.

Pasaba el tiempo entre tanto seguía con los ensayos que me fortificaban musicalmente día a día, a mi hermano le insinué que se agrupara con nosotros, como anteriormente lo habían hecho para que viajáramos a Bogotá que era nuestra meta inicial, rotundamente me dijo que no, porque le habían mejorado el sueldo en la latonería y se encontraba muy satisfecho, estas palabras me hicieron sentir un poco desanimado, pero ya había tomado la decisión definitivamente.

Finalizaba enero de ese año y una tarde al regresar de donde Noemi, mi mamá me tenía una extraña razón

-Un señor muy bien vestido estuvo preguntando por usted, como no se encontraba, me dijo que por favor no fuera a salir temprano, que mañana a las nueve estaría de regreso-

Así fue llegó como lo había prometido, era moreno de unos treinta y cinco años aproximadamente de regular estatura, inició la conversación con motivos elementales.

Me preguntó, cuántos años tenía, cuántos había estudiado y desde cuándo me había iniciado en la música, yo le iba respondiendo pregunta a pregunta, de una libreta de regular tamaño sacó unas fotos que empezó a mostrarnos y a contar los motivos y quienes participaban en ellos, de pronto me enseñó una que me sorprendió profundamente, la miré detenidamente varias veces y recordé que eran las que había visto en el teatro y uno quien aparecía en la foto era él, afanoso pregunte su nombre que hasta ese momento no lo había mencionado, me respondió:

- Yo soy Marco Rayo, el director del Trío- Y la última presentación que hicieron ellos, fue la que usted tiene conocimiento, voy a organizar de nuevo el Trío y estoy buscando nuevos integrantes y deseo escucharlo tocando la guitarra.

Así lo hice, a continuación, me preguntó si estaba organizado musicalmente, lo que estaba haciendo y mis proyectos, me dijo:

-Deseo escuchar la primera voz - Le respondí que vivía en Tuluá.

-Vamos lo escuchamos y me acompaña hasta Armenia para escuchar otro cantante-

Nos fuimos, escuchó a Jaumer y pasamos hasta Armenia, allí escuchamos al otro, su voz era de tenor, nos regresamos, en Buga me preguntó que, si estaría dispuesto a viajar a Bogotá, le manifesté que esos eran mis deseos, entonces me dio una dirección y dijo:

-Si encuentro en Cali un muchacho que me han recomendado le envié un Marconi para que de Cali salgamos los tres-

Mi mamá silenciosa me miro quizás sorprendida de mi decisión. A los días, en las horas de la mañana recibí el Marconi, me decía:

-Lo espero mañana a las seis de la tarde-

Ese día el único recurso que tenía era empeñar un anillo que había comprado a un panadero, en la noche pedí a mi excompañeros del Trío Palmeras darle una serenata a mi mamá, papá y hermanitos, cantamos el bolero titulado "Nostalgia", que tenía estos versos: "Me voy con la nostalgia de que volveré, ya sé que estando lejos de aquí lloraré, seré como las aves que volando van, pero a su nido

un día regresarán, para no volver, Si en mi regreso ya no te encuentro que será de mí, te buscaré y si no te hallo por ti lloraré”.

Con el llanto de mi mamá triste y desgarrado, nos contagiamos todos, el baúl sacó un pañuelo, secó mis lágrimas y me dijo:

-Llévese el pañuelo, es el único regalito que le puedo dar-.

Lo conservé como unos veinte años y se me perdió y volví a llorar. Con mi viaje a Bogotá se volvió a organizar el grupo del cual se obtuvieron muchos éxitos y fue muy nombrado “Marco Rayo y su Trio Canval”.

Pasados algunos años yo fundé el “Trio Simpatía”, pero no quiero hablar más de esta historia por tratarse de otros recuerdos, con mi ausencia y con el matrimonio de mi hermana y mi hermano, ya éramos tres que nos desprendíamos del hogar, ya en la casa solo quedaban cinco, mi papá, mi mamá, mi hermano Isidro Humberto y mis dos hermanos pequeños: María Esperanza y Jorge Eliecer, la situación económica ya era más llevadera, puesto que la ayuda de mis hermanos mayores y mi definitiva ayuda permanente hacia más liviana la azarada situación económica.

De Bogotá siempre estaba en comunicación con mi mamá, aunque las llamadas telefónicas se hacían de un día para otro y a veces más con mucha dificultad, mi mamá como siempre cambiaba de vivienda permanentemente pero me estaba informando con anticipación, a los dos años aproximadamente de encontrarme en Bogotá, recibí una llamada de mi mamá, en la cual me contaba que mi hermano Isidro Humberto en un matrimonio relámpago se había casado con Blanca hermana de Ramón hija menor de la familia Rojas.

De este matrimonio y tiempo futuro nacieron seis hijos: Doris, Betty, Janeth, Viviana, Hernán Humberto y Jorge Alberto. En los años siguientes y ya sin disposición por los años mi papá por insinuación de mi hermano alojó a mi papá en su casa, para que le ayudara en cosas menores, puesto que por aquellos días iniciaba su propio taller de latonería. Mi mamá con mis dos hermanitos menores ya le quedaba menos difícil trasladarse de un sitio a otro, nunca fue de su gusto permanecer en casa de sus nueras, decía que en los problemas internos quien se metía de mediador era el que salía perdiendo y con enemistades, que lo hacía porque la vida y lo que siempre había visto le enseñó esa experiencia.

Después de un tiempo y en una llamada que me hizo, me insinuó que el calor la desesperaba y que le consiguiera una casita en La Habana, con mis grandes deseos de complacer a mi amiga, mi consejera y adorada madre, hice el esfuerzo para adquirirla su anhelado sueño. Los primeros días de habitar la vivienda hizo amistad con el Párroco del pueblito, quien a su vez visitaba diariamente la casa para tomar sus alimentos, con el compromiso de cancelar periódicamente dicho

servicio, fue entonces que el cura se atrasó en sus pagos y mi mamá quedó con deudas.

Como mi mamá le gustaba la medicina había adquirido el vademécum, libro que indica los medicamentos para determinadas enfermedades, como también tenía conocimiento de plantas medicinales, que recomendaba a sus vecinos sin ningún compromiso económico, ya con sus deudas consiguió un trabajo en Bella Vista, un hotel cercano al pueblo, pero tenía un inconveniente que no podía dejar solos a mi hermanita Esperanza y mi hermanito Jorge Eliecer, la niña ya se convertía en señorita y mi hermano todavía era un niño.

Entonces optó por llevarlos al trabajo, en esos días visité a mi mamá y tuve conocimiento que a mi hermanito Jorge Eliecer lo hacían trabajar como grande sin ningún sueldo mientras que a Esperancita la pretendía un muchacho con malas intenciones. Entonces el mismo día que los visité los retiré del hotel. De nuevo en la casita por información de una vecina se enteró que el cura en vez de gratitud pregonaba desde el pulpito que mi mamá curaba con brujería. Esto desató ira en ella y dijo:

-Si ese cura sigue hablando de mí, le pego un machetazo a ese hijueputa-

Yo con sentimiento de reconciliación y consejos no rencorosos, le dije:

-Déjele ese cobro a Dios, usted sabe que por un mal proceder de un mal momento el castigo es eterno-

Estas palabras la tranquilizaron y pronto razonó. Yo regresé a Bogotá y después de un tiempo supe que habían trasladado al cura para otra parroquia, tres años permanecieron en este sitio tiempo en que mi hermana María Esperanza conoció a Hernando Jaramillo del cual se enamoró y se casaron. De esta unión nació Diana Patricia y Nilson. Ya mi mamá quedó con Jorge Eliecer, únicamente mientras tanto pasaba este tiempo me enteré que mi mamá había regresado a La Habana a trabajar en la Colonia Penitenciaria de Alaska, eso para mí fue extraño, no comprendí a que se debía tan sorpresiva decisión, ya que nuestra comunicación era eventual y muchas veces era por medio de mi hermano Rafael Antonio o Isidro Humberto, quienes eran los que recibían la ayuda que enviaba para mi papá y mi mamá.

Mientras pasaba el tiempo y mi mamá seguía trabajando en esa Penitenciaría, cosa que para mí no era de mi agrado, un día estando en un ensayo con el Trío, afanoso el portero del hotel me informó que en la puerta me solicitaba un señor. Salí y muy sorprendido quedé, se trataba del tío Pablo, traía una camisa de tierra caliente y con los brazos cruzados por el frío, me dijo que mi mamá estaba bien y que iba de afán a recibir una finca que le habían ofrecido, al verlo en las condiciones que se encontraba, un buso y una plata de la cual disponía en ese

momento me pidió que lo llevara a la flota que no tenía conocimiento donde estaba.

Pedí disculpa a mis compañeros salimos ya en la flota, lo invité a un café y conversamos un poco, me dijo:

-Voy para los llanos, y le pido un favor muy grande, si alguien comenta de mi o pregunta sobre mí, nunca me ha visto y mucho menos donde me encuentro-.

Nos despedimos y nunca más volví a verlo.

Mi hermano Jorge Eliecer ya era un joven maduro y de un temperamento serio, mi hermano Isidro Humberto lo llevó a trabajar a su taller, se desempeñó poco tiempo no logró ponerse de acuerdo en asuntos económicos de sueldo con su hermano. Encontró un trabajo en un conocido ingenio azucarero donde hacía acometidas eléctricas y otros desempeños que surgían permanentemente, fue así que adquirió importantes conocimientos en diferentes actividades.

Yo admiro su inteligencia por su lógica y sagacidad para desempeñar cualquier actividad, lo he visto haciendo trabajos de carpintería como cualquier profesional. Arreglando un carro, un reloj, haciendo una pared, un aljibe para extraer agua y como si fuera poco toca la guitarra y en la cocina hace unos platos como cualquier chef profesional. Estaba aún en compañía de mi mamá, cuando conoció una muchacha inteligente de buenos modales, con quien después de un breve noviazgo tomaron la decisión de casarse, de esta unión nacieron tres niñas: Eliana mi ahijada, que después de ser cuñado y ahijado pase a ser compadre, Silvana y Katherine.

De Palmira habían llegado a Buga, el tío Bernardo con Carmen su señora, que ya se encontraban delicados entrados en años, buscando un apoyo familiar, su estado económico como siempre era fatal, sus dos hijas y sus dos hijos, cada uno habían tomado su rumbo. En La Habana encontraron una casita muy económica a la cual mi papá que también se encontraba avanzado en años y como el clima para él era satisfactorio, se fue a vivir con ellos, allí le suministrábamos ayuda para medicina y alimentación.

Pasaban tres años, cuando el tío Bernardo, que se encontraba más delicado de salud dejó de existir, llanto y tristeza en la iglesia del pueblo oficiaron la misa, en un pequeño y triste cementerio fue sepultado. Al quedar solos Carmen y mi papá entregaron la casita, regresaron a Buga y después de un corto tiempo, Carmen viajó a Medellín, donde una hija que allá residía.

Hoy que escribo estos recuerdos, tengo conocimiento que Carmen cuenta con más de cien años de vida, pero yo diría que, de sufrimientos. Mi papá a pesar de sus años reflejaba nostalgia y tristeza aun estando con sus hijos, no tenía con quien compartir temas relacionados con acontecimientos de antaño, los quebrantos de salud y el peso de sus largos años día a día más lo quebrantaban.

Un día se agravó, lo trasladaron al Hospital San José y hasta allí nos acompañó nuestro querido, amable, paciente y honorable padre, en el Cementerio Central de Buga reposan sus quebrantados y para siempre recordados restos. Mi mamá a pesar de ser fuerte estuvo unos días silenciosa y al preguntarle mi hermano Rafael Antonio sobre sus sentimientos por la ausencia de su esposo y nuestro padre.

-He sufrido tanto en la berraca vida que ya nada me amilana-

Como nunca fue de su agrado vivir con sus hijos casados a pesar de que todos le rogaran ofreciendo sus casas, no quiso aceptar ninguna, pidió que le consiguieran una pequeña para estar sola y que si deseaban ayudarla que se pusieran de acuerdo para hacerlo. En ese estado transcurrieron varios años, entre tanto el cansancio en ella iba reflejando. A los cinco años aproximadamente, mi hermano Jorge Eliecer con su familia se radicó en Bogotá.

Allí en una tradicional empresa entró a trabajar, como era hábil para cualquier desempeño, estuvo en diferentes secciones de las cuales siempre lo trasladaban en ascenso, a pesar de encontrarse amañado y haber recibido beneficios de la empresa, por salud de la última de sus niñas, tomó la decisión de volver a Buga, me hizo una visita para hablarme de sus proyectos y muchas cosas más que deseaba hacer a su regreso.

Entre tanto que hablamos y hablamos de su niñez y los días de sufrimiento por los que había tenido que pasar, recordaba que una señora que tenía un puesto en la galería, lo hacía levantar a las cuatro de la mañana a transportarle en una carreta en la cual dormía, los plátanos y yucas que vendía y sin almorzar ni comer lo hacía regresar nuevamente con lo que quedaba sin vender, le pagaba cualquier cosa y subsistía con los bananos que escondía para en la noche comer.

Estas palabras tocaban mi corazón y en parte me hacían sentir culpable por ignorar esa situación y no haberme esforzado a colaborarles más, porque siempre confié en mis hermanos mayores, después que mi hermano inconsciente había hecho quebrantarme, yo sigiloso sin que lo supiera volteé mi cara para no dejarle ver mis ojos y delatar mis sentimientos.

Un momento después quedó en silencio como meditando tomar una decisión quizás comprometedor, pero después de un rato largo un poco nervioso como si fuera a cometer un error, me dijo:

-Le voy a contar una historia inteligente y sagaz, como en las que en ocasiones hacia mi mamá-, Hace muchos años en las horas de la mañana, afanoso nos visitó un señor que venía de Guacarí, le traigo una razón, le dijo a mi mamá, a su hermano Pablo lo llevaron a la cárcel alegando que era por abigeato, que él estaba vendiendo en un puesto de carne que había instalado, las reses de unos cuatrereros que se robaban el ganado de ese sector, él les comprobó que no era así, pero no aceptaron su defensa, entonces por medio de unos amigos de

filiación conservadora, supo que lo apresaron por ser liberal y que ya estaban elaborando su condena.

Mi mamá se entristeció mucho y ofreciéndole un café, que no quiso aceptar, dándole las gracias lo despidió y exclamó: -En el día, aunque la nube sea muy oscura siempre habrá claridad-, el día siguiente en las primeras horas de la mañana se dirigió a Guacarí, allá le informaron que el preso ya estaba en El Cerrito, que ese caso correspondía diligenciarse allá. Entonces apresurada mi mamá, tomó camino a la otra Inspección de Policía, allí le inventaron que no había recibido ningún preso y mucho menos con ese antecedente tan extraño.

Ya muy preocupado pasó a Palmira, donde también negativamente le respondieron no haber recibido ese caso y que seguro eso correspondía a la Jurisdicción de Buga, ya la preocupación por su hermano se tornó en miedo, sabía que a los Liberales injustificada era muerte segura, entonces, comprendió que tenía que actuar con rapidez para saber dónde se encontraba y contratar un abogado que hiciera las diligencias para excarcelarlo. Diligente se dirigió a la Comisaria, allí le leyeron un expediente en el cual le imputaban varios agravantes los cuales le daban muchos años de condena y ya lo habían pasado a la Colonia Penitenciaria de La Habana, ya su excarcelación se haría muy difícil y costosa, y demoraría muchos años con el riesgo de no lograr tal diligencia. Muy preocupada mi mamá recordó que el vecino Pascual Ararat, era el director de dicha Penitenciaría, pasó a su casa muy optimista golpeó la puerta y que sorpresa, que el quien abrió, ya con un mejor semblante y tranquila contó todo lo acontecido con su hermano. Don Pascual agachó la cabeza un poco triste y le contestó que ya no era el director de la Colonia, que lo habían echado por Liberal y que había tenido suerte que no lo hubieran matado, mi mamá se entristeció mucho, mucho más, al día siguiente me dijo, que no había podido dormir que la acompañara a La Habana a ver si podía hacer un negocio, pero que tenía que alquilar una casita.

Salimos hacia La Habana, allí tenía muchas amistades, primero visitó al inspector de Policía, un moreno alto formal que permanecía jugando dominó con los habitantes del caserío, entró en conversación, hablaban de muchas cosas relacionadas con tema de políticas, de la situación económica, sobre los riesgos de su profesión y muchas cosas que se tratan cuando se encuentran dos amigos que hace tiempo no se ven y que a su vez tienen tendencias de Conservadores. De pronto mi mamá con mucha sagacidad y diplomacia tocó el tema sobre la Colonia que se encontraba más arriba del caserío, Don Gregorio, como lo trataba mi mamá por la amistad que conservaban, -Tengo conocimiento que hubo cambio de director de la Colonia-, Sí señora, es un Mayor de la Policía de nombre Carlos Buitrago, que cuando sube de hacer una diligencia en Buga viene hasta aquí, me saluda, pregunta cómo van las cosas y continúa su camino a la Colonia

Con esta respuesta mi mamá ya se sentía triunfante y a continuación, pidió el favor a Don Gregorio que deseaba cuando estuviera allí, que le informara para

conocerlo y proponerle un negocio que tenía en mente, así pasaron varios días entre tanto siempre permanecía vigilante para llevar a cabo su propósito, después de esperar paciente, un día vio el carro de la Policía estacionado en la Inspección y muy apresurada se acercó, -Ya la iba llamar Doña Bernarda-, comentó Don Gregorio, quien a continuación la relacionó con el Mayor. Muy amistosa lo saludó y se presentó, -Bernarda de Martínez-, el Mayor muy cortés le respondió, Mayor sé que usted es un hombre muy importante y ocupado y no quiero quitarle su preciado tiempo, deseo instalar un restaurante, exclusivamente para usted y su personal directivo, sé que su asistencia es la misma de los presos y creo que usted se merece un mejor trato en su alimentación.

-Después hablaremos de esto señora-, contestó apresurado el Mayor y se despidió, largos días pasaron sin tener repuestas, sobre qué decisión tomaría el Mayor, esto hacía que mi mamá se incomodara y por momentos perdiera la fe en llevar a cabo su ambicioso propósito. Una mañana en la casa donde nos alojábamos temporalmente, escuchamos que insistentemente golpeaban la puerta, caso que hizo que nos alarmáramos mucho, porque pensamos quien sería, y porque a esta hora. Abrimos la puerta y mayor fue la sorpresa, un agente de la Policía se encontraba frente a nosotros, pregunto por la señora Bernarda, que a su vez mi mamá le respondió, -Yo soy-. A continuación, le manifestó, -Le traigo una razón de mi Mayor Buitrago, que, si es posible, que hoy mismo se haga presente en la oficina de la Colonia, para que le aclare el proyecto que le sugirió-, -Hoy mismo me hare presente-, le respondió mi mamá. Yo que conocía muy bien la actitud de mí mamá, noté en su rostro que su corazón latía grandemente de la alegría.

Empezó a prepararse mientras contenta susurraba, -En la tarde me haré presente, para no mostrar el deseo y ser un poco diplomática-. Llegamos y con mucha cortesía sorprendentemente nos recibió, ¡Señora!, se dirigió sin más detalles a mi mamá, ¿Deseo que me explique usted su proyecto? Es muy sencillo e importante para su salud y bienestar, la alimentación que da la Colonia para todo el personal no es la más indicada, para usted mayor que merece estar en mejores condiciones. -Señora, usted tiene toda la razón siempre que me sirven la comida aquí, recuerdo sus palabras y pienso porque voy a rechazar esta gran oportunidad que nos brinda con una mejor alimentación, yo sé que por aquí es difícil encontrar quien tenga la experiencia y el conocimiento en una buena preparación y usted me da esa confianza, dígame, ¿Cuándo comienza y que debo hacer? -.

Voy a tomar en arriendo la casita que está frente a esta institución, para mejor comodidad y fácil comunicación, también la he elegido porque es una finca grande y me da la oportunidad de aprovechar la leña que permanentemente necesitaré. Llegó el día de la inauguración del restaurante, con el tino y la exquisitez que mi mamá ansiosa de halagar y satisfacer sus comensales, le había puesto todo su conocimiento y la sazón del que ella era dueña y se tenía confianza, aunque su

vida, que había sido en la pobreza y había carecido de dinero para elaborar recetas de cocina maravillosamente preparaba diferentes platos especiales.

El personal asistente estaba conformado por el mayor Buitrago, su secretario y tres agentes, posteriormente cuatro guardianes que simultáneamente también participaba. Éxito rotundo, felicitaciones y halagos por la calidad, sabor y atención que esmeradamente puso mi mamá. Así pasaban los días, entre tanto ayudaban a mi mamá recogiendo la leña que siempre estaba necesitando. Un día me dijo mi mamá, -Cuando el mayor esté presente, voy a pedirte que por favor me traigas más leña, me contestas fuerte, que el mayor escuche, que sí, pero que te demoras un largo rato, porque la madera que está cerca está muy pesada y no puedes cargarla-.

Esto siguió aconteciendo durante muchos días, a los tres meses aproximadamente, después que le hablara a mi mamá se dirigió al Mayor diciéndole: -Mayor será posible, que ordene a dos guardianes y me los facilite para que me recojan la madera pesada y me la traigan para rajarla aquí, este muchachito, dirigiéndose a mí, está muy pequeño para hacer este trabajo, como usted ve, para mi es importante tener suficiente leña aquí-.

Con mucho gusto señora, -respondió el Mayor-, Mañana le haré llegar dos guardianes para que le colaboren, el día siguiente se hicieron presentes dos guardianes que el mayor había mandado, dos muchachos muy formales que se pusieron a la orden de mi mamá que los trató cariñosa y maternalmente, como si fueran sus hijos. Día a día se agrandaba la amistad al igual que la confianza, los adulaba, los mimaba dándoles tinto, con arepa, plátano, asado, agua de panela y muchas veces calentado, este comportamiento y cariño los hacía sentir como en su casa, entre tantas atenciones y mimos simultáneamente les preguntaba por cosas personales, como de que parte eran, cuantos años tenían, cuanto tiempo llevaban prestando ese servicio, en esa forma intercalada de preguntas, tocó el punto anhelado y de mayor importancia en el cual había entregado todos sus sueños y esfuerzos como era el conocer sobre el estado de su hermano.

Una mañana mientras tomaba café, mi mamá les preguntó, cuántos internos había y cuáles de los reclusos tenían las mayores condenas y si todos eran de filiación Liberal, de esta respondieron que Liberales había pocos ya, porque les hacían traslado de rutina.

Cuando me traen uno, para que les ayude a cortar la leña, pero que tenga buen comportamiento y que no tenga graves antecedentes. Así pasaron varios días sin dar mayor importancia a su petición, sorpresivamente una mañana llegaron los dos guardias acompañando un recluso el cual presentaron como uno de buen comportamiento, para que ayudara inclusive en oficios de la cocina, encantada mi mamá lo recibió con mucha cordialidad. Entre tanto que pasaban el tiempo con la mayor discreción y en los momentos más oportunos, ¿Con quienes reclusos estaba y tenía mejor amistad?, entre preguntas y preguntas, mientras recordaba

nombres, mi mamá muy atenta lo escuchaba, después de nombrar una extensa cantidad de reclusos, un instante después de estar pensativa dijo: -he hecho muy buena amistad con un preso de los últimos que han traído a la Colonia un muchacho que habla poco pero muy buena gente, Pablo-, en el momento que pronunció ese nombre agachó su cabeza y haciendo un gran esfuerzo retuvo sus lágrimas y evadiendo el tema sin darle importancia, le ofreció un tinto, con el pretexto de evadir el frío ya que por momentos en ese sitio permanentemente hay cambio de clima por estar ubicado en la montaña.

Un día estando el recluso ayudando en la cocina, se dirigió mi mamá a él, diciéndole que hablara con su amigo Pablo, ya que tenía buen comportamiento y pidiera permiso para ayudarlo a buscar la leña, rajarla y participara en los oficios de la casa. Muy diligente y en gratitud por el modo familiar con el que lo había tratado, así lo hizo y al siguiente día le trajo la buena noticia, que solo faltaba que el Mayor diera la aprobación. Después de estudiar el comportamiento del preso y analizar los agravantes, por los cuales había sido encarcelado, el Mayor dio el visto bueno con la condición de que un guardián lo vigilara, al tercer día se manifestaron en su presencia, los sueños, desvelos y anhelos, por los cuales había pasado y aun soportaba haciendo trabajos que nunca imagino hacer. Pero la sangre, la hermandad y el amor sentido por su hermano, la habían hecho recurrir a despertar su sagacidad para efectuar cosas inimaginarias de tan grande proporción. Llegaron los presos y al guardián ya familiarizado, mi mamá me tenía preparado para guardar silencio y no hacer demostración de familiaridad alguna y no hacer gesto que despertara sospecha. Se miraron discretos, mi mamá y mi tío y solo Dios sabe que sintieron internamente, reteniéndose de abrazarse y llorar.

Durante todo el día fueron cautelosos guardando discreción, esperando tener un instante para poder tener una deseada comunicación, ya en la tarde antes de despedirse, mi mamá como ya era costumbre les ofreció algo para comer y les hizo una recomendación que más parecía un consejo, -Muchachos manéjense bien, lo mejor que puedan para que vuelvan y me sigan ayudando-, el ambiente se sentía más tranquilo, mi mamá en su rostro reflejaba mayor tranquilidad, sabía que estando al pie de su hermano las cosas que precautelativamente habían incidido, se llevaría hasta el final satisfactoriamente. Los días y el tiempo corrían en completa calma a los presos los conducía un solo guardián hasta nuestra casa, en las horas de la mañana, en la tarde regresaba nuevamente para llevarlos a la Colonia de regreso y cumplir el reglamento.

El Mayor y los guardias le tenían mucha confianza por su excelente comportamiento dándose el caso que terminaban su oficio temprano y solos regresaban a sus celdas, todo esto por insinuación de mi mamá. Casi se cumplían los seis meses de haber instalado el restaurante, mientras les servía unos tintos a un pequeño grupo de policías, por casualidad mi mamá escuchó entre sus conversaciones que decían estar esperando órdenes de los altos mandos, para sacar los últimos reclusos Liberales a traslado de rutina, sin darle mayor

importancia y conocer de qué se trataba dicho comentario, preguntó a uno de los guardianes que quería decir: ¿Traslado de rutina?

Señora, -le contesto el guardián-, Le voy a confesar un secreto interno de la institución, se trata que el traslado de rutina no existe, es un nombre que dan para evadir sospechas. Sucede que la Policía selecciona los presos elegidos, los saca y llevan a un sitio ya preparado donde lo sueltan a campo abierto, le ordenan evadir y por la espalda los acribillan, de ellos no se vuelve a saber, esto lo llaman Ley de Fuga, empleada para ejecutar presos.

Al escuchar estas aterradoras palabras pronunciadas por el guardián que a la vez pidió reservado y estricto silencio, noté en mi mamá un extraño cambio, como nunca en ella había visto. Permaneció silenciosa y pensativa toda la tarde, ya en la noche me habló: -Mijo, mañana muy temprano voy para Buga en La Paloma (Bus escalera que hacía tres viajes al día), y vuelvo en el primer regreso que haga, cuida la casa, si alguien pregunta por mí, que bajé a comprar unos condimentos, los que tenía se habían agotado-.

Aproximadamente a las nueve y media, ya estaba de regreso, traía un paquete grande y con rapidez entro a la pieza donde dormíamos. Empezó a desempacar, sacó dos pantalones y dos camisas, empacó pedazos de panela en dos botellas puso agua y los descargo en un rincón donde tuviera poca visibilidad. Con rapidez se dirigió a la cocina, comenzó a preparar algo antes de lo acostumbrado, entre tanto llegaron los presos para iniciar su trabajo diario, mi mamá les dijo: -Me hacen el favor y primero se desayunan bien-.

Extrañados los presos, así lo hicieron, entre tanto que terminaban mi mamá entró a la pieza agregó a las mochilas comida que ya había empacado, cuando terminaban se las entregó y les dijo: “Vuélense ya porque los van a matar”, el preso exclamó: -Trampa de la señora para matarnos-, mi tío Pablo le dijo: -Ella es mi hermana y nos está salvando-, el preso abrazó a mi mamá y llorando le dio las gracias, mi tío que tampoco había podido abrazar a mi mamá en incontenible llanto también lo hizo.

Se despidieron sin antes recibir estrictas recomendaciones hechas por quien tanto había tenido desvelos y sufrimiento por lograr este propósito, “atraviesan el río, pasan por la María, bajan por la loma, nunca por la carrera, por ese sector hay una comarca donde se encuentran varias fincas, piden trabajo así sea por la comida pero no van a permanecer más de dos días, cuando estén cerca a Buga, donde no van a entrar continúan por la loma hacia el norte con dirección a Tuluá, allí se separan y se dirigen para donde Dios los lleve con bien”.

Esa tarde permaneció en calma, nos acostamos nerviosos y ya en la madrugada escuchamos ruido en la parte exterior de la casita. De pronto un fuerte y alterado golpe tratando de derribar la ventanita de madera, única luz que iluminaba el cuartico: -Vieja hijueputa, usted ayudó a los presos para que se volaran-, le gritó

uno de los dos policías que trataban de entrar a la alcoba por la ventana que ya derribaban. Yo tenía una vela encendida que mi mamá me había dado, entre tanto que el policía entraba de cabeza por la ventana, antes de que se me apagara la vela mi mamá le descargó la peinilla en la nuca, soltó un grito de dolor y cayó el revolver dentro del cuarto, el otro policía muy asustado trataba de sacar al herido, mientras mi mamá le gritaba: -váyanse de aquí, que yo no tengo nada que ver con presos, es a ustedes que les pagan para que los vigilen-, el herido con gesto de dolor clamaba para que le devolviera el revólver, que si no se presentaba con esa dotación, le harían un juicio y ese reglamentó no deseaba soportar.

Les dijo mi mamá con tono autoritario: -Si se retiran de aquí, les devuelvo el revolver-, ya en posición de obediencia aceptaron la petición y después de lanzarlo hacia fuera cogieron camino para la Colonia, de inmediato recogimos las pocas cosas que teníamos, que por la visión prevista de mi mamá y sabiendo las consecuencias ya estaba preparada, casi a oscuras y aprovechando el reflejo de la luna que por instante daba su iluminación, bien pegados hacia la orilla de la carretera nos dirigimos hacia La Habana, llegando golpeamos la puerta de una humilde casita donde vivía una señora amiga de mi mamá, que apresurada abrió como si tuviera conocimiento de lo que acontecía.

Entramos y nos sentamos en unos taburetes de cuero mientras nos servía agua de panela con plátano asado, le contaba que se habían fugado dos presos y que la estaban tildado de cómplice y que por ese motivo nos habían intentado matar, que en esa Colonia al mando del Mayor Buitrago todo lo solucionan con muerte y todo preso que investigan ser Liberal, les dan Ley de Fuga y por la espalda los asesinan. Estos casos no son investigados por los altos mandos porque de allá llegan las órdenes. Ya aclaraba el día, cuando anunciándose con el pito bajaba el bus escalera en su primer viaje, ya casi estaba copado, nos subimos en la parte de atrás y mientras hacía el recorrido entre los pasajeros se escuchaba un cuchicheo que se iba difundiendo de puesto a puesto hasta que llegó a la voz de una señora que se encontraba enseguida de nosotros, le habló a mi mamá: -Como le parece que en la parte delantera del bus, llevan a un policía que hirieron anoche y lo llevan para el hospital-, señalando con el dedo le dijo: -Ese que lleva la cabeza cubierta con una toalla y va recostado a otro agente de la policía-, mi mamá casi en el oído, para que no reconocieran su voz, le contesto: -Pobre muchacho lo exponen mucho, pero desafortunadamente la violencia es así-.

Ni una palabra más y con mucha preocupación porque el trayecto se hacía inalcanzable llegamos a Buga y en la primera cuadra con una señora que se le hizo al ayudante, ordenó detener el bus, le pagamos y en silencio nos bajamos viéndolo continuar su ruta. Caminamos hasta donde mi hermano Isidro Humberto, allí nos alojamos poco tiempo, mi mamá que no era de su agrado permanecer en casa de sus hijos, me dejó donde una amiga afrodescendiente la que me daba muy mal trato. Previniendo malas consecuencias por lo sucedido se instaló en el

pueblito Barragán, de donde ocasionalmente venía, reclamaba lo que de Bogotá enviaban me dejaba algo y me decía que pronto íbamos a estar de nuevo juntos.

Así pasaron varios meses entre tanto, que como las noticias se difunden con rapidez, nos enteramos que al Mayor Buitrago lo habían destituido por el agravante de haber permitido la fuga de dos presos, esta destitución también fue ordenada a todo el personal que prestaba el servicio en la Colonia. Pero todo no quedó así el ex Mayor Buitrago regresó a Versalles, su pueblo natal donde por derrota obtenida entró en depresión, perdió la razón y cayó en la locura, nunca se supo más de él, ni del personal que laboraban para él.

Mi mamá regresó de Barragán y definitivamente nos instalamos en Buga, pasaron trece años y un día en las horas de la mañana golpearon la puerta, sorpresa grande mi tío Pablo, saludos, abrazos, lágrimas y recuerdos nos contaba denotando en el timbre de su voz, la tristeza, la lucha y las amarguras por las cuales habían tenido que pasar.

Hoy soy libre, mi condena prescribió a los diez años, ya no tengo deudas con la justicia voy a reunirme con mi familia para recuperar tantos años perdidos...

Después que mi hermano Jorge Eliecer me contara, esta asombrosa historia sentí orgullo de mi mamá y tristeza a la vez por los sufrimientos y azares que tuvo que pasar. Después de tomarnos un café y silenciosos permanecer un largo rato, como si nuestras mentes volvieran a iniciar nuevamente ese tortuoso y amargo recorrido llevado a cabo por nuestra adorada y admirada madre, le hablé a mi hermano, diciéndole: -yo también fui confidente de otro gran secreto-.

El tío Pablo paso por Bogotá, me saludó y sin enterarme de las cosas que acontecían me pidió no contar a nadie de su presencia y menos informar que su objetivo era dirigirse hacia los Llanos. Este secreto lo he conservado de la misma manera como usted lo ha hecho, considero que para esta época después de haber transcurrido tantos años y cambiado todas las cosas, reciba mi gratitud por haber depositado en mí esta historia que engrandece nuestra madre a toda la familia.

Mi mamá ya había entrado en años y a pesar de ser mujer fuerte ya sentía quebrantos de salud, una tarde me comunicó mi hermano Rafael Antonio que la veía muy mal y que iba a trasladarla al Hospital San José, mi hermano Jorge Eliecer, que para esos días preparaba sus cosas para regresar a Buga, entre tanto que su señora Aracely, allá ordenaba la casa para recibir los enseres que faltaban, mi sobrina y ahijada Eliana que por esa fecha cumplía sus quince años, nos apresuramos a hacerle una pequeña reunión más simbólica, por no encontrarse su madre entre nosotros.

Todo se hizo en armonía y satisfechos nos sentimos por haber llevado a cabo un evento tan hermoso, que para una niña que se convierte en mujer es un acto que

permanecerá siempre en su memoria. Al siguiente jueves aproximadamente a las once de la noche recibí una llamada de Hernando Jaramillo esposo de mi hermanita María Esperanza, con una voz un poco temblorosa, me saludó y al escucharlo que con un poco de dificultad me hablaba dijo: -Dar noticias malas nunca ha sido bueno, pero sus hermanos me han encomendado esta misión, la señora Bernarda acaba de fallecer en el hospital-, en ese instante sentí una ráfaga de hielo en todas mis venas congelándome la sangre y dos lagos de lágrimas en mis ojos, perdí todas mis fuerzas creí desmayarme por no poder respirar y después de reposar un rato y sentirme más sobrio.

La primera decisión que tome fue, no ir a verla pues deseaba conservar su imagen tal como era, de inmediato comuniqué a mi hermano Jorge Eliecer la trágica noticia, que él casualmente viajaba ese día: Prepárese para que viajemos en la mañana, -me respondió-, yo continuaba con mi inicial y terca decisión, pasaban las horas entre tanto Irma, mi señora, me hacía caer en cuenta varios aspectos relacionados sobre la importancia de mi presencia con mi familia y mis amigos en el funeral.

Así que brindándome su compañía y apoyo me disuadió y llegada la hora, mi hermano, mi sobrina y nosotros dos nos reunimos en la Terminal de Transportes y emprendimos el viaje. Ya en camino dentro del bus, por instante en mi memoria se reflejaba continuamente la presencia de mi mamá y lloraba y pensaba que la madre es el pináculo de amor que reúne todos sus hijos y ya sin ella, no volvería a acontecer aquellas inolvidables y maravillosas reuniones de familia.

Por el camino y el deseo de llegar pronto, sentía que el bus no se movía que estaba pegado en el mismo punto y como lloraba permanentemente cerré mis ojos y pedí al Señor, haciéndolo con mi mente: -Señor Jesucristo bendito, tú que conoces todos los sentimientos buenos y malos, te pido padre santo que retengas mi llanto aun al lado de mi amada madre, no deseo hacer demostración de mis tristezas en público que a veces son tediosas y contagiosas de muchas más congojas-.

Después de dirigirme al Señor trataba de dormir por instantes, ya que por la posición y el recorrido del bus no me permitía hacerlo plenamente, mientras más nos acercábamos, mayores se hacían las palpitations de mi nostálgico corazón, tan pronto llegamos hubo un momento de silencio, nos abrazamos con mi hermanita Julia Mery que ya se encontraba con Alberto su esposo, mis hermanos y hermanita María Esperanza, entre los acompañantes estaban presentes los doctores Armando y Rafael a estos dos hermanos, viejos amigos, con quien desde pequeños compartíamos nuestros conceptos musicales.

Sigiloso me acerqué al ataúd, miré su cara, reflejaba como si la muerte la hubiera rejuvenecido sus pequeñas manitos eran blancas, como de un fino mármol delicadamente bien pulido, entre sus dedos entrelazados sostenía con ternura un

pequeño ramillete de hermosas florecitas blancas, parecía más bien, una linda niña profundamente dormida.

Mi garganta se cerraba y con dificultad respiraba, con mis hermanos de nuevo nos abrazamos e inconsolables lloraban, yo no podía, en las horas de la mañana de ese sábado un carro mortuorio llegó y recogió el ataúd, y a paso lento hacia la iglesia Santa Bárbara.

Después de la misa, exequias detrás del carro mortuorio como es costumbre, tomaron ruta hacia el Cementerio Central, allá el mismo Párroco pronunció unas palabras consoladoras y citas bíblicas, terminadas estas palabras acercaron el ataúd a la bóveda y con mucha delicadeza lo fueron introduciendo hacia el fondo, en ese instante se acrecentaron los lamentos, lloraban mis hermanos, sus esposas, sus esposos, mis sobrinos y mis sobrinas...

Yo que no lloraba, pero mi señora sí, fijé la mirada hacia atrás, vi una gran cantidad de personas que nos acompañaban y algunos también lloraban, comprendí que mi mamá no había pasado en vano por este mundo, dejaba el aprecio, la admiración, el cariño y la nostalgia de infinidad de amistades.

Lentamente el grupo se fue disolviendo entre tanto que todavía se escuchaban sollozos de algunos de nuestros acompañantes, me despedí de mi familia y con mi señora caminamos hacia La Basílica a comprar unos regalitos para nuestras pequeñas hijas, después de esta diligencia, tomamos la decisión de comprar nuestros pasajes para regresar esa misma tarde a Bogotá.

Tomamos un transporte que nos llevara donde mi hermano Rafael Antonio, donde habíamos descargado nuestro pequeño equipaje, recogimos nuestra maleta y en el mismo vehículo, nos acercamos a la oficina donde en poco tiempo nos alejaríamos de Buga.

Ya dentro del bus mi señora me insinuó que durmiera un poco, con esa noche completaría tres sin dormir, pero el ruido del motor y el cambio de posición cada instante no me lo permitía, yo no tengo la cualidad de dormir pronto y mucho menos en dichas condiciones, con toda la incomodidad, la impaciencia y el recuerdo permanente de mi madre, antes de las siete de la mañana llegamos a nuestra casa.

Caí profundamente dormido hasta las diez de esa misma mañana, me desperté y diligente tomé un baño y me preparé porque a las once me recogían para dar cumplimiento a un evento musical ya acordado con anterioridad, regresé aproximadamente a las once de la noche, mis hijas ya dormían y mi señora impaciente me esperaba, nos saludamos y como si estuviéramos de acuerdo permanecimos en silencio largo rato.

Tan pronto me senté al bordo de la cama sentí como si me quitaran una venda que muy fuerte aprisionaba el pecho y mi corazón y en mi mente dijeron es tuyo ponlo

a descansar, solté mi llanto lloré, lloré y lloré, cuando mi llanto y lamento se tornaron en sollozo mi mente hizo un extenso recuerdo de todas las cosas grandes y pequeñas y con la voluntad de Dios y su infinito y grande amor materno me trajo a este mundo, “Conserva el recuerdo de quien a pesar de tantos sufrimientos y pocas alegrías, así era mi mamá Bernarda”.

Julio 18/2015.